



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

**LA SUBJETIVACIÓN DE LA PSICOLOGÍA A TRAVÉS DE LA IDEOLOGÍA
Y EL PODER DISCIPLINARIO:**

**UNA REFLEXIÓN CON BASE EN LAS TEORÍAS DE SUBJETIVIDAD DE
ALTHUSSER Y FOUCAULT ACERCA DE LA PSICOLOGÍA**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

QUE PRESENTA

PABLO YÁÑEZ GONZÁLEZ

DIRECTOR DE TESIS

MTRO. JUAN CARLOS HUIDOBRO MÁRQUEZ

CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX, ENERO 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A mis padres, mi abuela y mi hermano, que siempre me han apoyado y querido incondicionalmente. A mi Universidad, que ha abierto mi mente y me ha brindado un sinnúmero de oportunidades para desarrollarme en los diferentes aspectos de mi vida. A Alisha, quien me acompañó durante todo el proceso de la manera más amorosa y paciente posible.

A mi director Juan Carlos Huidobro y a mi revisora Blanca Reguero, por haber tomado el papel de maestros en el sentido foucaultiano desde que pisé sus aulas por primera vez. A Angélica Bautista y Juan Soto por convertir sus clases en una inspiración para todos aquellos que nos encontramos en formación. Al profesor Jairo Gallo de la UCC, por ayudar a ordenar y aclarar mis ideas. A mis compañeros de la carrera, Adriana, Isaac, Chío, Quique y Alicia con quien he podido compartir e intercambiar mis ideas a lo largo de todos estos años. Ya ti lector, que te encuentras interesado en entender un poco más, así como yo, al ser humano.

Resumen

El presente trabajo tiene como objetivo describir y analizar los procesos de sujetación en los que participa la psicología como disciplina. Para entender estos procesos, el análisis se desarrolla a partir de las teorías del sujeto de Louis Althusser y Michel Foucault.

Se revisa la teoría general de la ideología y los Aparatos Ideológicos del Estado (AIE), elaborada por Althusser con base en el materialismo dialéctico y el psicoanálisis lacaniano. Para el autor, los individuos son reclutados mucho antes de su nacimiento para convertirse en sujetos, y esto sucede a través de rituales ideológicos en el seno de los AIE.

Igualmente se revisan las ideas de Foucault a partir de su obra *Historia de la locura en la Época Clásica*. El autor, por medio de su método de la arqueología, estudia las experiencias de la locura desde finales de la Alta Edad Media hasta finales del siglo XVIII. Con ello se logra entender cómo se ha constituido la razón moderna a partir de la Otredad, la sinrazón. La arqueología presentada por Foucault da cuenta de la posibilidad de desarrollo de las ideas que dieron pie al nacimiento de las ciencias psíquicas.

Un paso más, en este trabajo, se centra en las ideas de Foucault plasmadas en sus obras *Vigilar y castigar* y *Los anormales*. En estas obras Foucault renombra su método como una genealogía, que a diferencia de la arqueología, maneja una nueva concepción del poder y cómo participa éste a partir de los juegos de saber en las ciencias humanas. Se revisa el nacimiento del concepto de normalidad a partir del desarrollo de la sociedad disciplinaria con el modelo panóptico generalizado y el nacimiento de las tecnologías políticas del cuerpo. En la segunda parte se revisa el nacimiento de la figura del Anormal, con base en las tres figuras que el autor propone: el monstruo humano, el masturbador y el individuo a corregir.

Finalmente se desarrolla una propuesta de análisis crítico en torno a la manera en que diversas formas de la psicología participan en el proceso de sujetación utilizando los conceptos expuestos anteriormente. Y, para concluir, se agrega una sección de reflexiones finales, a manera de apuntes y opiniones, sobre lo logrado en el trabajo y posibles futuras consideraciones.

Palabras clave: Subjetividad, Foucault, Althusser, psicología, Aparatos Ideológicos del Estado, normalidad.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
---------------------	---

CAPÍTULO 1

LA INTERPELACIÓN IDEOLÓGICA	11
------------------------------------	----

1.1. LAS PRINCIPALES INFLUENCIAS TEÓRICAS	12
--	----

1.1.1. LA DOCTRINA CIENTÍFICA DEL MATERIALISMO	12
--	----

1.1.2. EL PSICOANÁLISIS LACANIANO	15
-----------------------------------	----

1.2 EL SUJETO IDEOLÓGICO	18
---------------------------------	----

1.2.1. IDEOLOGÍA	18
------------------	----

1.2.2. APARATOS IDEOLÓGICOS DEL ESTADO	21
--	----

1.2.3. EL MECANISMO DE INTERPELACIÓN	25
--------------------------------------	----

1.3. CONCLUSIONES	27
--------------------------	----

CAPÍTULO 2

UNA ARQUEOLOGÍA DE LA PSICOLOGÍA A TRAVÉS DEL CONCEPTO DE LA LOCURA	30
--	----

2.1. EL INICIO DE LA EXCLUSIÓN DEL LOCO	32
--	----

2.1.1. LA LOCURA EN LA EPISTEME MEDIEVAL Y RENACENTISTA	32
---	----

2.1.2. EL DOMINIO DE LA SINRAZÓN Y “EL GRAN ENCIERRO”	35
---	----

2.2. LA CONFORMACIÓN DE LA EXPERIENCIA MÉDICA DE LA LOCURA	41
---	----

2.2.1. EL DISCURSO DEL DELIRIO	41
--------------------------------	----

2.2.2. LAS PRIMERAS CLASIFICACIONES DE LA LOCURA	43
--	----

2.2.3. DE LAS TERAPÉUTICAS CLÁSICAS A LA POSIBILIDAD DE UNA PSICOLOGÍA MÉDICA	47
---	----

2.3. EL RECONOCIMIENTO DE LA LOCURA	53
--	----

2.3.1. LA LOCURA COMO OBJETO NACIDO DEL PROCESO DE HETEROGENEIZACIÓN DE LA SINRAZÓN	53
2.3.2. EL LOCO COMO ENEMIGO DE LA SOCIEDAD BURGUESA	57
2.3.3. LA OBJETIVACIÓN DEL HOMBRE POR MEDIO DE LA LOCURA	60
2.3.4. LA VERDAD DEL HOMBRE EN LA OBJETIVACIÓN DE LA LOCURA	65
2.4. CONCLUSIONES	67

CAPÍTULO 3

UNA GENEALOGÍA DE LA NORMALIDAD Y LAS SOCIEDADES DISCIPLINARIAS

3.1. EL PODER DISCIPLINARIO	77
3.1.1. EL ALMA MODERNA Y LA ECONOMÍA POLÍTICA DEL CUERPO	77
3.1.2. LAS DISCIPLINAS Y LA CREACIÓN DEL INDIVIDUO	83
3.1.3. EL PODER DE LA NORMA	87
3.1.4. LA SOCIEDAD PANÓPTICA	91
3.1.5. LA PRÁCTICA PENITENCIARIA Y EL SISTEMA CARCELARIO	94
3.2. LOS ANORMALES	99
3.2.1. LA PERICIA PSIQUIÁTRICA	99
3.2.2. EL MONSTRUO HUMANO Y EL DISCURSO DEL INSTINTO	100
3.2.3. EL MASTURBADOR Y LA NORMALIZACIÓN DE LA SEXUALIDAD	104
3.2.4. EL INDIVIDUO A CORREGIR	108
3.3. CONCLUSIONES	110

CAPÍTULO 4

LA PARTICIPACIÓN DE LA PSICOLOGÍA EN EL PROCESO DE SUBJETIVACIÓN	118
4.1. NOTAS PARA UN ANÁLISIS PERTINENTE	120
4.1.1. DIFERENCIAS ENTRE LAS IDEAS DE FOUCAULT Y ALTHUSSER	120
4.1.2. CATEGORÍAS TEÓRICAS	122
4.2. ANÁLISIS CRÍTICO DE LAS PSICOLOGÍAS	126
4.2.1. EL PROYECTO ADAPTACIONISTA DE LA PSICOLOGÍA	126
4.2.2. INTELIGENCIA Y TESTS PSICOMÉTRICOS	131
4.2.3. TRASTORNOS MENTALES	134
4.2.4. PERSONALIDAD	136
4.3. CONCLUSIONES	138
REFLEXIONES FINALES	143
5.1. EL CUIDADO DE SÍ EN FOUCAULT	143
5.2. LOS NO SUJETOS	146
REFERENCIAS	148

Introducción

Una definición posible de psicología podría ser el estudio de lo subjetivo, si entendemos a éste como lo personal y único de cada ser humano. Al fin y al cabo, la mayoría de las definiciones de esta disciplina la describen como la práctica sistemática del estudio de la mente y sus procesos, la conducta o el comportamiento. La raíz etimológica en sí proviene del latín psique “alma” y logos, tratado, estudio, ciencia o colección (Mateos 1994). Más allá de las diferentes metodologías o filosofías a las que se adscribe la psicología, el desarrollo de esta disciplina no hubiera sido posible sin la concepción de que existe esta alma y, además, que puede exteriorizarse y objetivarse; algo que fue posible hasta las ideas que dieron origen a la Edad Moderna y al ser humano como centro de producción de conocimientos. Pero el proceso por medio del cual se ha generado esta subjetividad, por así decirlo el proceso de sujetación, es algo que la psicología, en general, no se pregunta tan a menudo; menos aún cuál es el rol que como ciencia del individuo está cumpliendo.

La subjetividad, por otro lado, también puede definirse como el proceso por medio del cual los individuos se convierten en sujetos a partir de cómo son pensados, por Otro, por medio del poder que se ejerce sobre ellos. Este Otro, o la manera en que se manifiesta, me parece que es una de las principales diferencias que existe en las teorías de subjetivación. Para Foucault (1988), la palabra sujeto se puede definir en dos sentidos: como sometido a otro a través del control y la dependencia, pero también sometido a sí mismo. Y es que, además, las teorías que se encargan del proceso de subjetivación tocan diferentes dimensiones; los sujetos se constituyen en diferentes momentos y bajo distintas influencias por medio de procesos que dependen de diferentes factores. Algunos autores le han dado más peso a ciertos aspectos de la vida humana que a otros. Por ejemplo, Guinsberg (2003, 2006) le da una especial importancia a los medios masivos de comunicación en la sociedad contemporánea, o Butler (2001) a la construcción social del género contemporánea.

Este trabajo trata de dar cuenta de cómo la psicología, como práctica, saber y técnica, también se ha colocado como un factor importante dentro del proceso de sujetación que ha creado al sujeto moderno. Para ilustrar cómo la psicología ha pensado a los sujetos

desde antes de su nacimiento, las teorías de Louis Althusser y Michel Foucault, en torno al sujeto, son de las más significativas que se han desarrollado.

En el primer capítulo se revisan las ideas de Althusser (2005), quién desarrolló una teoría general de la ideología basada principalmente en el materialismo dialéctico y el psicoanálisis lacaniano; explica cómo todos los individuos son reclutados como sujetos mucho antes de su nacimiento. Para que este reclutamiento pueda llevarse a cabo existen aparatos, en el sentido marxista de lo que es un aparato como el Estado, que participan en el proceso, mediante la realización de rituales ideológicos. Estos aparatos, a diferencia del aparato represivo pensado por Marx, trabajan más con la violencia simbólica a nivel ideológico que con la física y los denomina el autor como Aparatos Ideológicos del Estado (AIE). Los AIE se materializan de diferentes maneras según la época y, de igual forma, adquieren diferentes niveles de importancia. Por ejemplo, en la Edad Media, la Iglesia como AIE fue el más poderoso; sin embargo, desde la Época Moderna probablemente el AIE educativo es el que más influencia ha tenido en el proceso de sujetación. La psicología, como ciencia del individuo moderno, es uno de los AIE que más influencia puede tener por la manera en que se ha filtrado en la vida cotidiana de las sociedades occidentales. El pensar a la psicología como AIE permite repensar nuestra disciplina desde un diferente punto de vista y entender cómo participa en el proceso de sujetación y cómo ayuda a reproducir las relaciones de producción existentes.

El segundo capítulo revisa las ideas de Foucault (1998, 2014) en torno a una arqueología de la psicología con base en su obra *Historia de la locura en la Época Clásica*. Mediante el estudio de las diversas experiencias por las que ha pasado la locura desde la Época Clásica y por presentarse como el prototipo de la Otredad humana, la sinrazón, es que se puede entender la razón moderna. Prácticas y significados que se relacionan con la alteridad, como la exclusión y el internamiento, provienen de la Época Clásica y la psicología como disciplina los sigue manteniendo vigentes. Sólo mediante la condición de negatividad, y la primera forma de objetivación humana, el loco, la psicología se ha desarrollado como discurso. Es a partir del concepto de experiencia y, a través del método de la arqueología, que Foucault estudia la posibilidad histórica de construcción del discurso de la psicología. El entendimiento del nacimiento de la psicología, como resultado de una

serie de procesos históricos que han dado lugar a la posibilidad de una disciplina que estudia las diferencias humanas y las subjetividad humana de manera objetiva, incentiva el repensar su quehacer y el encargo social con el que carga.

En el tercer capítulo se revisan las ideas de Foucault (2003, 2007) en torno a la construcción de la sociedad disciplinaria, a partir del modelo de control social inspirado en los tratamientos colectivos de la peste en Europa y la creación de la categoría de normalidad en el ser humano. Este capítulo se centra en el método de la genealogía elaborado por Foucault que, a diferencia de la arqueología, refleja una nueva concepción del poder y la lucha política. A partir de sus obras *Vigilar y castigar* y el curso *Los anormales*, Foucault estudia los juegos de poder que se desarrollan de manera circular entre el saber y el poder; pasa de una epistemología de la ciencia, de una posibilidad de construcción científica, a una filosofía política; una explicación de cómo las ciencias humanas construyen su objeto y ejercen su poder sobre él. Durante la Época Clásica, poco a poco, se genera la posibilidad de lo que ya a finales del siglo XVIII va a aparecer como un alma moderna, una subjetividad del nuevo individuo. Es en la Modernidad cuando las ciencias sociales van a delimitar esta subjetividad; se crea la normalidad con base en la estadística y sobre todo el poder de la Norma dentro de las nuevas disciplinas como forma de poder. La vigilancia y los micropoderes aumentan y, el modelo panóptico se generaliza en la vida cotidiana. La sociedad industrial emergente necesita de las ciencias sociales para formar individuos capaces de sostenerla. La psicología se desarrolla como tecnología política del cuerpo y de esta manera participa en el proceso de subjetivación.

Por último, el cuarto capítulo analiza algunas teorías significativas de la psicología con base en las ideas de Althusser y de Foucault. Si bien, para lograr este cometido no es posible hablar de una sola psicología, ya que ésta no se encuentra totalmente consolidada, resulta más adecuado hablar de diferentes psicologías y mencionar sólo algunas teorías representativas de cada una. Retomando los conceptos principales presentados en los capítulos anteriores, en el cuarto capítulo se intenta elaborar un análisis crítico de casos en los que la psicología ha fungido como un AIE, ha servido como un dispositivo de vigilancia moderno, ha reproducido el sentido de exclusión y categorización de lo subjetivo o ha participado en la designación de una supuesta anormalidad. Este último capítulo más allá de

intentar realizar un análisis exhaustivo, sólo pretende abrir la discusión y reflexión del rumbo que está llevando a cabo nuestra disciplina. Entender cómo es que los psicólogos forman parte en el proceso de subjetivación, y considerar qué tipo de subjetividades debe la psicología ayudar a formar.

Al final de la tesis, agregó una sección de reflexiones, a manera de apuntes y opiniones sobre los logros, limitaciones y futuras consideraciones a desarrollar. Uno de los puntos que me interesa en este apartado es discutir si es que se vuelve posible escapar al proceso de subjetivación que han propuesto tanto Althusser como Foucault. Dentro de esta perspectiva se abre la posibilidad de la alteridad, como fuerza creativa desujetadora del individuo. Tal vez personajes como el individuo a corregir, o aquél que sufre de ciertos trastornos mentales, son quienes han logrado escapar, quienes han pasado por diferentes AIE y no han completado su proceso de subjetivación completamente, quienes las disciplinas no han logrado someter y dominar. Probablemente la psicología todavía tiene mucho que aprender de estos personajes; de la sinrazón, de aquéllos que no han podido adaptarse a la sociedad en la que viven o de aquéllos que proponen diversas lógicas de existencia. Y, de alguna manera, participar en el proceso de subjetivación con un sentido diferente.

CAPÍTULO 1 LA INTERPELACIÓN IDEOLÓGICA

El psicoanálisis, a través de sus únicos sobrevivientes, se ocupa de otra lucha, de la única guerra sin memoria ni memoriales que la humanidad finge no haber librado jamás; la que cree haberse ganado siempre de antemano, muy sencillamente porque sólo consiste en haber sobrevivido a ella, en vivir y crecer como cultura dentro de la cultura humana; guerra que se libra permanentemente en cada uno de sus vástagos que, arrojados, deformados, rechazados, cada uno por sí mismo, en la soledad y contra la muerte, tienen que recorrer la larga marcha forzada que transforma las larvas mamíferas en niños humanos, en sujetos.

Althusser (1996, pp.36-37), Freud y Lacan.

La “sujeción” es el proceso de devenir subordinado al poder, así como el proceso de devenir sujeto (Butler, 2001). Existen diversas teorías sobre cómo los individuos experimentan este proceso y se transforman en sujetos; algunas de las más conocidas son la de la interpelación en Althusser y la de la productividad discursiva en Foucault, en ambas, el sujeto se produce mediante una sumisión primaria al poder. En este capítulo se pretende realizar una breve síntesis de la teoría althusseriana acerca de cómo la ideología recluta a los individuos como sujetos; en los siguientes capítulos, se retoma el tema de la sujeción en Foucault, quién fue alumno directo de Althusser y en quien se puede vislumbrar una fuerte influencia, a pesar de sus conocidas diferencias.

Althusser, de acuerdo con Castro (2000), ha sido uno de los teóricos con más influencia en los estudios culturales dentro de un paradigma estructuralista inspirado en el psicoanálisis y la teoría marxista. Para poder desarrollar su teoría de la ideología, Althusser, retornó a Marx, a manera de una lectura sintomal, tratando de desarrollar el materialismo en su parte Dialéctica más allá de lo que Marx, Engels o Lenin lograron hacer basándose en sus escritos. Por parte del psicoanálisis, realizó un retorno a Lacan, como su contemporáneo estructuralista, del cual pudo valerse para explicar los mecanismos psíquicos a través de los cuales actúa la ideología, influencia que explicó de manera explícita en su artículo Freud y Lacan (Althusser, 1996). La manera en cómo influyeron las ideas de estos pensadores en Althusser se encuentra resumida en la primera parte del capítulo, “Las principales influencias teóricas”.

La segunda parte del capítulo, “El sujeto ideológico”, se divide en tres partes, la primera, “Ideología”, da cuenta de las características generales y el funcionamiento objetivo de tal concepto como elemento estructural del edificio social. La segunda, “Aparatos Ideológicos del Estado”, rinde cuenta de cómo se materializa la ideología a través de instituciones que logran transmitirla y reproducirla. La tercera, “El mecanismo de interpelación” explica el proceso mediante el cual los individuos se convierten en sujetos. Por último, se presentan las conclusiones generales del capítulo.

1.1.LAS PRINCIPALES INFLUENCIAS TEÓRICAS

1.1.1. LA DOCTRINA CIENTÍFICA DEL MATERIALISMO

De acuerdo con Ernesto Laclau (2008), la interpretación marxista-estructuralista de Lacan llevada a cabo por Althusser y sus seguidores, presenta al psicoanálisis lacaniano como la única teoría psicológica que contiene una noción de sujeto que es compatible con el materialismo histórico. Para poder entender la teoría althusseriana sobre la ideología se debe tener en cuenta que Althusser fue militante del Partido Comunista y que su vida la dedicó a la elaboración de una teoría que apoyara la formación de militantes y los preparara para la lucha ideológica. Porque si bien consideraba que el instinto de clase es subjetivo y espontáneo, la posición de clase es objetiva y racional.

La doctrina marxista es para Althusser (2005) científica, porque a diferencia de otras doctrinas socialistas utópicas, no se contenta en aplicar los principios morales y jurídicos burgueses a la realidad, sino que los crítica y estudia científicamente, además de definir medios y acciones. La teoría marxista no se limita a la elaboración intelectual, sino que busca un fin práctico: el de apoyar a la clase proletaria en la “Lucha de Clases”, el acelerar el proceso histórico por medio del cual se llegará a la liberación de la clase proletaria. Dentro de esta concepción de la ciencia, no existen muchas, que pueden llamarse de tal manera. Por ejemplo, Braunstein (1991a), explica que dentro del conjunto de los conocimientos como un mundo, existen “continentes científicos”, es decir zonas extensas, separadas por distancias variables de las demás y que son susceptibles de una exploración

minuciosa. Esto quiere decir que, como regiones científicas, se pueden distinguir de manera relativamente autónoma más campos, pero se vuelve necesario contextualizarlas dentro de su relación con el continente donde se encuentran. Un ejemplo de esto es la aritmética, incluida en el continente de las matemáticas o la biología y la química en el continente de la física. El materialismo, tanto histórico como dialéctico, no podría incluirse en ninguno de los dos continentes mencionados anteriormente, sino que estaría abriendo la posibilidad de un nuevo continente, el de la historia.

Para Althusser (2005), la teoría marxista-leninista implica una ciencia (el materialismo histórico) y una filosofía (el materialismo dialéctico). Aquellos militantes comunistas deben formarse en ambos polos, tanto el científico como el filosófico. Por un lado, el materialismo histórico, como ciencia de la historia, tiene como objeto de estudio los modos de producción y cómo funcionan en general, sus estructuras y relaciones, cómo han cambiado y de qué manera; se centra en la construcción del socialismo, por medio de los tres niveles de acción que constituyen las totalidades sociales: la infraestructura económica, la superestructura jurídica y la superestructura ideológica; que a su vez, poseen un cierto grado de autonomía, se pueden estudiar de manera separada, aunque al final siempre se relacionen y la infraestructura tenga el peso más determinante. En la obra principal de Marx, *El Capital*, donde se describe ampliamente el modo de producción capitalista, Althusser considera que el nivel económico fue el más analizado y que se encuentran elementos suficientes para analizar los otros dos.

Por el otro lado, se encuentra el materialismo dialéctico, que tiene como principal objeto la teoría del conocimiento; estudia las condiciones reales del proceso de producción de conocimiento y tiene como tarea definir la naturaleza de las prácticas no científicas o precientíficas, las que pertenecen a la ignorancia ideológica y las que pertenecen al orden de la ciencia; es la teoría y filosofía del marxismo. Con el nacimiento del materialismo Histórico como ciencia, a su vez, surgió el materialismo dialéctico como filosofía. Aunque éste, como menciona Althusser, fue más desarrollado por Lenin y Engels que por Marx. Es dialéctica esta filosofía, a manera de la ley de la transformación, tanto de los procesos naturales, sociales o del conocimiento; es material, porque los procesos que estudia son

reales, de naturaleza material. Esta es la vertiente del conocimiento donde se adscribe la teoría de la ideología althusseriana. El materialismo como filosofía es una concepción del mundo, una ideología práctica proletaria, que se presenta de manera antagónica ante el idealismo como concepción del mundo burguesa. Desde que existe la ciencia, han existido filosofías, y dentro de las filosofías existe una lucha de clases por la hegemonía. Althusser considera que llega un punto en que la filosofía deja de ser una manera de concebir al mundo y con el materialismo se puede convertir en un arma de la revolución.

Para entender cómo se desarrolla una ciencia, se debe tener en cuenta en que condiciones ha sucedido. Para Althusser (2005), conocer es producir el objeto teórico adecuado por la puesta en acción de medios de producción teóricos aplicados a una materia prima dada. A esto le llama práctica teórica y no puede lograrse de manera empirista ni dogmática; se tiene que realizar una ruptura por medio de esta práctica específica que se diferencia de otras prácticas como la económica, la política o la ideológica, aunque se encuentre en relación con ellas. Esta práctica tiene su dominio específico y no puede limitarse a las demás, tiene sus propias leyes y exige medios y condiciones propios de su actividad; el movimiento proletario como tal no desarrolló de manera espontánea el marxismo, sino que fue aportada desde fuera por intelectuales como Marx y Lenin. Como menciona Pérez (2007), esto puede significar varias cosas, la principal es que ciencia e ideología funcionan como conceptos opuestos.

Según Althusser, la ciencia no puede ser de carácter dogmático, porque necesita encontrarse en constante desarrollo, si una ciencia se queda estática es una ciencia muerta; el marxismo si bien está basado angularmente en la obra de Marx, no debe parar su producción de nuevos conocimientos, o caería en la trampa de los revisionistas, que menciona no aportan nada al saber. Para los comunistas, asegurar las condiciones de libertad científica concretas se vuelve un deber para poder realizar la práctica teórica y a su vez la formación teórica marxista también se impone como una base previa a cualquier investigación marxista tanto teórica como científica, algo así como lo que Toledo (2007) afirma que sucedió durante 1917 y 1924 en Rusia a partir de la Revolución, donde el

terreno del arte, la ciencia y la educación pasó por grandes transformaciones y vivió un desarrollo nunca antes visto en la historia.

Retomando la concepción Marxista de la sociedad como una totalidad orgánica, si se vislumbra como un edificio, la infraestructura o base económica sobre la que se erigen las dos superestructuras, tanto la jurídica como la ideológica, es la de valor más determinante para Marx. Pero de acuerdo con Althusser, la superestructura ideológica, se vuelve necesaria para que las relaciones de producción puedan reproducirse, sin ella no existirían las otras dos. La lucha de clases puede erigirse en cualquiera de los tres niveles; el autor considera que el ideológico es la base para poder llegar a la victoria. La falta de un desarrollo de una teoría general de la ideología en Marx fue uno de los motivos por los que decidió elaborar una teoría de la ideología, considerando que Marx sólo logró desarrollar una teoría de su formación.

1.1.2. EL PSICOANÁLISIS LACANIANO

El segundo sistema de pensamiento teórico en el que Althusser fundamentó su teoría de la ideología fue el psicoanálisis, especialmente la corriente lacaniana basada en la formación del discurso inconsciente en el Orden del lenguaje a partir del desarrollo de la lingüística estructural. Para entender mejor la teoría althusseriana, no está de más revisar los conceptos psicoanalíticos claves presentes en su obra.

Para Althusser (1996), en la razón occidental, todo prenatal se considera una institución; antes de nacer, cualquier niño, aún abandonado, se le atribuye un padre; el nacimiento queda enredado en una ceremonia llena de prácticas sociales que llenan de expectativas al recién nacido. Pero para el autor, en el curso del siglo XX, nacieron dos o tres hijos no esperados: Marx, Nietzsche y Freud. Nacieron de manera natural, entendiendo a la naturaleza como lo subversivo de la justicia, la moral y el saber vivir, principalmente en el sentido del haber nacido sin un padre legítimo. Estos autores son malditos y carecen de padre por haber significado el nacimiento de ciencias o de críticas. En el caso de Freud, se puede hablar de una soledad teórica donde tuvo que iniciar su descubrimiento utilizando

conceptos de la economía política y la física de su tiempo. El psicoanálisis se constituye como ciencia de manera estructural, como una práctica (el tratamiento), una técnica (método del tratamiento) y una teoría que está en relación con la práctica y la técnica, al igual que cualquier disciplina científica. La condición para que una ciencia se constituya como tal quizá más importante es la definición y el reclamo de un objeto propio, que se reclame como exclusivo; en el caso del psicoanálisis ese objeto es el inconsciente. Por eso Freud (1993) denomina al psicoanálisis como la psicología de las profundidades, encargado de un objeto de estudio diferente a la conciencia de la cual ya se encargaba la psicología positiva.

Freud desarrolló en la teoría psicoanalítica dos tópicos del aparato psíquico; en la primera dividió al aparato psíquico en Inconsciente, Preconsciente y Consciente, y en la segunda lo dividió en el Yo, el Ello y el Superyó. En esta segunda tópica el concepto de Superyó se vuelve fundamental para la teoría Ideológica, como menciona Braunstein (1991c), el Ello representa la historia de la especie en el individuo, el Yo la historia individual y el Superyó representa la historia cultural del grupo humano; es aquí donde se localiza de manera interiorizada la formación social dominada por el modo de producción imperante al que pertenece el individuo. De acuerdo con Althusser (1996), los “efectos” del proceso para llegar a ser humano en el pequeño ser biológico surgido del parto humano se encuentra el objeto del psicoanálisis, esto lleva el nombre del inconsciente; esto quiere decir en la manera que nos constituimos como sujetos; de esto da cuenta el epígrafe con el que comienza este capítulo.

Con el desarrollo de la lingüística estructural, Lacan, así como Freud utilizó conceptos de la física, desarrolla su interpretación de la teoría freudiana dotando al discurso del inconsciente de una estructura propia del lenguaje. Para Althusser la Ley del Orden lacaniana, renombrada como Ley de la Cultura por este autor, se confunde en su esencia formal con el orden del lenguaje. Mediante esta ley, Althusser considera que Lacan demostró el tránsito de la existencia biológica a la humana. Para entender cómo se apropia el individuo de las formaciones culturales a través del Superyó, Lacan realiza un retorno a Freud y se basa en gran parte en el proceso del Complejo de Edipo. Este tránsito de lo

biológico a lo humano se realiza en dos momentos, el primero tiene que ver con la etapa pre-edipiana, en que el niño no tiene que entenderse más que con su alter ego, la madre, que marca la vida del niño con su presencia o ausencia; existe una fascinación imaginaria del ego, él mismo es el Otro, tiene que ver con la identificación narcisista primaria, sin poder tomar respecto con el Otro. Este momento es lo que Lacan (1949, p. 100) denomina como el estadio del espejo, refiriéndose al momento en el que, aproximadamente desde los seis hasta los dieciocho meses, un infante que aún no tiene coordinación motriz suficiente para la marcha logra inclinarse ante el espejo y ve reflejada su imagen; y lo define como:

Una identificación en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a este efecto de fase está suficientemente indicada por el uso, en la teoría, del término antiguo imago.

Entendiendo imago, de acuerdo con LaPlanche y Pontalis (1981), como un prototipo inconsciente de personajes que orienta electivamente la forma en que el sujeto aprehende a los demás; como una “representación inconsciente,” pero que va más allá que una imagen o un esquema imaginario adquirido; un clisé estático a través del cual el sujeto se enfrenta a otro, y que puede objetivarse tanto en sentimientos y conductas como en imágenes y no debe entenderse como un reflejo de lo real, ni siquiera más o menos deformado, puede ser totalmente erróneo. Es en este momento cuando:

La matriz simbólica en la que el yo (je) se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el Otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto (Lacan 1949, p.100).

El estadio en el espejo tiene como función la de establecer una relación del organismo con su realidad. A partir de esta definición de lo imaginario, Althusser dotó a la ideología de un carácter imaginario.

El segundo momento del tránsito se da con el complejo de Edipo, donde una estructura ternaria, el padre, introduce al niño en lo que Lacan llama el Orden Simbólico. Cuando termina el estadio del espejo por la identificación del imago del semejante y el yo se inserta en situaciones sociales. En palabras de Lacan (1949, p.104):

Es este momento el que hace volcarse decisivamente todo el saber humano en la mediatización por el deseo del Otro,

constituye sus objetos en una equivalencia abstracta por la rivalidad del Otro, y hace del yo ese aparato para el cual todo impulso de los instintos será un peligro, aun cuando respondiese a una maduración natural; pues la normalización misma de esa maduración depende desde ese momento en el hombre de un expediente cultural: como se ve en lo que respecta al objeto sexual en el complejo de Edipo.

Ambos momentos se encuentran dominados por la ley única de lo simbólico, del Orden de lo Humano, de la norma humana y del mismo orden del lenguaje, el mismo orden que tiene el discurso del inconsciente; por medio de este mecanismo, es como Lacan muestra la eficacia del Orden de la Ley, necesariamente por medio del lenguaje y que preexiste cualquier nacimiento humano, que asigna el rol que el yo deberá de cumplir, su destinación forzosa. Como menciona Althusser (1996), este discurso del Orden es el discurso del Otro, de la presencia del acto del Padre que es la Ley, de la cultura, del gran tercero y se atribuye al significado fálico atributo del Padre y de la Ley, por eso el complejo de Edipo como mecanismo impone la Ley de la Cultura. El concepto del orden de lo simbólico se volvió de vital importancia para Althusser cuando estableció la noción del proceso de interpelación.

1.2. EL SUJETO IDEOLÓGICO

1.2.1. IDEOLOGÍA

Para Althusser (2005), la ideología precede a toda ciencia, pero sus efectos no sólo se reflejan en este campo, sino que afectan a toda la sociedad. Dentro de la concepción de la sociedad como estructura orgánica de Marx, el nivel ideológico representa una realidad objetiva y se vuelve indispensable para la existencia de una formación social. Cuando Althusser menciona realidad objetiva, se refiere a la posibilidad de estudiar a la ideología de una manera objetiva más allá de las subjetividades ideológicas a las cuales se encuentran sometidos los individuos. Para el autor, ni Marx, ni Engels elaboraron una teoría general de la ideología; por ejemplo, Marx emplea la expresión de formas de la conciencia social y concibió a la ideología como un sistema de representaciones que justificaba el dominio de una clase social con la otra, pero dejó puntos sin aclarar. Como menciona Castro (2000),

Althusser retoma como necesario elaborar dos puntos que Marx dejó inconclusos respecto a la ideología: en primer lugar examinar la función estructural de ese sistema de relaciones en el conjunto de la sociedad y en segundo lugar la relación de las ideologías con el conocimiento. Este capítulo se centra un poco más en la relación de la ideología con la sociedad que con el conocimiento; el último capítulo habla un poco más de la relación que existe entre la ideología y la producción de conocimiento, en especial de aquél generado por la psicología académica, aunque siempre un polo se ve necesariamente afectado por el otro.

La ideología tiene como una de las funciones principales la de representar la realidad de los individuos, en palabras de Althusser (2005, p. 50): “La ideología aparece así como una cierta representación del mundo, que liga a los hombres con sus condiciones de existencia y a los hombres entre sí en la división de sus tareas, y la igualdad o desigualdad de su suerte”. Como primera tesis de la ideología, el autor, plantea que esta representación es imaginaria en el sentido lacaniano del término. Lo que los hombres representan no es la realidad, sino la relación que existe entre ellos y las condiciones de existencia, es una relación imaginaria, distorsionada o incluso totalmente errónea, es una relación entre los métodos de producción y las relaciones que de ellos resultan. Aunque esto no quiere decir que no exista una cierta correspondencia entre la ideología y la realidad que representa, el autor menciona que por medio de una buena interpretación de la ideología se puede llegar a un conocimiento de la realidad. Como refiere Lacan en cuanto a lo imaginario, con relación al estadio en el espejo, la ideología pertenece a una sociedad, que como el infante, no está completamente constituida, no ha llegado a su total control motriz y la percepción que genera sobre sí misma, es imaginaria en relación con la imago de sociedad, es un primer contacto con su identidad.

No sólo representa, sino que la ideología se encuentra reflejada en todas las actividades de los hombres. Para Althusser (2005), no sólo somos animales políticos o económicos, sino ideológicos también, por naturaleza; los hombres participan en ciertas actividades, como la religiosa, la filosófica o la moral, las cuales constituyen la actividad ideológica, algunas veces de manera consciente, otras de manera inconsciente. Existen

diferentes tipos de ideologías, la moral, la religiosa, la filosófica, la científica, etcétera, las cuales poseen cierta autonomía y también se relacionan entre sí dependiendo la época y las sociedades. La ideología existe en formas no teorizadas ni sistematizadas como costumbres y tradiciones, gustos o cualquier tipo de rituales cotidianos, pero también existe en su forma más organizada, teorizada y sistematizada como la filosofía. En la filosofía y las elaboraciones teóricas, se puede ver reflejada la ideología que penetra a las sociedades que la elaboran. Braunstein (1991a, p.13) nombra con respecto a las relaciones entre las ciencias y la filosofía con la ideología, la acepción epistemológica de la ideología:

En función de sus intereses se oponen a la aparición y desarrollo de una ciencia capaz de conmover los fundamentos de poder; en el plano teórico se recurre entonces a las representaciones “espontáneas” y “naturales”, a las apariencias, a las nociones que son incompatibles con los conceptos de la ciencia.

Para entender mejor a la ideología, estas representaciones o imágenes que la componen, deben entenderse como un sistema, que se combina de un modo que las dota de sentido y es gracias a su estructura que adquieren su función. De acuerdo con Castro (2000), las ideologías cumplen entonces con la función de ser “concepciones del mundo” que penetran en la vida práctica de los hombres y son capaces de animar e inspirar su praxis social. Para Althusser, la ideología, impregna casi toda la “experiencia vivida”, se introduce en todas las actividades del hombre y como función social primordial consiste en ser la ligazón de los hombres entre sí en cuanto a las tareas que les fija la estructura social. Los hombres se determinan, para el autor, por medio de estructuras objetivas. Por eso la ideología asegura la cohesión de las relaciones sociales. En una sociedad donde existe la explotación de clases, ayuda a que los hombres soporten su estado y acepten su posición. Esta cualidad de la ideología tiene que ver con lo que Braunstein (1991a, p.13) llamó la acepción política de la ideología: “Las clases dominantes requieren, producen y sostienen una ideología que tiende a conservar el estado de cosas basado en la dominación”. Esta acepción política, necesariamente, se encuentra relacionada con la epistemológica. La ideología se encuentra destinada a asegurar la dominación de una clase sobre la otra; en una sociedad de clases existen diversas ideologías respecto a las clases a las que se adhiere, por ejemplo la ideología burguesa o la proletaria, sin embargo el pertenecer a una clase o a la

otra no determina la ideología del individuo necesariamente. Althusser menciona que sin la importación de la teoría elaborada por Marx, quien era un intelectual no un obrero, al movimiento obrero, no se hubiera podido concretar una ideología proletaria basada en la ciencia, en el sentido althusseriano, aunque el movimiento proletario ya existía como una realidad objetiva antes de Marx. De igual manera, no toda la clase proletaria comparte una ideología proletaria, para que esta ideología pueda ser liberada debe basarse en la ciencia y sus miembros deben de formarse teóricamente. La lucha del movimiento obrero, se puede dividir en tres diferentes: la política, la económica y la ideológica, esta lucha ideológica se lleva a cabo en el terreno objetivo de la ideología combatiendo aquellas concepciones que aseguran la dominación de una clase sobre la otra, transformando la ideología existente en cualquier forma de la praxis social.

Otra característica de la ideología, es que no tiene historia. Althusser elaboró su teoría de la ideología a manera de que fuera una teoría general de la ideología, esto quiere decir que sin importar la sociedad, el tiempo, o la clase a la que se adscriba la ideología, funciona con los mismos mecanismos, y representa posiciones de clase. La ideología al ser una relación imaginaria es como el sueño; es una relación con la historia, pero de manera imaginaria, que no tiene una correlación acertada con la realidad al igual que el sueño con los restos diurnos. Por el otro lado no quiere decir que no exista una relación entre la ideología y la historia, al final es una representación de la realidad sólo que muy poco acertada, esto quiere decir que la ideología no tiene historia propia. Retomando a Freud y su concepto del inconsciente, Althusser (2005) menciona que al igual que el inconsciente, la ideología no tiene historia porque es eterna, esto quiere decir que la ideología tiene un carácter omnipresente y transhistórico, no que siempre será igual, pero si aparecerá acorde con su época en toda formación social y siempre se encontrará relacionada con el inconsciente.

1.2.2. APARATOS IDEOLÓGICOS DEL ESTADO

Para Althusser, la ideología es una realidad objetiva que impregna todas las actividades de los hombres y se manifiesta por medio de sus prácticas; se puede considerar

como el cemento que mantiene unido el edificio de la sociedad en la metáfora de la pirámide social de Marx. Para que la ideología pueda realizar sus funciones y llegue a realizar el mecanismo de interpelación de sujetos, las sociedades han desarrollado aparatos a manera de instituciones por los cuales se transmite la ideología, Althusser (2005) los nombró como Aparatos Ideológicos del Estado (AIE).

Para Marx (citado en Althusser, 2005), una formación social no sobrevivirá más de un año si no reproduce las condiciones de producción al mismo tiempo que produce. Esto quiere decir que toda formación social depende de un modo de producción dominante y que debe reproducir al mismo tiempo las fuerzas productivas y las relaciones de producción existentes. Se vuelve necesario prever la reposición de los elementos que se van agotando a lo largo de la producción, esto va más allá de la empresa, no es allí donde se dan sus condiciones reales, sino en la reproducción de la fuerza de trabajo que se vuelve esencial, la reproducción de los sujetos trabajadores. Para asegurar que un trabajador, sea cual sea su área, tenga utilidad productiva, se necesita brindarle el medio material para reproducirse; esto se expresa mediante el salario, o capital de mano de obra, lo cual representa la parte del valor producido por el gasto de la fuerza de trabajo y que es necesario para su reproducción, la reconstitución del asalariado. Por medio de este salario, el trabajador puede conseguir su comida, vivienda, vestido, etcétera, y debe seguir en condiciones de regresar a trabajar al siguiente día, así como de la manutención, la crianza y la educación de los hijos que ayude a reproducir al proletariado como fuerza de trabajo. El valor del salario, como menciona Althusser (2005, p.105), “se determina no sólo por necesidades de un sistema biológico, sino por las necesidades de un mínimo histórico”. Esto quiere decir que el salario históricamente variable tiene que ver con las necesidades históricas que ha impuesto la lucha de clases proletaria. Marx (citado en Althusser, 2005), ejemplificaba esto con las diferentes necesidades de un obrero inglés que necesita cerveza a comparación de uno francés que necesita vino.

La otra condición para que los medios de producción puedan subsistir es la reproducción de las relaciones de producción. La calificación de la fuerza de trabajo, en este punto se vuelve indispensable; esto quiere decir que la clase obrera debe adquirir

ciertas capacidades y debe de hacerlo de manera diversificada de acuerdo a la compleja división del trabajo de cualquier sociedad industrial. Estas capacidades, se adquieren afuera del lugar del trabajo cada vez más y se vuelve responsabilidad de las escuelas el enseñar ciertas habilidades. En las escuelas, además de habilidades también se enseñan reglas de moral y conciencia cívica y profesional, reglas que se adhieren al respeto de esta división social del trabajo y que ayudan a mantener un cierto status quo marcado por la jerarquía social, reglas del orden establecido por la clase dominante. Además de las habilidades y las reglas, también se enseña, en la escuela, a hablar correctamente. En palabras de Althusser (2005, pp.106-107):

Enunciando este hecho en un lenguaje más científico, diremos que la reproducción de la fuerza de trabajo no sólo exige una reproducción de su calificación sino, al mismo tiempo, la reproducción de su sumisión a las reglas del orden establecido, es decir una reproducción de su sumisión a la ideología dominante por parte de los agentes de la explotación y la represión, a fin de que aseguren también “por la palabra” el predominio de la clase dominante.

Por lo tanto, la reproducción y calificación de la fuerza de trabajo se asegura por medio del sometimiento ideológico. Es en este campo, el de la realidad ideológica, donde se vuelve posible el mantenimiento y la repetición del funcionamiento del sistema social y se objetiva materialmente gracias a los AIE.

La definición de aparatos la retoma Althusser de la teoría de Estado generada previamente por Marx. En esta teoría el Estado se concibe como un aparato de represión; funciona como una “máquina” que permite a las clases dominantes asegurar su dominación por medio de la extorsión de la plusvalía y tiene como función fundamental la explotación capitalista. Por aparato de Estado se entiende la maquinaria compuesta por la policía, el ejército, el jefe de estado, el gobierno y la administración. Para Althusser la teoría del Estado de Marx se queda en el nivel descriptivo el cual debe ser superado; por esto, el autor entiende que la teoría que había sido elaborada hasta el momento por Marx era el comienzo o la base de una teoría que debe ser desarrollada más a profundidad. Entre algunas de sus aportaciones a la teoría del Estado, Althusser menciona que sólo tiene sentido en función del poder de Estado que maneja, ya que el aparato de Estado puede

seguir en funcionamiento a pesar de acontecimientos políticos que afecten a la posesión del poder de Estado. Sin importar quien lo posee, el aparato puede seguir funcionando; es por eso que considera de vital importancia realizar una distinción entre aparato de Estado y poder de Estado. El objetivo de la lucha de clases, en todo caso, concierne al poder de Estado. Una de las propuestas del autor basada en su teoría es que una vez que el proletariado tome el poder del Estado, este debe de hacerlo de una manera totalmente diferente, debe someterse a un proceso radical y como fin último proclamar una destrucción del Estado.

Althusser (2005, p.115) define los Aparatos Ideológicos del Estado (AIE) como: “Un cierto número de realidades que se presentan al observador inmediatamente bajo la forma de instituciones distintas y especializadas”. Los AIE pueden ser religiosos, familiares, jurídicos, escolares, sindicales, mediáticos, científicos, etcétera. Se diferencian principalmente del aparato represivo de Estado ya que éstos funcionan principalmente mediante la ideología más que mediante la violencia, aunque ambos en realidad funcionan mediante la violencia y ambos manejen un poco de ideología también, los AIE trabajan más con violencia simbólica y el aparato represivo del Estado más con violencia física. Los AIE también se manejan con una mayor pluralidad, existen tanto en el terreno de lo privado como en el de lo público; por su parte, el aparato represivo de Estado, por lo general, sólo existía en el dominio de lo público, aunque cada vez más se empieza a abrir a lo privado en algunos casos en las sociedades con ideas más liberales. Un punto crucial en cuanto a los AIE es que son necesarios para mantener el poder de Estado, ninguna clase puede mantener este poder de forma duradera si no ejerce su hegemonía a través de los AIE. Los AIE no son sólo objetos, también forman parte de la arena de la lucha de clases; a través de éstos la clase dominada también puede encontrar medios para su expresión y reproducción de sus ideas. Para que exista una “armonía” en una sociedad basada en un sistema de reproducción, tanto el aparato represivo de Estado se apoya en los AIE, como los AIE se apoyan en el aparato represivo de Estado, sólo así se puede asegurar la reproducción de las relaciones de producción. En diferentes épocas, los AIE, han cambiado; por ejemplo en sociedades pre industriales la Iglesia cumplió probablemente el papel del AIE más importante, hoy en día aunque sigue siendo un AIE fundamental, definitivamente no es el

más importante, como se menciona un poco más arriba, la escuela ha sido probablemente en la sociedad moderna el AIE más indispensable para poder reproducir las relaciones sociales a través de la enseñanza de ciertos conocimientos.

Una cualidad de las más importantes de la ideología para Althusser es que ésta posee un carácter material. Las ideas o representaciones no pueden tener una existencia espiritual porque se ven objetivadas en el mundo material mediante prácticas e instituciones inmersas en las sociedades. Para Althusser, la representación ideológica de la ideología reconocería a los “sujetos” como portadores de una “conciencia” libre e individual, que con “ideas” actúa de manera libre, según su libre elección. En todo caso, cualquiera de las dos nociones de ideología, mencionan actos o prácticas. El mayor ejemplo de cómo se materializa la ideología son los AIE, los cuales trabajan con ideas materiales, que se reflejan en prácticas materiales, que se regulan por medio de rituales materiales, que pueden ser de lo más cotidianos como una misa en cualquier iglesia, o una clase en cualquier universidad, y que a su vez se definen por medio de los AIE del cual proceden las ideas de cierto “sujeto”. Esta tesis de Althusser, por lo tanto, niega la existencia de las ideas en el plano de lo espiritual, pero las inserta en prácticas que generan sujetos; este es el mayor interés del autor, ¿cómo es que los individuos se convierten en sujetos? Y es que dentro de esta concepción no hay práctica sino por una ideología, y no existe una ideología, sino hay un sujeto.

1.2.3. El Mecanismo de Interpelación

La interpelación es el nombre que le da Althusser (2005) al mecanismo por medio del cual la ideología constituye a los individuos en sujetos. Es por medio de la noción de sujeto que la ideología puede constituirse; es sólo mediante los sujetos que existe, sin importar el tiempo, ya que es eterna. La interpelación representa la función última de la ideología, la de reclutar sujetos concretos a partir de los individuos y lo hace por medio de rituales de reconocimiento ideológico, los cuales nos garantizan que somos realmente sujetos individuales e inconfundibles. El ser sujetos, en sí, se vuelve un efecto ideológico fundamental de la ideología.

Esta noción de ritual en Althusser, sugiere que se trata de una actuación cuya repetición genera una creencia y se repita en las actuaciones posteriores. El ritual vuelve inseparable a la creencia y la práctica. Un ejemplo de estos rituales es la práctica de saludarse en la calle, lo que genera un reconocimiento que nos brinda la conciencia. El sujeto, o más bien la constitución de éste, es necesariamente material porque sus creencias se objetivan materialmente por medio de rituales. Este movimiento de la conciencia se genera en un sujeto que necesariamente nace del lenguaje (Butler 2001). Lacan basa su teoría en elementos de la lingüística estructural y considera al discurso del inconsciente en términos del Orden del lenguaje, esto lo retoma Althusser y enuncia a la conciencia como un movimiento que se genera mediante la apropiación de la culpa por medio de la interiorización de la Ley y en términos del lenguaje del discurso del inconsciente. Para Braunstein (1991d), el proceso de sujetación o interpelación debe ser inconsciente y el punto crucial cuando se adquiere esta conciencia de sujeto es a partir de la resolución del Complejo de Edipo, es cuando la inclusión del sujeto en las estructuras sociales se vuelve posible. Retomando la segunda tópica freudiana sobre el aparato psíquico, es por medio de la instancia del Superyó, que representa la historia cultural del grupo humano, que el individuo logra ser interpelado. Es en el momento en que el individuo entra dentro del Orden de lo Simbólico lacaniano que se adquiere la Norma, o la Ley Humana, pero siempre en alusión a otro, el gran Otro, el padre imaginario, que para Althusser (1996) representa la Ley, el orden del significante humano.

Para Althusser (2005, p. 141):

La ideología “funciona” o “actúa” de tal suerte que “recluta” sujetos entre los individuos (los recluta a todos), mediante la precisa operación que llamamos interpelación, operación que se puede representar con la más trivial interpelación policial (o no) de cualquier día: “¡Eh vosotros allá!

Los individuos ya son sujetos antes de nacer, desde la fantasía originaria de los padres y la sociedad que los rodea y el deseo de que el niño se convierta en sujeto, comienzan el proceso de interpelación antes del nacimiento del individuo. El concepto de inconsciente en Freud y la sujeción como una preasignación ideológica entran en relación dentro de la teoría althusseriana, por eso la ideología puede ser eterna. Este movimiento que realiza el sujeto cuando lo llaman, se debe a la formación de una conciencia con respecto a

la Ley. Es mediante el movimiento de la conciencia que se realiza en el mecanismo de la interpelación que se cumple una promesa de identidad (Butler 2001). Y esta adhesión a la ley se realiza de manera culpable, por eso Althusser (2005) al final de su artículo “Ideología y Aparatos Ideológicos del Estado”, cuando menciona el ejemplo de interpelación ideológica religiosa, hace referencia al gran Otro, el Sujeto por excelencia, Dios y define la noción de sujeto como un ser sojuzgado sometido a una autoridad superior sometido a toda autoridad, salvo la de aceptar libremente su sumisión; en esto consiste la conciencia, que actúa como un regulador de las prácticas humanas, y cuyo efecto ideológico consiste en hacer creer a los hombres que poseen libertad sobre sus ideas las cuales regulan sus prácticas. Y de acuerdo con Butler (2001), la primera alusión a la conciencia se relaciona con el hablar bien, porque como menciona Althusser (2005), en la escuela donde se perfeccionan las habilidades lingüísticas, es donde se perfeccionan las condiciones de sumisión y por lo tanto el ser sujeto también se relaciona con la posibilidad de dominar una serie de habilidades y reproducirlas en rituales ideológicos; la culpa se vuelve necesaria para poder liberarse de ella mediante la reproducción de estos rituales al acatar las órdenes del Sujeto por excelencia, de la Ley humana y se debe de realizar de manera “libre” por medio de la conciencia que poseemos como sujetos. La subjetividad se presenta como un falso reconocimiento ideológico del individuo, para escapar de ella, se vuelve necesario el conocimiento científico; sólo mediante éste, se puede lograr la desujetación de la ideología.

1.3.CONCLUSIONES

Althusser, como intelectual y militante del partido comunista, elaboró una teoría cuyo principal interés se centró en la explicación de los mecanismos de subjetivación basándose en el psicoanálisis y el materialismo, concebido éste como un continente del conocimiento con la historia como su objeto de estudio propio. El marxismo, como sistema de pensamiento, se caracteriza para Althusser por ser la única teoría socialista científica, ya que no se conforma con aplicar las nociones y cosmovisiones burguesas a la idea de una revolución, sino que al explicar los métodos de producción del capitalismo, dentro de su vertiente científica, puede comprender cómo se explota a la clase proletaria y, a su vez, definir medios de acción dentro del terreno económico. En su vertiente teórica o filosófica,

el materialismo dialéctico, a la cual Althusser autoadscribe su teoría, el marxismo puede rendir cuenta de cómo se produce el conocimiento y en qué condiciones por medio de la ruptura que causa lo que él denominó como práctica teórica, cuya condición libre debe ser garantizada por los comunistas a través de la lucha ideológica. De esta manera, Althusser trazó la diferencia entre ideología y práctica y colocó a ambos conceptos como polos opuestos.

Por el lado del psicoanálisis, Althusser basó principalmente su teoría en la vertiente lacaniana como la única que contiene una noción de sujeto compatible con el materialismo. La vertiente lacaniana, a su vez, se encargó a su vez de la formación del discurso inconsciente dentro del Orden del Lenguaje a partir de la lingüística estructural de Saussure, pero sin perder el objeto de estudio principal del psicoanálisis que lo consolida como ciencia: el inconsciente. El aporte principal de la teoría lacaniana a la teoría de la ideología es la elaboración de la Ley del Orden, que Althusser renombró como la Ley de la Cultura, y por medio de la cual se puede explicar el tránsito de la existencia biológica a la humana a través del inconsciente, razón por la cual Althusser decide basar su teoría de la subjetivación en el psicoanálisis. Otro de los conceptos más importantes de Lacan en relación con la teoría de la ideología fue el estadio en el espejo, que se genera en el primer momento pre-edípico del individuo, y que genera una percepción imaginaria de su realidad, lo que ayudó a definir la cualidad imaginaria de la ideología en el mismo sentido a Althusser.

Las principales razones por las cuales Althusser decidió elaborar una teoría general de la ideología, a partir del conocimiento previo de Marx, Engels y Lenin, es que consideró que ninguno de ellos examinó sus funciones estructurales, ni la relacionó con la producción del conocimiento. Así definió la primera función de la ideología como la de representar la realidad de los individuos, formando una ligazón de los hombres en cuanto a sus condiciones de existencia y la división social del trabajo, pero de una manera imaginaria, en sentido lacaniano, entendiendo que la sociedad aún no ha llegado a su maduración, al igual que el infante que se encuentra en el estadio del espejo, formando una relación entre la percepción de los hombres y la imago de sociedad en la que creen que viven. Los hombres, como animales ideológicos, no sólo se representan la ideología de manera perceptual, sino que la reflejan en todas sus actividades, ya sea de manera no sistematizada como cualquier

tradición cotidiana o de la manera más elaborada como la filosofía, sin embargo, siempre penetra la vida del hombre y su praxis social.

Es por eso que los hombres pueden ser determinados por estructuras objetivas que se han creado dentro de la sociedad; los Aparatos Ideológicos del Estado (AIE), que a manera de instituciones se encargan de transmitir la ideología. Los AIE se encargan de garantizar la sobrevivencia de de cualquier formación social por medio de la reproducción de las relaciones de producción, por ejemplo, en cuanto a la calificación de la fuerza de trabajo, de la clase obrera que necesita ciertas condiciones para el desarrollo de la sociedad industrial. Uno de los AIE por excelencia de la modernidad sería la escuela donde además de capacidades laborales, se transmiten normas y la manera de desarrollar una conciencia cívica y moral, así como la perfección de capacidades lingüísticas. Los AIE trabajan con el Poder de Estado, que debe diferenciarse del aparato de Estado de la teoría marxista, es este Poder el que le interesa a la lucha de clases y al proletariado, más allá de si el Estado sigue funcionando, si la clase proletaria puede controlar el Poder incluso se podría llegar a la abolición del Estado como aparato represivo. Es así como los AIE se establecen como una arena de la lucha de clases.

Para que la ideología pueda constituirse, sólo puede lograrse mediante los sujetos y que el mecanismo denominado interpelación actúe sobre ellos. La interpelación como mecanismo teatral de la ideología, recluta a los individuos desde antes de nacer, como la fantasía originaria freudiana a través del inconsciente y luego por medio de la repetición de los rituales ideológicos que se practican a través de los AIE que generan creencias que interpelan a los individuos y los convierten en sujetos, dotándolos de una conciencia que presumen de tener un carácter individual. Sin embargo, esta conciencia no puede existir si no es por adhesión a la Ley, del gran Otro, el sujeto ideológico althusseriano necesariamente nace de la culpa, de la sujeción a una autoridad mayor que debe obedecer, sólo así asegura su identidad, por eso responde al llamado, como en el ejemplo de Althusser, “Eh usted, oiga!”, sólo mediante el reconocimiento a manera de desconocimiento opera la ideología y se manifiesta el sujeto.

CAPÍTULO 2

UNA ARQUEOLOGÍA DE LA PSICOLOGÍA A TRAVÉS DEL CONCEPTO DE LOCURA

La construcción de un objeto de estudio, sea cual sea, depende de diversas condiciones, como las históricas, económicas, políticas, sociales y culturales en las que se ha desarrollado; el caso del ahora llamado trastorno mental, que antes fue locura y enfermedad mental, no es la excepción y como menciona Huertas (2011, p. 438) la reflexión en torno a “la locura construida” se enriquece de manera considerable, no sólo por su enorme fuerza simbólica y estigmatizadora que en buena medida comparte con las enfermedades infecciosas, sino por su propio carácter maleable y en cierto modo inasible de “lo otro de la razón”.

Michel Foucault es uno de los autores más influyentes dentro de las ciencias sociales que ha desarrollado el tema de la construcción de la enfermedad mental como objeto de estudio, a partir de la historia de las ideas que se han generado en torno a ella en las instituciones, Estados y la vida pública en general de las sociedades occidentales, desde la Alta Edad Media y hasta los inicios de la Modernidad, pero de una manera muy particular. Como menciona Pastor (2009, p. 628):

Foucault no hace historia; Foucault analiza la construcción histórica de diversas experiencias, que no es lo mismo. Foucault no hace historia; Foucault analiza las condiciones históricas de emergencia de un discurso, de un saber, de una experiencia. Eso es, precisamente la arqueología foucaultiana.

Que si bien, esta arqueología, no fue el único método que desarrolló, sino que lo fue modificando hasta llegar al método de la genealogía, tema que se retomará en el siguiente capítulo, es el método con el que inició estudiando a la locura, el nacimiento de la psicología occidental y la objetivación del hombre por medio de la razón.

El trabajo de Foucault, entre otras cosas, ha logrado relativizar ciertas formas de conocimiento y ha problematizado de manera crítica y reflexiva algunos conceptos de la psicología y otras disciplinas que han sido considerados como estáticos más de una vez. Su

obra se caracteriza por estudiar tres temas principales: el conocimiento, el poder y la subjetividad; cuando estudiamos la construcción del concepto de trastorno mental, estos temas aparecen y reaparecen, negando la posibilidad de una idea de "neutralidad científica", creando una necesidad de recreación histórica que ayude a contextualizar el término y que revele ciertas consecuencias e intereses políticos y sociales. El segundo capítulo de esta tesis se centra en resumir y analizar de manera muy breve las ideas de Foucault en torno a la locura, plasmadas en su obra *Historia de la locura en la Época Clásica* tomo I, II y III, para poder entender cómo es que se ha ido construyendo este concepto de manera paulatina y qué consecuencias ha traído consigo este proceso.

A su vez, el capítulo se encuentra dividido en tres partes con base en la división de los tres tomos de su obra con diferentes subtemas. Se presenta una propuesta de organización de lo que podrían ser los temas principales en la obra de Foucault respecto a la locura que pueden facilitar la comprensión y desarrollo de sus ideas. La primera parte, “El inicio de la exclusión del loco”, retoma la historia desde la Alta Edad Media y la sensibilidad social que existía ante el personaje del leproso, pasando por la experiencia renacentista del embarco de la locura y llegando al gran proceso de homogeneización de la sinrazón que ocurrió durante su encierro en la Época Clásica.

La segunda parte del capítulo, “la conformación de la experiencia médica de la locura”, aborda las primeras causalidades que se le fueron atribuidas, la definieron en el discurso del delirio y la justificaron en el movimiento de la pasión. Retoma cómo se fue construyendo el “Jardín de las Especies”, las primeras clasificaciones, de la locura a manera de retratos morales, elaborando conceptos como el de irritabilidad y simpatía; y explica las terapéuticas clásicas que se practicaron dependiendo de la naturaleza de la enfermedad y que en la Episteme Moderna abrieron paso al desarrollo de una psicología positiva.

La tercera parte, “el reconocimiento de la locura”, tiene que ver con la categoría de objetividad que alcanzó la locura, cuando se individualizó de la sinrazón y las consecuencias de este proceso. El loco quedó establecido como enemigo de la sociedad

burguesa y, a su vez, el hombre se instituyó como objeto. Por último, se presenta una conclusión de las ideas generales del capítulo.

2.1. EL INICIO DE LA EXCLUSIÓN DEL LOCO

2.1.1. LA LOCURA EN LA EPISTEME MEDIEVAL Y RENACENTISTA

Para entender cómo Foucault estructura su teoría sobre la construcción de un cierto objeto, en este caso la locura, uno de los conceptos claves es el de episteme que se puede definir como un "orden de las cosas" lo que hace algo posible o imposible, lo que organiza todo, nos permite decir algunas cosas, pero hace otras impensables. A grandes rasgos, el autor distingue tres principales epistemes que han operado durante los últimos 400 años en las sociedades occidentales: El Renacimiento, La Época Clásica y La Modernidad (Dannaher, Schirato y Webb, 2009). El libro de Foucault (2014) *Historia de la locura en la Época Clásica* inicia con los leprosarios de Europa Occidental entre la Alta Edad Media y el fin de las cruzadas, para describir la imagen del "leproso" en aquellos tiempos, un personaje lleno de imaginarios y representaciones sociales, dotado de estigmas morales y excluido e indeseado en las sociedades donde hizo su aparición. El punto principal por el cual Foucault decide empezar su búsqueda del concepto de locura con este personaje es porque quizá aquí es donde nace el sentido de exclusión, que posteriormente se manifestará hacia la locura, que permanecerá hasta nuestra época respecto a ciertas características humanas, incluso antes de la episteme renacentista.

Este sentido de exclusión hacia la lepra se justificaba a través de ideas religiosas; la exclusión en esta época aseguraba la salvación de aquél que ha sido excluido a manera de comunión con Dios, ya que éste muestra su cólera a través del personaje del leproso; pero también su bondad porque será perdonado en el paraíso que le espera detrás de la muerte, si es que purga sus pecados en esta vida terrenal por medio de la exclusión. Esta idea de la exclusión como comunión religiosa de manera simbólica se vuelve posible respondiendo a la episteme de la época, a la manera en cómo se interpretaba el mundo en aquellos días; es

aquí donde nace una sensibilidad social específica hacia el personaje del "leproso". Se puede decir que la representación social del loco e incluso del trastornado mental actual encuentra en el leproso a uno de sus primeros antepasados.

A finales de la Edad Media y del siglo XV, la lepra empezó a desaparecer en Occidente y esto no únicamente por una práctica médica, probablemente más por la segregación de los leprosos y la disminución de contacto entre Oriente y Occidente a causa del fin de las cruzadas. Por un breve periodo de tiempo los leprosarios empezaron a vaciarse de leprosos y habitarse con enfermos venéreos; la enfermedad venérea cargada con un fuerte contenido moral ocupó este vacío social de exclusión de manera inmediata; sin embargo, dentro de poco empezó a mezclarse con otras enfermedades y si bien no perdió del todo su fuerte carga moral probablemente hasta nuestra época, dejó de ocupar ese espacio tan marcado de exclusión por volverse cosa médica, aunque no por mucho tiempo. Durante el siglo XVII parece haber una involución de la enfermedad venérea ya que con el "internamiento" se despojó de nuevo de esa condición médica y regresó al espacio de exclusión social. Pero por el momento, lo que nos concierne, es que la verdadera heredera de esta imagen fue la locura dos siglos después de la erradicación de la lepra, pero antes tuvo que pasar por las experiencias del Renacimiento. Antes de continuar, parece pertinente resaltar que el concepto de experiencia es clave en la obra de Foucault, sobre todo en *Historia de la Locura en la Época Clásica*, como menciona Novella (2009), en un sentido que se refiere a la dilucidación de los requisitos históricos y estructurales que habían conformado y hecho posible el objeto de un determinado saber, en este caso, la psiquiatría y la psicología, y una determinada experiencia, aquí la experiencia moderna de la locura. Alrededor de este concepto, se puede entender mejor la concepción foucaultiana de arqueología, más tarde genealogía.

Stultifera Navis es el nombre del primer capítulo del tomo I de *Historia de la locura* (Foucault 2014) y éste debe su nombre a los navíos europeos del Renacimiento que se dedicaban a transportar locos de una ciudad a otra, ya que los gobiernos querían deshacerse de ellos. Durante la época de estos barcos la representación social del loco empezó a cargarse de significados de una manera muy particular. El loco, al estar siempre a la deriva

como un personaje errante, que se encuentra entre dos tierras, carece de patria por su calidad de excluido social y se encuentra navegando por el agua, elemento con el que será relacionado durante un largo tiempo, para buscar su purificación a lo largo de la búsqueda por la razón. Aquí el simbolismo que rodea al loco va dejando huellas que parece serán imborrables dentro de las prácticas que lo rodean, por ejemplo, el agua se utilizará como un elemento para curaciones y represiones en asilos y prisiones, más adelante en forma de baños de agua helada e incluso hasta nuestra época la medida continua con aquellos escuadrones especializados para dispersar a las multitudes cuando con mangueras de alta presión parecen estar intentando disminuir “el furor de la gente”. O el rito de la expulsión, como en las embarcaciones en alta mar, donde los locos se encuentran en el interior del exterior, o el exterior del interior, localizados de una manera estratégicamente específica cuya estructura será mantenida simbólica y físicamente hasta nuestra época respecto a la distribución espacial destinada a los edificios de castigo y control social.

Por otro lado, la locura en este siglo XV se vuelve "tentación", pero también se libera la bestia; la locura en los hombres se desata por su animalidad. La tentación de la locura en esta época es curiosidad por el saber como se representa en el "Jardín de las Delicias" con el árbol que carga la fruta prohibida, aquella que porta el conocimiento y el pecado al mismo tiempo; ese árbol que como menciona Foucault (2014) Josse Bade ha tomado en su obra *Stultiferae naviculae* y lo ha puesto como mástil, el mismo que Bosco usa en la "Nave de los Locos".

Aparecen dos formas de sensibilidad de la locura en el Renacimiento; por un lado la experiencia trágica de la locura, aquella que postula el sueño como real, la que pertenece a las figuras de la noche del mundo, habla de la bestialidad en el hombre y el fin de los tiempos. En la otra se encuentra la experiencia crítica de la locura, la que se acerca al pensamiento de las luces y la corriente humanista, se le llama crítica porque proviene de una conciencia crítica que se tiene hacia el hombre, aquí la locura quedó encerrada como un discurso. Lo que sucede en el Renacimiento es la confrontación de estas dos sensibilidades hacia la locura y mientras una parecerá triunfante, por lo menos en discurso, aquella conciencia crítica, la otra, aunque de manera oculta, seguirá dando forma a la locura

durante los siglos siguientes y al parecer hasta nuestra época existe una cierta sensibilidad trágica hacia el trastorno mental.

Lo que el clasicismo hizo de la locura a partir de la influencia de las experiencias precedidas en el Renacimiento fue, de una manera muy resumida, dos procesos principales:

1. La locura se convirtió en una forma relativa de la razón. Básicamente esto quiere decir que no existe una locura, si no es por referencia a una razón.

2. La locura se convirtió en una de las formas mismas de la razón. Pero la locura en sí, sólo existe a través de la razón, es esta quien le dio su forma.

Es en esta época donde el embarco renacentista de los locos será sustituido por lo que Foucault (2014) llama "El gran encierro". El sentido de exclusión, pasó del leproso al enfermo venéreo, luego al loco en forma de embarco y en el clasicismo a manera de internamiento.

2.1.2. EL DOMINIO DE LA SINRAZÓN Y “EL GRAN ENCIERRO”

La justificación del encierro de la locura en el clasicismo del siglo XVII podemos encontrarla en el momento que pasó al dominio homogéneo de la antítesis de la razón. Una de las ideas desarrolladas en esta época que puede ilustrar este proceso es la duda cartesiana, “pienso, luego existo”, lo que implica que cuando el sujeto duda queda excluido de la locura, porque piensa, razona y de esta manera la locura no lo alcanza. Que como menciona Derrida (1989) respecto a Foucault y su exposición sobre la duda cartesiana, le interesa como un signo de la época, pero siempre regresa al interés de la estructura histórica. Se comienza a formar una sensibilidad de la locura como enemiga de la razón moderna que va naciendo. La locura se vuelve parte contraria de la razón, pasa al dominio de la sinrazón.

Es en este mismo siglo que una serie de instituciones basadas en las estructuras del antiguo orden monárquico y burgués del absolutismo empezaron a desarrollarse para

contener al dominio de la sinrazón, surgió el gran encierro. Como menciona Foucault (2014, p. 86), literalmente respecto a la complicidad estatal y de la Iglesia:

En esas instituciones vienen a mezclarse así, a menudo no sin conflictos, los antiguos privilegios de la Iglesia en la asistencia a los pobres y en los ritos de la hospitalidad, y el afán burgués de poner orden en el mundo de la miseria: el deseo de ayudar y la necesidad de reprimir; el deber de caridad y el deseo de castigar.

Y es que en el siglo XVII lo que se inventó fue el internamiento, así como la Edad Media inventó la exclusión que se ejercía ante el leproso; incluso, de manera curiosa, estas instituciones físicamente se establecieron en algunos de los antiguos leprosarios. La locura empieza a tomar el lugar de la lepra, en cuanto al sentido de exclusión social, pero encerrada en su propio discurso.

Una de las instituciones más representativas de esta época es el Hospital General de París, fundado en 1656, el cual fungía como una instancia semijurídica no médica. Otras eran las "*houses of correction*" que aunque no eran muy populares ya existían desde 1575 en Inglaterra y después las *workhouses* de 1670 destinadas a enfermos más contagiosos. El papel que desempeñaron este tipo de instituciones se podría resumir como de ayuda y represión y es en este internamiento donde la locura encontró su nueva patria. Pero no sólo la locura encontró lugar en el internamiento, también la delincuencia, los enfermos venéreos, los vagabundos, en resumen las figuras de la sinrazón en general; que van tomando forma y que desde el Renacimiento han sido despojadas de su positividad mística, designando a la pobreza como un castigo.

A partir de este entendimiento de la miseria, los estados y las ciudades poco a poco sustituyeron a las iglesias en sus labores de asistencia, que es donde generalmente se realizaba en la Edad Media y el Renacimiento.

Nace una nueva forma de sensibilidad a la miseria; va a nacer una experiencia de lo político que no hablará ya de una glorificación del dolor, ni de una salvación común a la pobreza, a la caridad, que no hablará al hombre más que de sus deberes con la sociedad y que mostrará en el miserable a la vez un efecto del desorden y un obstáculo al orden. (Foucault 2014, pp. 93-94).

La miseria se juzgó de manera diferente ante el gran encierro, existen aquellos buenos pobres que aceptan el internamiento y sus deberes en la sociedad, pero aquellos que no se dejan someter pertenecen a la región del mal. Todo sujeto se encuentra valorado éticamente bajo los mismos principios, nace el sujeto moral.

Con el gran encierro y el auge del internamiento también se volvió necesario un aparato policiaco, en el sentido clasicista, que obligue a trabajar a aquellos desocupados. El internamiento por toda la Europa del siglo XVII se encontró basado en el imperativo de trabajo y la condenación a la ociosidad. El trabajo adquirió valor de castigo y redención, además de responder a una crisis económica del mundo occidental proveyendo una importante fuerza de trabajo y lidiando con otros problemas sociales como la inocupación, la agitación colectiva y los motines a costa de la libertad individual. Sin embargo, éste sólo fue un remedio transitorio, es por eso una de las causas que a principios del siglo XIX desapareció el gran internamiento en casi toda Europa.

El trabajo y su valor simbólico han trazado un límite que la locura sobrepasará; es aquí donde la locura retoma el lugar de la lepra en el papel de exclusión social. A pesar de compartir el espacio la locura con otros confinados, una condición que la distingue es la incapacidad de trabajar, su valor ético de inutilidad social es lo que la convirtió en enemigo de una comunidad del trabajo, lo que la hizo franquear el orden burgués. Es por eso que se le intentó imponer el trabajo, no sólo con fines de productividad sino con fines moralizantes, como un ejercicio ético. Y es en este momento que la locura empezó a percibirse como enemiga del orden, como un problema social.

La locura empieza a relacionarse, como formando un campo semántico, con conceptos, que si bien todavía no le son positivos totalmente, poco a poco, van trazando su camino: enemiga del orden social, peligro para el Estado burgués, desorganización familiar, etc. Y estos adjetivos que va adquiriendo en forma de todo un equipo psicológico, la van configurando en una región de lo asocial; lo que sólo era reconocido como malestar en la sociedad empezará a cristalizarse a manera de una conciencia médica de la locura antes de su completo despertar en la positividad.

El internamiento empieza a provocar la modificación de ciertos personajes que empiezan a conformar la región de los asociales, la región de la sinrazón y el motivo, o bien podría ser la causa, no era la eliminación de los asociales, sino su creación; el internamiento es creador de alienación. Lo que el internamiento provoca es la organización y homogeneización de la sinrazón; la creación de un mundo uniforme para diferentes figuras que hoy en día se encuentran aparentemente separadas.

La sinrazón no sólo ha sido excluida también ha sido organizada y figuras como la enfermedad venérea, la homosexualidad, el desenfreno, la prodigalidad, los vagabundos, los desocupados y la locura fueron encerradas compartiendo los mismos espacios, cargadas más con significados morales que médicos; la moral y la medicina empiezan a trabajar en conjunto, se encargan de faltas contra la razón y pecados contra la carne. Es así como se facilita la justificación y el entendimiento de los tratamientos de la época, los cuales parecen ser más morales que médicos. Es así como la medicina y la moral empezaron a trabajar con métodos como la represión, la coacción y la obligación de salvación que siguieron con la misma lógica hasta los tratamientos del siglo XIX y dotados con simbolismos desde el siglo XV, como la purificación a través del agua. Porque es papel del internamiento, también, hacer volver a la razón por medio de la coacción moral; la represión no sólo cura e inscribe a los cuerpos, también purifica a las almas.

Otro de los aparatos encargados de vigilar los intereses sociales fue la familia burguesa que se estableció como un modelo ideal de razón; por esto es que se generaron políticas públicas en donde la familia tenía el poder de internar a uno de sus miembros, porque los conflictos intrafamiliares en esta época pertenecieron al orden público y no fue hasta el siglo XIX que se psicologizaron, es decir, se convirtieron en asuntos pertenecientes a la esfera de lo privado. Esta cualidad de la familia, como consecuencia de problemas psicológicos, no ha cambiado hasta nuestros días. Hasta la fecha podemos observar que un gran número de teorías psicológicas se encuentran basadas en causas familiares. Algo así es lo que también pasó con la sexualidad dentro de nuestra cultura; ésta fue colocada entre los límites que determinan lo normal y lo anormal y figuras como el amor de la razón se

opusieron al amor de la sinrazón que era la manera en cómo se entendía la homosexualidad en esta época; es por eso que teorías como la psicoanalítica han centrado a la sexualidad como una de las principales determinantes psicológicas.

La sinrazón empieza a ser eso que se aparta de la norma social, es así como empieza a medirse y es por medio del proceso de alienación que empezará a entrar en la región de la cuasi-objetividad. La sinrazón está realizando todo un ajuste del mundo ético y empieza a entrar en la patria de la objetividad, pero de una manera homogeneizada todavía; resulta importante entender que el internamiento no era un primer esfuerzo por la hospitalización de la locura, era una homologación de los alienados. El clasicismo empieza a formar una experiencia de la sinrazón que condenará a la enfermedad mental más adelante, pero que, sin embargo, se presentará con una falsa apariencia de neutralidad.

El clasicismo desarrolló las instituciones del internamiento como los asilos del internado, las prisiones y correccionales, a partir de que hubo un cambio de conciencia ante la locura y toda la región de la sinrazón. Por un lado se encontraban locos en hospitales, pero también en correccionales, y si bien no es exactamente la misma función la de la prisión y el hospital en aquella época, ambas servían de patria a la locura, e incluso a veces los locos pasaban del registro de un hospital directamente a la prisión. Es de nuevo, probablemente esta falta de discriminación de la sinrazón la que permite estas dos experiencias de la locura al mismo tiempo, el hospital y la prisión.

Por otro lado, en el campo del derecho, se empieza a hacer necesaria una opinión médica para el internamiento cuando se trata de juicios de locura, y si bien el hombre de leyes puede tener opiniones y dudas sobre el loco sospechoso, sólo el médico podrá introducir a alguien en el mundo de la locura. Sin embargo, la lógica del internamiento es diferente; ésta proviene de una conciencia jurídica no médica; por ejemplo, en Francia de 1670 se establece a la locura como falso justificativo en caso de cometer algún delito. Es así como se irá construyendo la ciencia de la psicopatología, por medio de una psicología que convine en una unidad indecisa, un análisis filosófico de las facultades y un análisis jurídico de las obligaciones:

La enfermedad mental, que la medicina va a ponerse como objeto, se habrá constituido lentamente como la unidad mítica del sujeto jurídicamente incapaz, y del hombre reconocido como perturbador del grupo; y ello bajo el efecto del pensamiento político y moral del siglo XVIII (Foucault 2014, pp. 205-206).

La psicopatología del siglo XIX va a tomar como referencia al hombre "normal", pero es en esta época clásica que este hombre normal empieza a crearse, no es una condición creada de manera natural; la alienación por un lado limitará a la subjetividad, quedando el sujeto sin responsabilidades, por carecer de capacidades, estará sujeto en el poder de otro y por otro lado, el loco será reconocido, al asignarle una culpabilidad moral, como el Otro. Empieza a crearse la Otridad y el loco es uno de sus prototipos ideales.

Lo que se visualiza en las experiencias de la locura en el clasicismo aún no pertenece al dominio de las enfermedades, parece ser que sus formas se basan los casos extremos de algún defecto moral. La locura es cuestión de ética y voluntad, algo así como lo que el siglo XIX llamará "locura moral". Retomando a Descartes y la duda cartesiana, por la cual se elimina la posibilidad de estar loco, al momento de dudar, la decisión de estar loco se realiza de manera voluntaria y la sinrazón parece establecerse como una elección; la ética es el camino para evitar la sinrazón. No será hasta el siglo XIX que la razón se positiviza y es por eso que a lo largo de la época clásica ser un insensato es cuestión de voluntad y moralidad. Al mismo tiempo el querer ser loco no es de "humanos", la locura no puede tratarse "humanamente" por carecer de razón, no es humana; la locura encontrará su verdad en la animalidad, en la bestialidad que se encierra dentro del ser humano y más adelante esto hará posible la idea de una psicología mecanicista y la manera en que las formas de la locura se catalogaron con referencia a las estructuras de la vida animal. La voz que la locura ha encontrado en la animalidad, la hará susceptible de espectáculo, como los animales en el zoológico; el espacio destinado en el confinamiento, separado de otras figuras de la sinrazón parece estar diseñado para su contemplación y los castigos y remedios inhumanos rebajan a los locos a la calidad de bestias. Y aún en la psiquiatría del siglo XIX, y posiblemente hasta nuestros días las disciplinas psi's, se encontrarán lidiando con una locura cargada de simbolismo moral y relacionada con la animalidad del hombre.

2.2. LA CONFORMACIÓN DE LA EXPERIENCIA MÉDICA DE LA LOCURA

2.2.1. EL DISCURSO DEL DELIRIO

En esta historia, aún no sabemos exactamente lo que es la locura, en cambio empezamos a comprender lo que es el loco. El loco es loco por ser el Otro, se mide a partir de la razón y los que racionalizan, de los seres humanos. Voltaire (1764, citado en Foucault 2014, p. 285) en su *Dictionnaire philosophique* menciona acerca de la locura, "Llamamos locura a esta enfermedad de los órganos del cerebro que impide a un hombre necesariamente pensar y actuar como los otros." Entonces el loco es el Otro de los demás, existe un loco pero porque se empieza a construir un no loco, el hombre normal. El loco está loco porque carece de razón y sólo estará loco para un tercero que por medio de la razón designe quien carece de ella. La locura empezará a formarse como objeto, pero hasta este punto sin ningún dominio teórico. De manera curiosa en esta misma época se yuxtapusieron dos experiencias de la locura, porque aunque la experiencia perceptiva de la locura careció de teoría, se empezó un proyecto para ordenar las clases de la locura como simulando el método botánico; presentando las clases, los géneros y las especies, como construyendo lo que Foucault (2014) llama "el jardín de las especies" de la locura.

Esta clasificación tomó más la vía histórica a manera de retrato de la locura que la vía filosófica de la enfermedad, de causas y principios, y a diferencia de aquella que se realizará en el siglo XIX, parece más una colección de una especie de "retratos morales" que una descripción de síntomas, causas y evoluciones de la enfermedad como lo hará el positivismo del siglo XIX. De alguna manera, cada vez que la nosografía de la época se acerca al positivismo, aparece todavía una conciencia moral y crítica de la locura; aún no alcanza su estado patológico. La enfermedad mental de la locura en la época clásica, que aún no es enfermedad ni está consolidada, proviene de esta unidad entre el loco que se percibe y la locura que está siendo analizada; el loco y la locura, son dos cosas diferentes y

ahí donde se buscaba a la locura sólo se encontraba una forma de razón, la locura sigue siendo la nada.

La causalidad asignada a la locura durante el clasicismo, la encerró en el discurso del delirio, relacionándola con el sueño y el error, la negatividad de la razón. En la definición de Voltaire sobre la locura, podemos observar la concepción de cómo los órganos cerebrales comienzan a materializar al alma y es que al haber alguna alteración en el cerebro o el sistema nervioso se encontrará la locura, pero esta concepción no reduce la locura a una afección cerebral, sino hasta el siglo XIX, e incluso se llegará hasta la idea de un desarrollo de la psiquiatría espiritual y la material; parece que Voltaire se refiere al cerebro como uno más de los sentidos que al encontrarse alterado afectará al alma. En la época clásica el alma y el cuerpo son concebidos como una unidad y el uno afecta al otro; la locura es un fenómeno global, tanto corporal como espiritual. Las causas que se le asignan a la locura por un lado son las causas próximas, que ya en el siglo XIX serán las dominantes; éstas son las que se verifican empíricamente, y poco a poco por vecindad anatómica del alma y el cerebro serán aquellas afecciones que puedan localizarse en este órgano, junto con el sistema nervioso; pero aunque esta concepción hará posible los enfoques materialistas y organicistas de la locura más adelante, no pretende reducir la locura al organismo; esta experiencia de la locura lo que hace no es esbozar una explicación de cómo una alteración orgánica provoca la locura, esto se vuelve imperceptible, es una cualidad casi moral que se le ha dado. Por otro lado, se encuentran las causas lejanas de la locura, todo aquello que no puede relacionarse de manera empírica y visible inmediatamente; sin embargo, provoca la locura y no rivalizan con las causas próximas de la locura, el mundo del alma, del cuerpo, la ingesta de alimentos, el vivir en sociedad y realizar ciertas prácticas como el exceso de estudios o desarrollar un interés desenfrenado por la literatura caballeresca son ejemplos de estas causas. En conjunto los dos tipos de causas, representan al movimiento de la pasión, la gran causa de la locura en la época clásica.

La pasión, siempre asociada con la locura, es ese punto de encuentro entre cuerpo y alma, es movimiento tanto físico como espiritual, si hay pasión hay excitación y la locura

se vuelve posible. Porque la locura es movimiento de los humores, pero también de los músculos y los nervios. Incluso, en la época clásica ya se hablaba del exceso de movimiento en las ciudades y lo que esto le provocaba al ser humano, algo así como lo que Simmel (1986) más tarde denominará como hombre blasé. La pasión se extiende por el alma y el cuerpo y se convierte en delirio, es un movimiento tan violento, tan brusco, que altera las percepciones, las ideas y voluntades; éstas no se corresponden entre sí y tampoco con el cuerpo, porque el movimiento se realiza al nivel de lo racional en el espíritu, pero también en lo corporal. La locura ha quedado atrapada en el discurso del delirio. Para Foucault (2014, p. 369), la manera más sencilla de definir a la locura en la época clásica es con el delirio, " Esta palabra se deriva de lira, un surco; de manera que delirio significa propiamente apartarse del surco, del recto camino de la razón". Y hasta la fecha parece que apartarse de ese surco sigue condenando en nuestra cultura, que aunque estrictamente no es el mismo surco de la razón clásica, podríamos decir que es el surco de la normalidad, pero eso será tratado en el siguiente capítulo con mayor amplitud.

El delirio viene acompañado de los conceptos de error y sueño en lo esencial de la locura clásica, es en el punto de contacto entre estos dos últimos, la obcecación, que el discurso del delirio se vuelve posible. El loco es aquél que sueña mientras se encuentra en vela y está delirando, pero sólo cuando existe el error, no cuando sólo hay un engaño como en los sueños, sino cuando existe una proposición que contradiga a la razón, es entonces cuando se conforma el discurso del delirio. El loco vive el día como la noche, es la personificación de la razón deslumbrada por el sueño y el error.

2.2.2. Las primeras clasificaciones de la locura

En la época clásica, cuando se comienzan a organizar las especies de la locura, se hace desde su negatividad y se comienza a describir lo que pronto serán llamadas las enfermedades del espíritu y de los nervios fabricando todo un catálogo de retratos morales que servirán como base a posteriores análisis de la enfermedad mental y a la construcción de su discurso. El rostro de la locura principal, por ser el más general y tal vez el que mejor representa a la sinrazón de manera empírica, fue la demencia. La demencia la reconocen los

médicos desde el siglo XVII y XVIII y fue considerada el prototipo de la locura en aquella época, pero su experiencia nunca logró cristalizarse. Si bien ya a finales del siglo XVIII la demencia empieza a limitarse a partir de dos nociones muy próximas a ella, antes de esto la demencia podría representar la negatividad de la razón tanto en el alma como en el cuerpo, ese movimiento irrazonable que ocurre dentro del ser humano; en sus inicios la manera más general en cómo fue definida, podría ser la estupidez en general, la ruptura con el mundo exterior, pero siempre a partir de sus causas no de su sintomatología. Estas causas de la demencia por lo general estaban asociadas a una perturbación cerebral o de los espíritus del ser humano, a manera de movimientos en contra de la razón. En este mismo grupo de las demencias, se encontró el frenesí, como una forma más concreta. El frenesí, a diferencia de la demencia, se encontró definido específicamente por una lógica del calor, que se estableció como causa y se veía reflejado en la evolución de la enfermedad; Es a partir de la fiebre y el sobrecalentamiento del sistema nervioso y el cerebro, como causas, que se creía que se generaba el frenesí, lo que a su vez provocaba conductas violentas y apasionadas. Por otro lado, la estupidez en el siglo XVIII empezó a separarse cada vez más de la demencia, pero operando en el mismo grupo y delimitándose con referencia a ella; la estupidez, a diferencia de la demencia, provocaba una insensibilidad a los objetos del mundo exterior que los dementes sí perciben pero no les prestan atención, digamos que las impresiones exteriores para los dementes, les son indiferentes. Y es así como la demencia entrará en la experiencia de la época clásica, aún sin una gran carga moral, como prototipo de la sinrazón en general y empezando a localizar el alma corpórea en el cerebro.

Otro retrato del jardín de las especies de las enfermedades del espíritu del clasicismo podemos encontrarlo en el par antitético formado por la melancolía y la manía, ambas descritas con base en la mecánica de las tensiones. Por un lado la melancolía se relacionaba desde el siglo XVI con humores húmedos, pesados y fríos y personificaba a la locura desde su impotencia, carece de movimientos violentos e intempestivos y más bien se relaciona con el miedo, la reflexión y la tristeza. Por el otro lado la manía es todo lo contrario de la melancolía, se relaciona desde el siglo XVI con humores secos y cálidos, por eso era curada con baños de agua helada y prácticas similares; tiene la cualidad de generar pensamientos impetuosos relacionados con exceso de imaginación, vivir en

fantasía, comportamientos violentos, audacia y furor. Ambas en el siglo XVIII, después de haber pasado por las explicaciones de los espíritus animales, pasaron a ser explicadas por la tensión física provocada en todo el sistema de las fibras orgánicas de una manera más simbólica. Las fibras del melancólico se encuentran distendidas a causa de una gran tensión sufrida previamente y sólo reaccionan aquellas fibras emparentadas directamente con su delirio; para el maniaco existe una sobre exaltación de las fibras con el más mínimo estímulo, sus fibras se encuentran siempre tensas y su delirio se generaliza. Estas imágenes de la manía y la melancolía, que aún se encontraban en el campo de lo perceptual, se cristalizaron más adelante con el positivismo y la idea de neutralidad científica, pero claramente como herederas de las enfermedades del espíritu de la época clásica. La psicología de la locura sólo transportará las percepciones clásicas al lenguaje y la estructura positivista del siglo XIX y en lugar de hablar de los humores, los espíritus animales y las tensiones, o la audacia y el furor causado por la manía, hablará de la vivacidad exagerada de las impresiones internas, de la rapidez en la asociación de ideas, de la falta de atención al mundo exterior, etc.

La histeria y la hipocondría, a su vez, fueron enfermedades del espíritu que estuvieron cargadas, aún más que las descritas anteriormente, de valores morales durante el clasicismo. La histeria desde sus inicios se encontró asociada a la matriz y el útero hasta Pinel y el siglo XIX, y por lo tanto es una enfermedad exclusiva del género femenino, mientras que su contraparte, la hipocondría, se reservó al género masculino. La manera en que esto se explicaba, en relación con los espíritus animales, según Sydenham es porque existe un hombre o mejor dicho un cuerpo interior al nivel de un plano de los espíritus animales (Foucault, 2014). No es algo perceptible físicamente, sólo puede verse con los ojos del espíritu, y a partir de la solidez de este cuerpo será la susceptibilidad que tenga para ser invadido por el *spirituum ataxia* que causa la histeria y puede penetrar en cualquier parte del cuerpo, lo que a su vez determinará los efectos de la enfermedad. El cuerpo de los hombres era considerado con una mayor densidad, que el de las mujeres a causa de su vida más blanda, sin tanto trabajo físico, acostumbradas a las comodidades de la vida; por eso entre más trabajadora era una mujer, menos propensa era a padecer de histeria, del mismo modo sufrir alguna pena emocional podría provocar la histeria. La densidad física adquirió

significado de densidad moral porque, como ya se había mencionado, el trabajo se encontraba dotado de significaciones morales. Poco a poco, ya en el siglo XVIII, la histeria y la hipocondría empezaron a entrar en el género de las enfermedades nerviosas y con esto cambio toda su lógica, pero permanecieron algunos significados y otros nuevos le fueron atribuidos. En esta época, se tiene la concepción de que los nervios, encargados de transmitir las impresiones del mundo exterior, trabajan en el cuerpo humano por el principio de la “simpatía”; esto quiere decir, que si bien no se encuentran conectados entre sí de manera física, trabajan a manera de una solidaridad fisiológica del uno con el otro; lo que permite que los órganos entren en correspondencia y reaccionen en conjunto a partir de una excitación, permitiendo los síntomas de la histeria, haciendo posible que cualquier órgano sea susceptible de trabajar con otro. Los enfermos de histeria e hipocondría, es decir los enfermos nerviosos, son los más "irritables" y es aquí donde Foucault (2014) localiza el alto grado de significación moral que adquieren las enfermedades nerviosas. El concepto de irritabilidad, se aplicaba a la fibra nerviosa, que por exceso de sensibilidad cada vez se irrita más profundamente, causando que las personas sean más sensibles, y fácilmente impresionables. Es así que la vida moral de una persona puede ser medida por el grado de irritación de sus fibras nerviosas, si bien entre más enferma esté una persona se debe a la condición de su sistema nervioso; esta condición se encuentra determinada por la vida que ha llevado; entre más ha sentido, se encuentra más irritado, entre más actividades se realicen que no pertenezcan al orden natural del ser humano, se es más propenso a la enfermedad nerviosa; por eso los ociosos son castigados con esta enfermedad, parece que existe una ética del trabajo representada en las concepciones de la enfermedad, y las actividades pasionales: el exceso de gusto por el sexo, las vivencias extraordinarias, sufrir de penas excesivas, excederse en el estudio de las ciencias más complicadas se condena con la histeria. El movimiento de la pasión se reafirma como discurso del delirio.

Otras condiciones como las convulsiones y los vahídos, por ejemplo, provocadas por conexiones simpáticas no entraron en el dominio de la locura; porque no es hasta que no se sabe porque hay un exceso de sensibilidad que el espíritu no puede comprender, que cierta condición se determinará como locura. Pero también es en estas enfermedades de los nervios que el sentido de la obcecación, el punto donde el sueño y el error se conjuntan, se

empieza a invertir, y ya no será condición necesaria de la locura, ahora se convierte en el efecto psicológico de una falta moral, es el castigo natural de las personas que han atentado contra la moral. Es aquí, ya cerca del positivismo del siglo XIX, que la psicología y la moral se encargarán de la locura; el discurso del delirio y sus causas materiales caerán bajo su dominio y la psiquiatría científica encontrará sus orígenes.

2.2.3. DE LAS TERAPÉUTICAS CLÁSICAS A LA POSIBILIDAD DE UNA PSICOLOGÍA MÉDICA

Para poder entender un poco mejor cómo se hizo posible la idea de una psicología médica, aquella psicología que entrará en el dominio de lo clínico, remontar la revisión de las terapéuticas del clasicismo ante la locura, se vuelve necesario. Por un lado, la teoría médica clásica no logra unificarse con la práctica terapéutica o de las curaciones en su totalidad; que aunque tampoco existía una incomunicación total y entre más cercano se encontraba el fin de la época clásica aumentaba esta comunicación, se desarrollaron a destiempo y con una falta de coherencia mutua. La práctica de las curaciones no se limitaba a los médicos, por el contrario, en el clasicismo se desarrolló un gran cuerpo técnico de las curaciones perteneciente a los empíricos plasmado en farmacopeas y recetarios medicinales y es en el campo de los valores simbólicos donde se desarrolla gran parte de la eficacia terapéutica; por ejemplo, las serpientes que eran símbolo de pecado y tentación, también se utilizaban como remedio para ciertos males femeninos, o cuando alguien tenía una enfermedad perteneciente a la lógica del calor era necesario ingerir algún brebaje ardiente, sólo el ardor, curaba el ardor; en fin, así como estos existen diversos esquemas de curación simbólica durante la época clásica.

La locura también se encontraba lejos del dominio médico en esta época porque se encontraba más cerca del encierro. Como ya se mencionó anteriormente, los hospitales y casas de encierro en general, que le servían de patria a la locura, no tenían como finalidad una curación de la locura como enfermedad. Si bien había médicos en estas instituciones en los tiempos del gran encierro, estos se encargaban de aquellos insensatos que se encontraban enfermos, pero no de locura. Incluso en las casas de salud, que se empiezan a

abrir en Europa en la segunda mitad del siglo XVIII, se reconocía que los cuidados antes debían aplicarse por los vigilantes que por los médicos. La terapéutica de la locura quedaba prácticamente fuera de la medicina, la mayoría de los insensatos se encontraban encerrados y aquellos en libertad, por lo general, eran tratados por un empírico.

Las terapéuticas tanto médicas como empíricas en la época clásica fueron desarrolladas en torno a dos grandes concepciones, la de panacea y la de cura; la primera permeó gran parte de su desarrollo y la segunda adquirió su carácter como tal durante esta época. La idea de panacea se resume en la supresión de toda enfermedad, por ejemplo, Whytt menciona las bondades del opio en su *Traité des maladies nerveuses*, (Foucault, 2014 p. 463) y lo coloca como el medicamento universal para cualquier mal nervioso por su agente antisimpático; sirve para disminuir:

Esos dolores, esos movimientos irregulares, esos espasmos que son ocasionados por una irritación extraordinaria; es muy útil para todas las agitaciones, todas las convulsiones; se le da con éxito, contra la debilidad, la lasitud y los bostezos ocasionados por las reglas muy abundantes.

Así como en el "cólico ventoso", la obstrucción de los pulmones, la pituita y "el asma propiamente espasmódica". La idea de una cura se resume en la supresión de toda la enfermedad; une la práctica con la reflexión médica porque en la cura se persiguen las causas y se reafirman o modifican modos de acción; esta concepción de cura va acabar substituyendo a la de panacea, en ella se va a desarrollar eso que Foucault (2014) nombró como el dominio clínico.

Cuando la teoría y la práctica médica empiezan a conjuntarse, se confrontan el médico y el insensato, entonces se vuelve necesaria la creación de un lenguaje común aunque sea en el terreno de una comunicación imaginaria y es bastante diverso aquél que nació a partir de este diálogo del médico con la sinrazón. Dentro de esta terapéutica de la locura, no existe a la división entre psicología y medicina por la concepción clásica de ser humano que aún no ha sido separado totalmente por el dualismo cartesiano, pero lo que sí empieza a surgir es una diferencia muy delgada, algunas veces no bien definida, entre los métodos dedicados a la supresión de la enfermedad y las formas de atacar a la sinrazón del ser humano.

En cuanto a las técnicas dedicadas a la supresión de la enfermedad desarrolladas en el siglo XVIII, encontramos que éstas se pueden diferenciar y organizar en cuatro ramas principales divididas por Foucault (2014): la consolidación, la purificación, la inmersión y la regulación del movimiento. Que aunque pronto serán consideradas como fantásticas, heredarán ciertas de sus características prácticas, probablemente con significados muy diversos y es aquí donde se pueden encontrar más raíces de una psiquiatría de observación, de un internamiento con un sentido más terapéutico.

La consolidación está basada en la idea de la locura como un compuesto de debilidades, los espíritus se encuentran envueltos en movimientos irregulares por la falta de vigor en las fibras, en los nervios o en el espíritu; esto causa, por ejemplo, el exceso de irritabilidad en la fibra y se recetan tratamientos basados en la vigorización de las fibras; por ejemplo, la ingesta de hierro por diversas formas será el tratamiento por excelencia, ya que simbólicamente es un metal natural y de fácil ductilidad, lo que ayuda a fortalecer al ser. La purificación tiene que ver con la concepción de que el delirio puede ser causado principalmente por los humores, y técnicas de muy diversa índole se desarrollan al respecto; por ejemplo, la sustitución de la sangre que ha sido cargada de humores, la provocación de cortadas y llagas y la inoculación de enfermedades de la piel para que por ahí salgan esos humores indeseados, los baños de algunas partes del cuerpo con vinagres por sus propiedades de ácido, etcétera. La inmersión, se encontró compuesta por dos sentidos, el primero, la ablución, imita a los ritos de purificación y renacimiento utilizados en distintas ocasiones en la historia de la humanidad; el otro, el de la inmersión, tiene que ver con propiedades más físicas del agua, ya que puede modificar las cualidades esenciales de los líquidos y los sólidos. El agua, es uno de los elementos que organiza a su alrededor probablemente al mayor número de teorías terapéuticas por sus cualidades, e históricamente tiene un largo tiempo asociándose con la locura desde antes de la época clásica, como por ejemplo, en las embarcaciones de la locura renacentistas; remedios como los baños violentos serán frecuentes desde la Edad Media y hasta los asilos del siglo XIX con Pinel; curas destinadas a los frenéticos y maniáticos serán elaboradas con base en el agua para apagar el calor que estas enfermedades provocan. Por último tenemos al grupo de las

curaciones basadas en la regulación del movimiento; porque otra concepción de la locura es que ésta es movimiento irregular, de los espíritus, de las fibras, de las ideas, pero sobre todo de la razón. Estas técnicas, por su parte, tienen la función de regular este movimiento con la finalidad de restituir al alienado con el mundo, con la naturaleza y la verdad, en fin, restituir lo razonable en el ser. Si la locura es el momento de la pura subjetividad, lo que la terapéutica del movimiento busca es objetivar de nuevo al alienado, generalizarlo de acuerdo con el orden que le corresponde. Por ejemplo, las grandes caminatas por el bosque, o los paseos a caballo, largos viajes marítimos donde se esté expuesto al movimiento del mar que es el más natural ayudarán a la regulación del movimiento; incluso hasta el siglo XIX fabricó aparatos que sacuden violentamente a los enfermos mentales, que si bien no tenían la misma finalidad que las curas clásicas por sus diferentes concepciones de la locura, mostrarán como es que las prácticas han subsistido más allá de los sentidos con los que fueron creadas originalmente.

La otra cara de la terapéutica desarrollada por la medicina de la locura clásica fue aquella enfocada a combatir las formas de la sinrazón; aquella cara que dejaba entrever un poco el elemento psicológico, que ya empezaba a aprovecharse de esa confrontación que surgía entre el médico y el loco; donde el lenguaje y las formulaciones morales serán la base de la cura. Los tres principales métodos desarrollados dentro de esta lógica fueron divididos por Foucault (2014) en: el despertar, la realización teatral y el retorno a lo inmediato.

El despertar como método estaba basado en el discurso delirante de la locura, ya que el delirio es el sueño de las personas en vela y se vuelve necesario regresarlos a una vigilia verdadera, fuera del sueño y del error. El despertar como idea se materializó de muy diversas formas, por ejemplo, el simple disparo de un fusil cerca del oído del loco puede ayudar a sacarlo de su ilusión, o también las quemaduras con ganchos de hierro al rojo vivo; al principio la idea se basaba en una irrupción autoritaria que a destajo trataba de regresar al dormido en el sueño de la sinrazón a su ciclo natural de vigilia, pero con el tiempo la idea se desarrolló de otras maneras. También la imposición de un cierto estilo de vida cotidiana que no abra la posibilidad de alterar el orden social, aunque de manera más

lenta, ayudó a disipar el delirio. Eventualmente, la idea del despertar fue cambiando su sentido hasta reducirse en la rememoración de ideas morales y el médico pasó a ser un moralista.

La realización teatral tenía su eficacia terapéutica en el dominio de lo imaginario y es gracias a la concepción de la locura como no-ser, al error dentro de su discurso que se creía que ésta va a caer por su propio peso, tendrá que ceder el loco a la verdad a causa de una confrontación ante la razón. Es la cura de la ilusión por medio de lo ilusorio y la complicidad con el delirio. Para que esta pueda llevarse a cabo, el primer paso tiene que ver con establecer la imagen ilusoria como una realidad perceptiva; si es que el error o ilusión, es tan fuerte como la percepción, es de aquí que se podrá partir integrándose a la ilusión. Luego se vuelve menester continuar con el discurso del delirio y es en este paso de vital importancia respetar la gramática y la significación, no cambiar el lenguaje; es interesante cómo en este punto resulta muy claro el papel del lenguaje como medio de curación. Por último debe provocarse una crisis dentro de la puesta en escena que confronte el discurso del delirio con la verdad para provocar que su no-ser del delirio se convierta en ser percibido. El ejemplo que menciona Foucault (2014) de la *Encyclopédie*, más sencillo para visualizar el proceso, es cuando un loco cree que en su cuerpo habita algún animal extraño, entonces el médico tiene que entrar en el discurso de su delirio respetando la gramática y la significación en general, puede hacerle creer que va a exorcizarlo y darle un purgante violento, luego coloca el animal en el retrete y posteriormente aparecerá la crisis, porque el loco ya no debería de estar loco, él sabe que lo que provocaba su locura ha sido desterrado de su cuerpo.

Por último, el retorno a lo inmediato es todo lo contrario a la realización teatral, es de alguna manera el absoluto rechazo de la terapéutica, puesto que la locura está considerada como una forma más de la naturaleza; aunque ésta se provoque por las causas sociales más artificiales, en su apogeo materializa la bestialidad del hombre. Pero esto no significa total pasividad, se vuelve necesario regresar a la naturaleza, porque además aquí el hombre se libera de las obligaciones y la influencia social. Por ejemplo, abandonar las pasiones de un interés excesivo en una ciencia o en la literatura para sustituirlas por el

trabajo del orden natural del hombre ayudará a regresar a la razón. Es en esta concepción que la naturaleza se encuentra mediatizada por la moral y la sinrazón se empieza a reducir a la moral. Cuando llegue el siglo XIX, y quizá hasta la actualidad, la sinrazón clásica se reduce a la percepción moral de la locura, pero de una manera discreta, digamos disfrazada de concepción científica, porque la ciencia aparecerá como la nueva dueña de la razón.

En resumen, estas dos caras de la medicina de la locura clásica, aquella enfocada en la supresión de la enfermedad y aquella encargada a combatir a la sinrazón no se encuentran bien delimitadas y no se puede hablar de una diferencia entre métodos médicos y psicológicos porque la psicología aún no existe, aunque sí encontramos aquí sus raíces. Los primeros se encargaron de una arte de transformar las cualidades y los segundos de un arte de orden más discursivo para restituir la verdad en la sinrazón de la locura; la concepción que se tiene de ser humano aún comprende en una misma unidad al cuerpo y la mente. Para que una psicología pueda llegar a desarrollarse, la locura tuvo que adquirir su concepción moral. Cuando la locura empieza a ser separada de la sinrazón, entonces la psicología médica podrá encontrar su campo de acción y todo lo que se considere orgánico será la enfermedad y pertenecerá al campo de la medicina.

Así es precisamente cómo nace la psicología, no como verdad sobre la locura, sino como señal de que la locura está ahora desunida de su verdad que era la sinrazón, y que ya no es sino un fenómeno a la deriva, insignificante, que flota en la superficie indefinida de la naturaleza. Enigma sin otra verdad que la que puede reducirlo (Foucault 2014, p.528).

De manera curiosa acaba Foucault la segunda parte de su obra Historia de la locura queriendo hacer justicia a Freud y el psicoanálisis, ya que es él quien vuelve a tomar a la locura al nivel de su lenguaje, la sinrazón, y abre de alguna manera la posibilidad de restablecer un diálogo entre el pensamiento médico y la sinrazón.

2.3. EL RECONOCIMIENTO DE LA LOCURA

2.3.1. LA LOCURA COMO OBJETO NACIDO DEL PROCESO DE HETEROGENEIZACIÓN DE LA SINRAZÓN

Cuando la sinrazón se confrontó con la medicina y se empezó a concebir como enfermedad en la segunda mitad del siglo XVIII tomó la forma de un ácido, como éste era pensado por la química de la época, a manera de partículas que penetran fácilmente los cuerpos causando vapores peligrosos y líquidos corrosivos y cuya propiedad más determinante, respecto al imaginario social, era su capacidad de contagio y transmisión a partir del medio aéreo. Las casas de confinamiento que encerraron al cuerpo homogeneizado, aún, de la sinrazón representaron al mal y la pobredumbre en general; mezclando a personajes como el loco, el criminal y el mendigo, fermentando en su interior toda esta clase de aires que originaron la idea del contagio mal-pobredumbre. A pesar de que las casas de confinamiento y los hospitales se encontraban por lo general afuera de las ciudades, las propiedades que se le atribuyeron a la sinrazón como ácido que se esparce por el aire, generaron creencias que la permitían viajar del exterior al interior y se tuvo la idea de que algunas epidemias febriles provenían de estos lugares. El personaje del leproso en la Edad Media podemos verlo sustituido una vez más por la sinrazón confinada, e incluso ocupando los mismos espacios físicos en algunos casos, pero con la propiedad terrorífica del contagio que puede ser esparcido hasta el interior de las ciudades. Se ha originado el gran miedo de la sinrazón al haber entrado al dominio de las enfermedades, pero este gran miedo formulado dentro del pensamiento médico, aparentemente, no proviene más que de una conciencia moral y ha nacido en el espacio del confinamiento. El papel del médico en esta segunda mitad del siglo XVIII dentro del confinamiento será el de proteger a los de afuera; es gracias a este gran miedo que el médico tomará las medidas necesarias para purificar todos estos lugares y no llegue la peste de la sinrazón a las ciudades, sino que se quede concentrada y sirva de espectáculo pero se encuentre libre de contagio.

El gran miedo a su vez se alimenta por la percepción fantástica del mundo del confinamiento que no sólo alberga locos y libertinos, enfermos y criminales, sino todo un

imaginario que ha sido acarreado a lo largo de la época clásica de manera dormida desde la Edad Media en donde se sitúa todo un mundo de monstruos, que estará basado en la contradicción de los apetitos humanos, la dialéctica sin mediación del corazón. Es aquí donde la sinrazón vuelve a aparecer como discurso a ya más de un siglo de estar encerrada, un ejemplo es la aparición del sadismo como fenómeno de masas en donde el amor y la muerte como apetitos humanos se encuentran.

A lo largo de todo el clasicismo, la experiencia de la locura parece que no fue separada de la experiencia de la sinrazón y no fue hasta finales del siglo XVIII que logró ser diferenciada. El gran miedo tanto a la sinrazón como a la locura empezaron a crecer durante esta época, pero el asociado con la sinrazón estuvo más enfocado a lo que tiene que ver con sus imaginarios fantásticos, mientras que el miedo a la locura se encontró relacionado a los estragos que ésta produce, y al aumento de las enfermedades nerviosas y del espíritu. La conciencia de la sinrazón se desarrolló por encima del tiempo y a partir de sus resurrecciones imaginarias, mientras que la concepción de la locura se formó por la historia y el desarrollo de la naturaleza. Esta concepción histórica de la locura se encontró apoyada en la noción de lo que el siglo XIX denominó como "medio" más adelante, pero que el siglo XVIII ya estaba desarrollando.

Foucault (1998) distingue tres principales ideas de los llamados medios al final del siglo XVIII y principios del XIX: la libertad, la religión/tiempo y la civilización/sensibilidad. En tiempos del liberalismo, el exceso de la libertad personal o libertinaje así como el exceso de dinero son medios que favorecen el desarrollo de la locura. En cuanto a la religión, en exceso puede provocar alucinaciones y delirios. Y la civilización ha debilitado el cuerpo de los hombres que ya no trabajan físicamente, el estudio de las ciencias más abstractas ha modificado la sensibilidad del ser humano, el interés excesivo en las novelas y los cambios en los ciclos de sueño y vigilia modernos son medios en los que fácilmente se puede desarrollar la locura. Lo que se refleja en estos medios es que la locura es una ruptura del ser humano con lo inmediato, el medio, es la ruptura con su naturaleza. Por ejemplo, en los primitivos ni Rush ni Humboldt encontraban indios alienados (Foucault 2014). La locura es causa del progreso moderno, y esta idea

será radicalizada en el siglo XIX y llamada "degenerescencia" refiriéndose a cómo se va degenerando el hombre por cada generación que va pasando, asegurando la eternidad de la razón burguesa.

Pero esta concepción histórica de la locura duró poco tiempo, a lo largo del siglo XIX, se desarrolló con un carácter más dentro de la moral social. Por ejemplo, en la obra de Morel (1857 citado en Foucault 1998) la miseria, y más que nada las prácticas que se generan a su alrededor, como los trabajos peligrosos e insalubres, la falta de una alimentación adecuada o el exceso de bebidas alcohólicas, constituyen el medio perfecto para que se desarrolle la locura. Esta idea se encontró cargada de las significaciones morales de la burguesía, porque son aquellos que han escapado a su ética los que más fácilmente desarrollarán alguna condición de la locura. La alienación como concepto ha dejado de ser histórica para pasar a ser una crítica del hombre. Y la experiencia de la locura ya no se relaciona con el error; el hombre ya no pierde la verdad, sino su verdad, su esencia.

El evento más claro donde se puede ver la división entre la experiencia de la locura y la sinrazón es la separación física que comenzó a lo largo del siglo XVIII, pero sobre todo a partir de la segunda mitad, en la que se abrieron casas especiales para los locos, o en algunos hospitales se les designó un espacio específico. Por un lado, la experiencia de la sinrazón a lo largo del encierro por el que ha sido sometida durante un largo tiempo la ha dejado en el terreno de lo abstracto, de lo indiferenciado y ha quedado delimitada muy difusamente en el discurso del libertinaje; todos aquellos que se encuentren internados y no se consideren locos caerán en la categoría de "libertinos". El inverso de la razón ya ha sido dividido. Por el otro lado, este movimiento de separación entre la sinrazón y la locura se generó en el dominio del reconocimiento de la locura, antes de ser conocida y aprehendida como objeto, obedeciendo una lógica más cercana al miedo que se le tenía. Es a partir de este movimiento que la locura empezará a especializarse, poco a poco las 3 o 4 categorías generales en las que se encerraba la locura serán insuficientes y el jardín de las especies empezará a enriquecerse, mientras se establece a la locura como objeto de percepción y de estudio.

La especialización por la que pasó la locura construyéndose como objeto, en esta segunda mitad del siglo XVIII, se debió a dos procesos que se desarrollaron en diferentes direcciones pero no de manera totalmente independiente. El primero tiene que ver con la organización de la locura dentro del confinamiento, la "percepción asilar" que se tiene de ella, que en un primer momento dividirá de manera muy rudimentaria a los locos con peligro de causar la muerte, tanto la propia como la de otros, pero después se organizará de manera más compleja en el sentido o el no-sentido de cómo se manifieste la figura específica de la locura; por ejemplo, es en este proceso que se hace la distinción de los alienados y los insensatos, los primeros han perdido enteramente la verdad, se encuentran en el lado del no-sentido, como "los rabiosos", y los segundos designan a los delirantes en el grupo general de los locos y se encuentran en el lado de los que no han perdido totalmente el sentido, sólo lo han invertido, como el "obcecado" que basa sus actos en una idea insensata. Es en este proceso que la locura encontrará su voz propia por vez primera y de manera casi independiente del dominio de la medicina y su teoría, que cuando intervenía, por lo general lo hacía de manera descriptiva o anecdótica del caso, algunas veces también para una elaboración diagnóstica. Por el otro lado, la teoría médica reflejada en la nosología del siglo XVIII especificaba e individualizaba a la locura de una manera mucho más compleja y abstracta, organizando las diferentes caras de la locura, y el jardín de las especies se enriquecía en especies mucho más rápido que los registros de la práctica asilar, sin que existiera una coherencia exacta entre ambas. La psiquiatría clásica de los primeros años del siglo XIX se encontró basada en estos dos dominios de la experiencia de la locura, el análisis médico y la percepción asilar, pero no logrará unificarlos, y la locura como enfermedad mental científica se encontró alejada de su lenguaje propio que adquirió en el internamiento, lenguaje que logrará liberarla más adelante.

Y es que a su vez la crítica política de la locura en el siglo XVIII estableció como la esencia misma del confinamiento a la locura, ligándola a la tierra del internamiento, más que nunca, mediante dos significaciones que se le fueron atribuidas: como símbolo de poder y represión dentro del confinamiento y como su objeto más propio. Las protestas del siglo XIX que pedían una separación entre condenados y locos, porque los segundos

deberían de ser tratados más humanamente, ya existían desde el siglo XVIII, pero con un sentido totalmente opuesto; la cuestión era que las protestas eran de los internados no locos para no compartir el mismo espacio por cuestiones de seguridad y de salud, era una injusticia encerrar a locos con demás internados, pero para los internados; la locura cumplía con el papel de castigo complementario para aquellos condenados que tenían que convivir con ella, e incluso ya existía la idea de que el internamiento alienaba; de esta manera la locura se establecía como símbolo de poder del confinamiento.

Al mismo tiempo al inicio del siglo XVIII el internamiento no se limitaba a su papel de represión, también era una respuesta a crisis económicas y sociales por las que pasaba Europa, por ejemplo, las colonias de países como Francia e Inglaterra necesitaban de mano de obra para desarrollarse, así que algunos internados eran enviados a poblar y explotar dichas colonias, también si existía una crisis económica se creaban casas de mendicidad y los internados eran obligados a trabajar. Ya avanzado el siglo XVIII las políticas en Europa en cuanto al internamiento empezarán a invertirse, este tenderá a disminuir porque la ilusión de presentarse como solución ante una crisis se sustituye por la idea de que una población entre más numerosa sea, abarata los costos de producción y el poder económico de las naciones; para que esto suceda es necesario regresar al mayor número de internados posibles al circuito productivo. Sólo aquellos internados que no pueden ni deben de ser regresados a la vida cotidiana se quedarán dentro del mundo del confinamiento. Lugares como las *workhouses* en Inglaterra fueron complementados por lugares como las *poorhouses* que sólo albergaban a pobres enfermos o inválidos incapaces de trabajar; la asistencia pública ahora se limitará a los pobres enfermos. Pero en el terreno del confinamiento y la exclusión, aún se encuentra la locura, junto con el crimen, como verdad del internamiento y al mismo tiempo esta se encuentra ya liberada de algunas viejas experiencias como la de la sinrazón y no por un proceso científico ni un análisis médico.

2.3.2. EL LOCO COMO ENEMIGO DE LA SOCIEDAD BURGUESA

La época del gran encierro ha terminado y la locura ya se encuentra individualizada y con voz propia; es por esto mismo que necesitará de una nueva patria donde pueda

alojarse ya que las nuevas políticas pretenden reducir la práctica del internamiento lo mayormente posible, esto significa limitarlo a los locos y criminales, que son los únicos incapaces de vivir en sociedad. De esta manera, la idea de crear casas de confinamiento exclusivas para la locura empieza a surgir basada en el conocimiento positivo que la locura como objeto empieza a adquirir. Para poder entender cómo se edificarán estas casas especiales para la locura se vuelve necesario analizar esta nueva forma de la experiencia positiva de la locura se ha logrado; como este mito de un reconocimiento objetivo ha nacido en los años de las reformas de Pinel y Tuke y hasta la fecha sostiene a una psicología positiva. Foucault (1998) menciona tres estructuras determinadas para que este movimiento se haya logrado: la primera, se ha llegado a confundir el antiguo espacio del internamiento con un espacio médico; la segunda es que entre la locura y quien la reconoce, la supervisa y la juzga, se establece una nueva relación neutralizada, purificada de toda complicidad ya que es del orden de la mirada objetiva; y la última tiene que ver con la confrontación de la locura con el crimen.

Cuando el internamiento y el pensamiento médico se empiezan a confrontar a finales del siglo XVIII la locura quedará en el dominio de la esfera pública, a diferencia de la enfermedad y la pobreza que la sociedad burguesa con ideales liberales no reconocerá como responsabilidad; por eso es necesario asignarle un espacio confinado que asegure la protección de la sociedad; pero este espacio aún no se sabe si debería de ser más cercano a la función de una corrección o una hospitalidad. Dos tipos de proyectos de confinamiento con diferentes finalidades estaban siendo diseñados. El primer tipo, retomaba los viejos significados del internamiento, coacción, exclusión, corrección y orden y seguía codeando a la locura con el crimen sin hacer una verdadera distinción ni siquiera en el espacio físico. Proyectos como el de Brissot (1781 citado en Foucault, 1998) que imaginaban una casa de corrección perfecta, como espejo invertido de la sociedad ideal y con una completa incomunicación con el mundo, entran en esta clasificación; además se manejarían de manera autosuficiente porque el internado trabajaría y específicamente se ocuparía de los trabajos más peligrosos como la manipulación de químicos nocivos, lo que le daría una doble utilidad al trabajo, producir y destruir al obrero indeseable. Otro ejemplo de este tipo de proyectos sería el de Musquinet (1790 citado en Foucault, 1998), basado en una

pirámide social, con jerarquías y el aún utilizado sistema de méritos; el internamiento cumple la función de control moral y además la ganancia del trabajo realizado por los internados está destinada, de alguna manera, a la sociedad como certificados de moralidad para el internado. Aquí la locura se percibe como enemiga de la sociedad y el Estado, este último entendido por Foucault como la integración institucional de las relaciones de poder, siendo, pues, un resultante y no un punto de partida (Varela y Álvarez-Uria 1977).

El segundo tipo de proyectos es donde se confundirán la experiencia de la locura como forma de la sinrazón y la experiencia de la locura como enfermedad, constituyendo la enajenación mental en el sentido moderno de la expresión. Es aquí donde la locura será vista como asistida por vez primera, pero no totalmente, el internamiento aún tiene la función de proteger al resto de la sociedad; por ejemplo, Tenon (1788 citado en Foucault, 1998) propone la idea de que el internamiento de los locos no puede ser decretado de manera definitiva a menos que hayan fracasado las atenciones médicas y la locura ya no se ve como la animalidad más salvaje que habita dentro de los seres humanos, ahora tiene el estado de una animalidad dulce. Dentro de los hospitales se destinaría un área específica para los locos y la idea de una libertad recluida con valores terapéuticos, para que puedan andar libremente dentro del confinamiento, es desarrollada y afectará más adelante la manera de pensar los asilos e incluso la idea del idioma liberado en el psicoanálisis. El internamiento por vez primera adquiere un sentido médico.

La locura en esta época también se verá permeada por las ideas de la libertad individual y por eso se vuelve necesario que alcance un estado de objetividad. Los locos que deben ser internados son aquéllos que no puedan hacerse responsables de sí mismos, es decir aquellos capaces de lastimar a otros, pero esta determinación debe ser tomada de alguna manera objetiva y neutralizada por expertos que conozcan la locura; la locura debe ser definida en términos de su positividad y lo hizo con base a su experiencia en el internamiento. Es en esta época que dispositivos como la camisa de fuerza, donde se reflejaban los juegos de la libertad y los límites de la locura, fueron inventados, pero quizá el más importante fue el diario de asilo, donde se describían todas las observaciones que se

pudieran hacer de los locos de la manera más neutra y objetiva posible, dotando a la locura con la categoría de objeto tranquilo. La locura cayó dentro del dominio de la razón.

Cuando las grandes estructuras del internamiento desaparecen, la locura como problema social y del orden reaparece en la opinión pública para determinar su próximo destino. Y es a partir de esta discusión que el hombre libre, soberano del Estado burgués después de la Revolución Francesa se instaurará como su próximo juez, por eso las familias podían internar a sus miembros en caso de locura y no poder hacerse responsables de sus parientes en este estado; la familia juzgaba las diferencias entre locura y razón. Y una de las formas que utilizaba la conciencia burguesa revolucionaria a manera de castigo era el escándalo, hacer pública una falta sin la necesidad de causar una pena física, lo que la volvía una pena ideal y está estaba basada en la conciencia pública de la moral, por eso el jurado, por ejemplo, actúa como la conciencia pública en un juicio. Es a partir de esta conciencia pública exteriorizada que nace la posibilidad de una psicología que interiorice el escándalo de las formas morales de ésta, como juez universal de la razón en el ser humano, en lugar de tomar un papel más reflexivo. Y a partir de esta psicología, el criminal tiene en el dominio de lo privado interiorizado, el discurso del delirio y en el dominio de lo público lo inhumano, la animalidad, en general el no-ser que forma un principio de asimilación entre la locura y el crimen.

2.3.3. LA OBJETIVACIÓN DEL HOMBRE POR MEDIO DE LA LOCURA

Entonces la psicología va a aparecer como la verdad del hombre occidental. El loco es la primera forma del hombre objetivado. Y un gran problema para el estudio de la locura es que está objetivada, pero también es objetivante del hombre, por eso se vuelve necesaria la condición de no estar loco para poder estudiarla. El hombre y su locura han quedado atrapados en la positividad hasta que aparezca una nueva forma de conocimiento liberado. Pero esta condición no tomó sus formas concretas hasta el asilo de Pinel y Tuke.

El primer asilo en Inglaterra fue fundado por los cuáqueros, una sociedad amistosa, cerca de la ciudad de York, el cual inició su construcción en 1795 y entró en

funcionamiento el siguiente año, designando a Tuke como su encargado. El Estado inglés para ese tiempo ya había inventado las instituciones de beneficencia privada para sus propias necesidades y en este marco la casa de Tuke para insensatos entró en funcionamiento. En Francia, la historia del primer asilo fue diferente, si bien el *Hôtel Dieu*, ya había sido un primer intento de recibir a los locos con esperanzas de curación, no es hasta la liberación de Pinel que *Bicêtre* empieza a edificarse como el primer asilo. Si bien *Bicêtre* desde antaño había encerrado a la sinrazón y en estos últimos años a la pobreza en general, llegará el punto que Pinel designará un área específica para los insensatos. Pinel es designado como encargado de *Bicêtre* en 1793 y en esa época ya era conocido por su experticia en cuanto a las enfermedades del espíritu, lo que refleja una clara intención médica en esta nueva forma de internamiento. Lo que ambos modelos de asilo buscaron en común y algo que los hace diferentes a los antiguos internamientos fue la búsqueda de la liberación de la locura en su verdad, que es la razón del hombre que el positivismo ha establecido. El mito del retiro por parte de Tuke y el mito de la liberación de los encadenados de Pinel surgieron a partir de estas nuevas formas de asilo.

El asilo de Tuke se encontraba en las afueras de la ciudad de York en un área rural porque la locura como enfermedad en el pensamiento del siglo XVIII y para Tuke era una enfermedad de la sociedad; la sociedad alienaba al hombre y por el contrario su curación debería ser el retorno a lo inalienable, el regreso a su verdad, esto naturalmente sería logrado más fácilmente alejada de las ciudades artificialmente creadas por el hombre, lo más alejado de la sociedad posible. El mito del retiro a su vez reflejaba el mito de las tres naturalezas, la naturaleza-verdad, la naturaleza-razón y la naturaleza-salud, si es que alguna de las tres naturalezas está fallando en la persona, fortaleciendo las otras, esta mejorará. La eficacia del procedimiento de curación del retiro se resume en la idea del regreso de la locura a su verdad, que está en la naturaleza, la razón misma. Tuke además creía en la religión como lo inalienable de la razón y el retiro trataba de emular el medio de los cuáqueros por medio de la segregación religiosa y no precisamente para limitar la influencia que pudiera tener los locos fuera de los cuáqueros, sino para insertar al alienado en un elemento moral, donde ocurrirá su curación. Y esta curación se encontró basada como en el viejo internamiento en el temor, pero no necesariamente físico, ni por medio de

instrumentos, sino como discurso y es que estuvo sustituido por la responsabilidad con la que la locura ahora tiene que cargar, la responsabilidad que vuelve al alienado con un sentido de culpabilidad y una posibilidad de castigo; esta curación se acompañó a su vez de dos movimientos; el trabajo y la necesidad de estima. El trabajo que se usaba desde la época del "gran encierro" para combatir las crisis económicas, fue heredado como práctica en el retiro pero ya no con la misma utilidad de producción, sólo como regla moral pura y la "necesidad de estima" como consideración por los otros, hizo que ambas prácticas carguen de responsabilidad a la conciencia del alienado. El loco ha entrado en una vigilancia perpetua; es en el asilo donde la ciencia de las enfermedades mentales será reducida a la observación y la clasificación, el proceso de individualización descrito por Foucault (2003) en su obra *Vigilar y castigar*.

El modelo del retiro se encontró basado en la familia patriarcal burguesa, los locos aquí ya no eran animales eran niños con un exceso de fuerza; y los vigilantes, eran el padre, la autoridad, investida en el proceso mismo de adquirir una conciencia de no estar loco, el padre adquirió los rasgos de la razón. Las políticas liberales de la época ya intentaban responsabilizar a las familias de los cuidados de sus enfermos, pero para los locos fue necesaria la creación de una familia artificial, a manera de una parodia institucional pero que involucrara a los involucrados en una situación psicológica real.

Por el lado de Pinel, la gran liberación de la locura ocurría cuando se les removían las cadenas a los locos, en ese instante el loco recuperaba la razón. Este modelo de asilo transfería la animalidad salvaje del loco al modelo de cuidador del viejo internamiento, porque la animalidad del internamiento residía en el trato inhumano al que el loco era sometido, no es ahí donde se encuentra la verdad de la locura. La verdad de la locura, según Pinel, está en esta semilibertad asilaria del loco, cristalizándolo como un tipo social moralmente reconocido en las relaciones humanas donde toma su lugar en torno a ciertas virtudes sociales, como la servidumbre y el arrepentimiento; la razón la va a localizar en la moral.

A diferencia de Tuke, Pinel piensa que el asilo debe ser objeto de la medicina y debe de liberarse de la religión, o más bien del texto fantástico de la religión, ya que éste puede beneficiar el medio donde prolifere la locura. Al mismo tiempo, el asilo tiene como tarea volver a emprender el trabajo moral que de antaño realizaba la religión, es en este poder moral donde Pinel situará la efectividad terapéutica asilar. Lo que Pinel creó fue un dominio religioso, pero de la moral burguesa, tratando de universalizar sus valores y condenando todo aquello que le fuera contrario como elemento alienante. Por eso el medio de desarrollo de la locura, para esta concepción, se localiza en los bajos fondos de la sociedad, en su decadencia, en el desempleo, la miseria y el desorden, en fin todo aquello que caía fuera de los valores de la sociedad burguesa. Es por eso que el asilo de Pinel será un asilo de síntesis morales que regulaban la conducta de los internados, los médicos y los vigilantes por medio de tres principios: el silencio, el reconocimiento en el espejo y el juicio perpetuo. El silencio, que a veces se imponía como medida correctiva a ciertos internados, interiorizaba la culpa, era otro tipo de cadena a la que el alienado era sometido. El reconocimiento en el espejo ocurría en la relación perceptiva de un alienado hacia otro, era en este movimiento que podía existir una liberación del loco al ser consciente de su propia condición. El juicio perpetuo era la conversión que estaba sucediendo de la medicina en justicia, la terapéutica utilizada como un castigo; pero la manera en que este modelo asilar lo hacía era inventando sus propios métodos, por ejemplo, la ducha helada que ya se utilizaba para ciertas curaciones de algunos males de los nervios podía utilizarse para corregir algún internado que no quisiera trabajar; porque además el trabajo es altamente valorado en la sociedad burguesa y regresando el orden a los internados es como se llegará a su curación. La locura, hasta la fecha pertenece al dominio de la moral.

Aunque ambos modelos de asilo, el de Tuke y el de Pinel, estaban estructurados de maneras bastante diferentes hay un elemento específico en el cual convergían y es probablemente este elemento el más significativo en cuanto a la diferencia de los antiguos modelos del internamiento: la constitución del médico como figura esencial del asilo. Lo que se forma en estos nuevos asilos es una nueva relación entre la alienación y el pensamiento médico que va a ordenar toda la experiencia de la locura moderna y que nos va a permitir hablar hasta nuestros días de enfermedad mental. Pero, de manera curiosa, la

inserción inicial del médico en el mundo asilar no se realizó en función de una práctica científica, que si bien antes de ingresar un alienado debía de generarse un certificado médico que avalará su condición, ya dentro del asilo, el médico era solicitado en su calidad de personaje moral; incluso podía ser sustituido por otras personas que tuvieran suficiente experiencia dentro del campo asilar y demostrarán una intachable conducta moral. El médico ayudaba al proceso terapéutico porque ejercía una gran influencia como modelo a los pacientes; trabajaba más como personaje que curaba con un poder moral que por medio de una práctica científica. Tuke no era experto en materia de las enfermedades del espíritu cuando recién inició en el retiro y Pinel tenía fama y reconocimiento como filántropo. Lo que ambos hicieron fue la introducción del médico al mundo asilar, no de la medicina como ciencia. Al mismo tiempo en que la enfermedad mental estaba entrando en el dominio del positivismo y la objetividad, el médico dentro del asilo actuaba por medio de principios morales. Esta función del médico como personaje estaba claramente determinada por sus fundadores, pero fue negándose con el mito del positivismo y su objetividad científica; no será hasta Freud con la creación de la situación psicoanalítica y su concepto de transferencia (Freud 1992), que esta relación moral entre médico y enfermo sea explotada y reconocida nuevamente de manera consciente. Freud sintetizó en su análisis clínico las funciones de las otras estructuras asilares de Tuke y Pinel en la relación médico-paciente y realizó, una segunda liberación de la locura del mundo del asilo.

El asilo creado por Tuke y Pinel como la nueva patria de la locura, lo que reflejaba eran las estructuras de la sociedad burguesa. La organización con la que contaba emulaba la sociedad ideal y se trataba de plasmar de manera simbólica y material algunos de sus valores más elevados; el mundo de su moral, el orden y el respeto al funcionamiento de la familia patriarcal. Es en esta institución y bajo estos valores que la enfermedad mental se va a objetivar.

2.3.4. LA VERDAD DEL HOMBRE EN LA OBJETIVACIÓN DE LA LOCURA

La liberación de la locura, realizada en el asilo como estructura de base, cambió la noción que se tenía de ella drásticamente del pensamiento clásico al moderno del siglo XIX. Lo que provocó este movimiento fue haberla confrontado con su verdad y en la experiencia moderna esta verdad la encontró en su objetivación. La percepción de la locura como objeto científico trajo consigo consecuencias en la sensibilidad que se tenía respecto a ella; elaborándose nuevas ideas a su alrededor y al mismo tiempo convirtiéndose en la verdad del hombre.

Entre las ideas que se gestaban sobre la locura Foucault (1998) menciona cuatro principales antinomias de su reconocimiento como objeto y su relación con el hombre, que ayudan a entender como se formó la estructura antropológica, en el pensamiento del siglo XIX, de tres términos; el hombre, su locura y su verdad que sustituyó a la estructura binaria de la sinrazón clásica (verdad y error, mundo y fantasma, ser y no ser, día y noche). La primera antinomia es que el loco revela la verdad elemental del hombre, esto quiere decir que la locura conduce al hombre a su estado primitivo: de sus deseos, de sus necesidades corporales, la idea del loco como niño; como idea contraria, esta locura se genera en el medio más alejado de la naturaleza primitiva del hombre, en la vida social, en el exceso de las pasiones, se genera con mayor frecuencia en las sociedades más avanzadas que en las primitivas. La segunda antinomia tiene que ver con el determinismo orgánico en el que fue encerrada la locura al considerarse un trastorno de las funciones cerebrales, sin embargo, a diferencia de las demás enfermedades, la locura saca a relucir la maldad y lo perverso que habita en el hombre. La tercera designa al loco como irresponsable de sus actos por su contenido psicológico, la irresponsabilidad se vuelve objeto de reconocimiento médico y la locura se juzga en cuanto a las razones por las que se ha cometido el acto; al mismo tiempo no hay razón que lo agote, parece que la locura se encuentra encadenada en el automatismo. La última tiene que ver con que, como la locura no es la pérdida total de la razón, sólo parcial, existe la posibilidad de un diálogo que conlleve a la curación de una manera humana; pero al mismo tiempo la locura es la contradicción de la verdad moral y social del

hombre, la terapéutica se puede basar en la represión de esta verdad. Dentro de estas antinomias se puede observar que en los inicios del siglo XIX el mal y la falta han quedado encerrados en una objetividad orgánica dentro de la experiencia de la locura, como lo contrario y primitivo de la verdad del hombre.

Con la verdad de la locura moderna el hombre pasó al lado del objeto, se ha vuelto accesible a la percepción y práctica científica. Las tres principales enfermedades de la primera mitad del siglo XIX que formaban la experiencia de la locura fueron la parálisis general, la locura moral y la monomanía; es en ellas que se puede observar este movimiento de objetivación de la locura y el hombre al mismo tiempo. La parálisis general era la expresión de los síntomas psiquiátricos de la sífilis nerviosa y se presenta como el modelo ideal de locura en los inicios de este siglo. La culpabilidad en la falta sexual interiorizaba en la parálisis general el castigo que ya se encontraba inscrito en el cuerpo y del cual no se podía escapar, la locura así quedaba encerrada en una objetividad orgánica provocada por una falta moral. La locura moral era el nombre con el que se conocía a la expresión de las locuras en los hombres que aparentemente no tenían ningún problema en sus capacidades intelectuales y realizaban actos llenos de furor o de manía, de manera violenta pero aparentemente irresponsable. Esta enfermedad es el modelo perfecto con el cual se observa el movimiento de exteriorización de lo subjetivo en el ser humano convertido en objeto, negando la existencia de una interioridad, o por lo menos, ignorándola; sin esta concepción de la objetividad de lo subjetivo, no hubiera sido posible la idea de una psicología moderna, se ha psicologizado al hombre. Muy al contrario del pensamiento clásico ahora toda locura debe manifestarse externamente, porque lo subjetivo no puede ser conocido. La monomanía, por su parte, es el nombre que se le dio a la expresión de la locura de un individuo centrada en un sólo punto pero que actúa de manera coherente respecto a todo lo demás de su vida en general. La monomanía, por lo general, provocaba la realización de crímenes violentos sin motivo ni razón alguna, pero después de su consumación la persona regresaba a su vida normal, como si hubiese sido otro el que lo había cometido; la responsabilidad del acto en el nivel de la determinación de la capacidad de voluntad quedaba en duda. De esta manera, la locura se encerraba en la relación dialéctica del mismo

y el Otro, ya no en la relación del ser y no ser clásica, el insensato es ahora el hombre alienado por su verdad.

La elaboración de una psicología moderna positivista se ha vuelto posible con estas cualidades con las que la enfermedad mental ha dotado al hombre: la existencia de una objetividad orgánica, la posibilidad de una objetivación de lo subjetivo y la existencia de una Otredad del ser humano. Con la objetividad orgánica el hombre se vuelve un objeto perceptiblemente más accesible al conocimiento científico, es esta su verdad más concreta probablemente. Si lo subjetivo no puede observarse, al objetivarse el hombre se ha psicologizado, espontáneamente se puede medir su interioridad. En cuanto a la Otredad, sólo por medio de la negatividad se ha logrado una concepción de una psicología positiva, es en el estudio de las disfunciones psicológicas que se puede elaborar una teoría psicológica en general, por ejemplo en el estudio de las amnesias se puede elaborar una teoría de la memoria. El hombre moderno encuentra su verdad en esta relación dialéctica que tiene con la locura. La psicología del hombre moderno ha sido sólo posible en su misma crítica.

En uno de los últimos párrafos de la *Historia de la locura en la Época Clásica III* Foucault (1998, pp. 143-144) menciona:

En nuestra ingenuidad, quizás imaginamos haber descrito un tipo psicológico, el loco, a través de 150 años de su historia. Nos vemos obligados a admitir que, al hacer la historia del loco, hemos hecho la historia -no, ciertamente, al nivel de una crónica de los descubrimientos, ni de una historia de las ideas, sino siguiendo el encadenamiento de las estructuras fundamentales de la experiencia-, la historia de lo que ha hecho posible la aparición misma de una psicología. Y por ello entendemos un hecho cultural propio del mundo occidental desde el siglo XIX: ese postulado general definido, por el hombre moderno, pero que se lo devuelve bien: el ser humano no se caracteriza por cierta relación con la verdad: sino que guarda, como si le perteneciera por derecho propio, a la vez manifiesta y oculta una verdad.

2.4. CONCLUSIONES

Desde la Edad Media, con el leproso, y seguramente desde antes, ha existido en las sociedades occidentales personajes que no encajan con los valores ideales de una cierta

época; se va generando de manera paulatina un sentido de exclusión hacia ellos que va arrastrando ciertos significados, que llegan a construirlos como objetos dignos de reconocimiento científico, de una manera discursiva, conservando de manera aparentemente inconsciente, muchos de estos significados. La locura, que ahora se nombra trastorno mental, es uno de estos objetos científicos, que se ha ido construyendo a lo largo del tiempo y cuya definición depende más de procesos históricos, sociales y culturales que de procedimientos experimentales. Foucault localiza el nacimiento de algunos de estos significados en la Época Clásica y muestra cómo se han ido cristalizando desde la Ilustración, desde que la sociedad burguesa de la época ha tratado de inmortalizar su razón. Su trabajo envuelve lo que él llama una arqueología: una examinación histórica de cómo ciertas ideas vienen a ser aceptadas como verdad, cómo ciertas prácticas son aceptadas como normales, cómo cierto entendimiento del mundo ha sido aceptado como sentido común. Foucault utiliza la historia de una manera particular (Bracken y Thomas, 2010). Es con este método arqueológico como podemos comprender la elaboración de estos significados construidos entorno a la enfermedad mental, que aparentemente siguen existiendo en el inconsciente de las prácticas de nuestras disciplinas psi's.

Uno de estos primeros significados con los que se relacionó la locura fue el de exclusión social, que al parecer le fue heredado desde la Edad Media cuando se generó alrededor del personaje del leproso. Desde entonces y hasta nuestra época, el trastornado mental ha sido excluido de diferentes maneras. Ya en el Renacimiento, con el embarco de la locura se materializa ese sentido de exclusión social y es en la episteme de esta época que se generan dos diferentes experiencias en torno a la locura: la experiencia crítica y la experiencia trágica. Aquella experiencia crítica, la que encerró a la locura en un discurso, la más cercana al humanismo y la Ilustración fue la que aparentemente quedó triunfante, pero aquella experiencia trágica, la que se relaciona con la bestialidad y decadencia del hombre de una manera oculta siguió dándole forma a este discurso. Hasta la fecha pareciera que no se ha desechado del todo esta conciencia trágica que se tiene ante el trastorno mental, aunque ya no como se pensaba a la locura en los tiempos del “gran encierro” en la Época Clásica.

Con las ideas de los siglos XVII y XVIII, la locura entró en el dominio homogéneo de la sinrazón, que se formó dentro del internamiento de estos siglos, que es cuando empiezan a nacer las instituciones de encarcelamiento masivo con fines moralizantes para todo aquello que atente en contra de la razón clásica. La sinrazón clásica se empezó a formar en esta época, englobando a todo aquel personaje que atentara en contra del orden burgués, nutriéndose del grupo que podría llamarse de los asociales: delincuentes, los enfermos venéreos, los vagabundos, los homosexuales, los locos, los pobres desempleados, etcétera. Es aquí cuando nace el sujeto moral como nueva experiencia de la miseria. La pobreza y la miseria ya no se perciben como formas de salvación o glorificación como en siglos pasados, ahora son un obstáculo para el orden de la sociedad burguesa. Pero es el mismo internamiento el que ha creado este grupo de los asociales, es el internamiento por medio de un proceso de homologación de la sinrazón que se convierte en creador de alienación.

Fue aquí cuando nació la necesidad de la creación de una fuerza policiaca, en el sentido clásico, aquella policía que pudiera obligar a los malos pobres a trabajar por medio de un internamiento. El trabajo adquirió propiedades moralizantes hasta nuestra época y fungió como una medida para combatir las crisis económicas de la época, por eso la locura, en especial, adquiriría un cierto carácter de inutilidad social. Aunque dentro de poco tiempo, ya en el siglo XIX, se tomaron medidas completamente diferentes respecto a las crisis en Europa. La familia fue otro de los agentes que participó en el proceso de vigilancia y coacción de la locura y la sinrazón en general. Es por eso que así como el trabajo quedó establecido como método terapéutico para la locura, como se pudo observar en los asilos del siglo XIX, la familia hasta la fecha quedó establecida como una de las principales determinantes del comportamiento psicológico.

La sinrazón empieza a ser eso que se aparta de la norma social. Es por este proceso de alienación de la sinrazón que la locura empieza a entrar en el mundo de la cuasi-objetividad, antes de la era del positivismo, preparando eso que era percibido como molestia social para que poco a poco vaya a entrar en el dominio de lo médico. También en el campo del derecho se vuelve necesaria la opinión médica para ingresar a alguien dentro

del campo de la locura, lo que va a generar la posibilidad de elaboración de una psicopatología, con los principios de la unidad de un análisis físico de las facultades y un análisis jurídico de las obligaciones. Una psicopatología que va a tomar como referencia al hombre “normal” que apenas se está formando en esta Época Clásica. El loco será reconocido como el Otro, con respecto a la razón, con respecto a su calidad de humano, porque en la Época Clásica la locura pertenece más al campo de los defectos morales, que al de las enfermedades. La locura es cuestión de voluntad y moralidad, por eso se encuentra fuera del dominio de lo “humano”, y se justifica el tratamiento inhumano que recibió durante “el gran encierro”. Es así como se fue formando el imaginario que rodeaba a la locura encerrada en la sinrazón, perseguida por una policía y vigilada por la familia, en contra del orden burgués y la comunidad del trabajo, como lo Otro de la humanidad.

Sin estar segura de lo que era la locura, la Época Clásica definió al loco como personaje, presentándose como el Otro de la razón, de los que racionalizan, es decir de los seres humanos. La locura en esta época quedó atrapada en el discurso del delirio, con el sentido del vocablo en sí, de aquéllos que se apartan del surco de la razón, más tarde de la normalidad, y se relacionan con el sueño y el error. A su vez, este discurso del delirio se va a reafirmar en el movimiento de la pasión, que se va a extender por el alma y por el cuerpo. Es aquí cuando las primeras clasificaciones de la locura se empezaron a elaborar a manera de manuales botánicos y desde su negatividad; más como retratos morales que como descripciones de enfermedades fue cómo comenzó “el jardín de las especies” de la locura.

En el jardín de las especies, la demencia y el frenesí fueron de los primeros rostros que representaban la negatividad de la razón de manera general y empezaban a localizar el alma corpórea en el cerebro. La manía y la melancolía como par antitético descrito por la mecánica de las tensiones empezaron a localizar de manera simbólica a la moral en las fibras nerviosas. Pero ya con la histeria y la hipocondría, podemos observar como las enfermedades nerviosas se llenaban de valores morales. La histeria era una enfermedad perteneciente exclusivamente al género femenino, relacionada con la matriz y el útero, se generaba a causa de su baja densidad corporal por realizar generalmente menor trabajo físico que los hombres, lo que después se transformó en densidad moral. Ya en el siglo

XVIII el concepto de simpatía como solidaridad fisiológica soportaba un gran alto grado de significación moral, porque entre más alta era la simpatía de las fibras nerviosas había una mayor irritabilidad y esto dependía de las pasiones y las impresiones. Se podía medir la vida moral de una persona debido a la condición de su sistema nervioso. Se empiezan a vislumbrar los orígenes de la psiquiatría clásica y no necesariamente en el terreno de lo patológico, algo en lo que se ahondará un poco más en el siguiente capítulo.

En cuanto a la terapéutica clásica ante la locura, existieron dos concepciones en torno a ella: la de panacea y la de cura. La idea de una terapéutica basada en la panacea desapareció en la misma Época Clásica y la cura ha dado forma hasta la fecha a las disciplinas que entran en el dominio de lo clínico. Dentro de esta terapéutica aún no podemos hablar de una medicina totalmente psicológica, porque el clasicismo todavía considera al ser humano como una unidad entre cuerpo y alma, pero es aquí donde podemos encontrar sus orígenes, principalmente en los métodos dedicados a combatir a la sinrazón en el ser humano que tienen un diferente sentido que aquéllos encargados de la supresión de la enfermedad. Es en estos métodos que podemos vislumbrar el elemento psicológico, donde el lenguaje y las formulaciones morales serán la base de la cura, a diferencia de los métodos físicos que se presentan como un arte de transformar las cualidades, estos empiezan a consolidar una disciplina de un orden más discursivo para restituir la verdad en la sinrazón de la locura. Para que una psicología clínica sea posible la locura va a tener que separarse de la sinrazón, va a tener que adquirir una concepción moral.

La locura, ya en la segunda mitad del siglo XVIII, empieza a adquirir aún dentro del internamiento las propiedades de un ácido como era concebido en la época y se empieza a generar un gran miedo en torno a ella y la idea de una gran posibilidad de contagio del llamado mal-pobredumbre. Es aquí cuando la locura va a empezar a especializarse como resultado de un proceso de heterogeneización de la sinrazón. En un inicio la idea de “medio” por el cual se genera o se contagia esta locura va a adquirir una gran importancia y entre mediados del siglo XVIII y principios del XIX, los medios más reconocidos serán: la libertad, la religión/ tiempo y la civilización/ sensibilidad. La idea de la degenerescencia,

como causa de la locura por el progreso del hombre moderno, se establece como un intento de inmortalizar la razón burguesa de la época. Las categorías del jardín de las especies se empiezan a enriquecer, mientras se establece como objeto de percepción científica y esta especialización se debe a dos procesos principales: “la percepción asilar” y el “análisis médico”. El internamiento tan generalizado empieza a disminuir, las crisis en Europa se intentan resolver de otra manera, pero el crimen y la locura se quedaron como la esencia del internamiento, como su verdad. La locura se libró de la vieja experiencia de la sinrazón y no por un proceso científico ni un análisis médico.

A fines del siglo XVIII, la locura empieza a encontrar su voz propia y por vez primera, en la cultura occidental, surge la idea de crear casas de confinamiento exclusivas para ella y todo esto bajo el conocimiento positivo que empieza a adquirir como objeto de estudio. El proceso por el cual se ha positivizado fue el que ayudó a moldear estas casas de confinamiento y hubo tres estructuras principales que después fueron reproducidas: se ha llegado a confundir el antiguo espacio del internamiento con un espacio médico, entre la locura y quien la reconoce, la supervisa y la juzga se establece una nueva relación neutralizada, purificada de toda complicidad, del orden de la mirada objetiva y la última estructura tiene que ver con la confrontación de la locura con el crimen. Hubo dos tipos de proyectos cuando se pensaron estas casas, por un lado, el primero retomaba los viejos significados del internamiento; coacción, corrección exclusión y orden, aquí la locura aún se confundía con las formas de la sinrazón, como enemiga del Estado; el segundo tipo pertenecía al orden de la hospitalidad, aquí el internamiento por vez primera adquirió un sentido médico y la locura estaba más cerca de su experiencia como enfermedad. En este segundo tipo de proyectos la locura cambió su estatus de animalidad salvaje por una animalidad dulce, el loco perdió su responsabilidad ante sí mismo y la familia burguesa se encargó de vigilarlo e internarlo. El escándalo se estableció como una forma de castigo dejando atrás las penas físicas y la psicología interiorizó el escándalo de las formas morales de la conciencia pública.

Esta nueva idea del internamiento de la locura se vio reflejada en el asilo para alienados de Pinel en *Bicêtre*, con el mito de la liberación de los encadenados y en la casa

para los insensatos de Tuke cerca de la Ciudad de York con el mito del retiro, en estos lugares el loco apareció como la primera forma del hombre objetivado. El retiro, lo que hizo fue emular el medio de los cuáqueros, para insertar a los alienados en un elemento moral donde ocurría la curación, porque para Tuke la curación se da en el retorno a lo inalienable, en la naturaleza, lo más alejado a la civilización posible y para él lo más inalienable de la razón se encontraba en la religión; el temor se utilizó como discurso, el trabajo se heredó como práctica de las crisis y la necesidad de estima sirvió para cargar de responsabilidad la conciencia del loco. Las relaciones dentro del retiro a su vez imitaban al modelo de la familia patriarcal y los cuidadores eran como el padre que representaba a la razón, la locura se encontró en un estado de vigilancia perpetua. Por el otro lado, Pinel libró al asilo de la religión, o mejor dicho de su texto fantástico, considerando que el nuevo asilo debía tomar el papel moral de la religión, integrándolo en un dominio religioso de la moral burguesa que condene como alienante cualquier elemento que le sea contrario y universalizando sus valores, es así como se condenaron las bajas clases sociales relacionándose directamente con la locura. El asilo de Pinel se convirtió en un asilo de síntesis morales regulado por tres principios: el silencio, el reconocimiento en el espejo y el juicio perpetuo, porque regresando el orden a los alienados es como llegará su curación. La locura en ambos modelos asilares quedó encerrada en el mundo de la moral y el elemento común más significativo fue la introducción del médico como personaje moral lo que después construyó una nueva relación de la locura con la medicina que va a permitir la génesis del concepto de enfermedad mental. Es en esta institución que reproducía los valores más elevados de la sociedad burguesa donde se objetivó el concepto de enfermedad mental.

Se construyó la verdad de la locura en el siglo XIX con su estructura antropológica de tres términos: el hombre, su locura y su verdad, pasó al hombre al lado del objeto, volviéndolo accesible a la percepción y la práctica científica. Esto se vio reflejado en las tres enfermedades mentales principales del siglo XIX: la parálisis general, la locura moral y la monomanía. Con la parálisis general el hombre adquirió la cualidad de una objetividad orgánica que lo volvió más accesible a la percepción científica; con la locura moral se generó un movimiento de objetivación de lo subjetivo que puede medir la interioridad del

hombre; y con la monomanía se generó una relación dialéctica del mismo y el Otro, que se centró en el estudio de las disfunciones y abrió la posibilidad de la elaboración de una teoría psicológica general. Es con estas tres características generales que se pudo desarrollar una psicología positiva del hombre moderno.

Es así como Foucault, en su obra *Historia de la locura en la Época Clásica* reconstruye la historia del loco como personaje y elabora una teoría sobre la génesis de una psicología científica positivista, basada en la historia de los significados que ha estado adquiriendo y heredando el trastorno mental, principalmente desde la Época Clásica y que se han ido cristalizando desde la modernidad del siglo XIX. Como menciona Novella (2009), sobre el proyecto de Foucault en *Historia de la Locura*, una “arqueología de la psicología” en el marco de una ontología histórica de las estructuras de experiencia más representativas de la modernidad.

De acuerdo con Uribe (2000, p. 354):

Después de todo el comportamiento social disruptivo en términos de la vida individual y colectiva es señalado, estigmatizado y enfrentado por todas las sociedades humanas. Lo que sucede es que nuestra sociedad llama enfermedad mental a ciertos de estos comportamientos y condiciones existenciales, y que otras sociedades las llaman con otros términos que no implican necesariamente ese mismo concepto de enfermedad.

Pero para que este concepto específico entre en el campo de las enfermedades fue necesario el desarrollo de toda una matriz cultural, como define el término Hacking (1999), ese espacio donde una idea, un concepto o una clase se forman; ha sido necesario un gran cúmulo de precondiciones para que el trastorno mental se haya desarrollado como idea. En una entrevista que se le realizó a Foucault (2012, p. 276) menciona:

Se me ha hecho decir que la locura no existía, mientras que el problema es absolutamente a la inversa; se trataría de saber cómo la locura, bajo las diferentes definiciones que se le ha podido dar, en un momento dado, ha podido ser integrada en un campo institucional que la constituyó como enfermedad mental teniendo un determinado lugar al lado de otras enfermedades.

Para poder entender el concepto de enfermedad mental, se ha vuelto necesario entender la descripción de su construcción que ha hecho posible su existencia.

Con esta reconstrucción histórica de las ideas sobre la locura, Foucault inicia la elaboración de una teoría de la construcción del ser humano como sujeto, más tarde como individuo, sobre este tema el tercer capítulo profundiza un poco más. Como menciona Foucault (1988, p.6):

Para averiguar lo que significa cordura para nuestra sociedad, quizá deberíamos investigar lo que está sucediendo en el campo de la locura. Para comprender lo que significa legalidad, lo que pasa en el campo de la ilegalidad. Y, para comprender en qué consisten las relaciones de poder, quizá deberíamos analizar las formas de resistencia y los intentos hechos para disociar estas relaciones.

Historia de la locura en la Época Clásica, se presentó como uno de los primeros intentos para poder entender los modelos de subjetivación del ser humano. En la Época Clásica, pero sobre todo en la cristalización de las ideas de la Ilustración, el ser humano empieza a definirse a sí mismo. Así es como Foucault, logra desentramar como el hombre quedó atrapado por la razón moderna, el entramado histórico que ha logrado definirlo, y es que para lograr un cambio en la manera como los seres humanos son sujetados, se vuelve necesaria la tarea de estudiar y reflexionar sobre este proceso.

CAPÍTULO 3

UNA GENEALOGÍA DE LA NORMALIDAD Y LAS SOCIEDADES DISCIPLINARIAS

Para Foucault, existen dos modelos principales de ejercicio del poder ante los hombres utilizados en las sociedades occidentales a manera de control social; el primero tiene sus orígenes en la Alta Edad Media con la figura del leproso y la exclusión social que sufrió, práctica que después fue ejercida durante “el gran encierro” ante el loco en la Edad Clásica y el campo de la sinrazón en general hasta los asilos de los enfermos mentales de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, como se revisó en el segundo capítulo de esta tesis. Este tercer capítulo, por su parte, pretende realizar un breve análisis del segundo modelo propuesto por Foucault, el de las disciplinas, originado con la figura del apestado y que se popularizó en el siglo XIX caracterizándose por la individualización de los antiguos excluidos. Si el primer capítulo se encuentra basado en la Obra de Foucault *Historia de la locura en la Época Clásica*, este se centra, principalmente, en las ideas plasmadas en sus obras *Vigilar y castigar*, y el curso que dictaminó en el *Collège de France* de enero a marzo de 1975 publicado posteriormente en el libro con el título *Los anormales* como parte de la cátedra “Historia de los sistemas de pensamiento”.

En este tercer capítulo se habla de una genealogía, por ser el método que Foucault adopta en estas obras a partir de la modificación de su arqueología. A partir de las consecuencias del movimiento social de mayo del 68 Foucault se plantea la necesidad de una nueva concepción del poder y de la lucha política. Desde entonces la historia foucaultiana no será ya arqueológica, sino genealógica. (Varela y Álvarez-Uría 1977). A diferencia de la arqueología, cuyo método utiliza Foucault en *Historia de la locura en la Época Clásica*, la genealogía incluye el poder como uno de los temas centrales. La genealogía foucaultiana se define de acuerdo a Danaher, Shirato y Webb (2009), como un proceso que analiza y destapa las relaciones históricas entre la verdad, el conocimiento y el poder. Foucault sugiere, siguiendo a Nietzsche, que el conocimiento y la verdad se producen mediante disputas dentro de las instituciones, campos y disciplinas y luego se presentan como si fueran eternos y universales. Como menciona Pastor (2009) cuando Foucault

cambia de la arqueología a la genealogía se mueve del saber al poder, de los juegos del lenguaje a los juegos de poder, de la epistemología de las ciencias a la filosofía política.

El capítulo se encuentra dividido en dos partes con base en la división de los dos libros principales de Foucault en cuanto al tema de la normalidad. La primera parte, El poder disciplinario, se centra en las nuevas tecnologías políticas del cuerpo que se fueron gestando desde la Edad Clásica, pero se establecieron ya en el siglo XIX, en cómo se generó el modelo disciplinario de control social a manera de mecanismos panópticos y cómo se ha generalizado el sistema carcelario en las sociedades occidentales.

La segunda parte del capítulo, Los anormales, se enfoca en el análisis de las tecnologías que se han utilizado para designar a la alteridad en la modernidad, en especial la pericia psiquiátrica y en la conformación del grupo de los anormales, formado por tres figuras históricas: el monstruo humano, el masturbador y el individuo a corregir. Por último se presentan las conclusiones generales del capítulo.

3.1. PRIMERA PARTE EL PODER DISCIPLINARIO

3.1.1 EL ALMA MODERNA Y LA ECONOMÍA POLÍTICA DEL CUERPO

A finales del siglo XVIII y principios del XIX empieza a desaparecer en Europa y Estados Unidos la práctica del suplicio y a ser remplazada por castigos menos físicos; la lógica de la penalidad incorporal se convierte en la nueva política de las reformas modernas de la sociedad occidental. Pero para que este castigo, que antes fungía como las “mil muertes” en el cuerpo de los condenados, pueda ser reemplazada por el “castigo moderno”, aquel que se avergüenza del uso excesivo de la violencia física, fue necesaria la intervención de un cierto grupo de técnicos, dentro del que se incluye la figura del psicólogo, nombrado por Foucault (2003) como funcionario de la ortopedia moral, que sustituían al verdugo, pero compartían con él, “el principio del secreto”, la creación del “alma moderna” que va a sustituir al cuerpo supliciado y la influencia de las ideas liberales

del siglo XIX. Estos elementos son los que permitieron la formación de una nueva moral propia del acto de castigar en la Era de las Luces.

Con el nuevo grupo de técnicos, psicólogos, psiquiatras, pedagogos, etcétera, emergió un campo del saber para castigar dentro de una lógica de la penalidad incorporal y la economía del castigo, encargada del sufrir menos de los castigados, denominada por Foucault (2003) tecnología política del cuerpo. Dentro de este campo de saber sobre el cuerpo lo que importa son las fuerzas de poder que se pueden ejercer contra él, es la ciencia que tiene que ver con el dominio de su funcionamiento para poder convertirlo en su víctima, porque el cuerpo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido, es el saber encargado también de la docilidad del cuerpo. Esta tecnología no se encuentra totalmente unificada como un campo de saber continuo, sino que juega en las instituciones y los aparatos, y es en sus efectos directos una manera de cómo se manifiesta, es la microfísica del poder de las relaciones políticas en las que se encuentre envuelto el cuerpo y a su vez este poder no se materializa de manera absoluta, no existe como entidad estática.

Hay que admitir en suma que este poder se ejerce más que se posee, que no es el “privilegio” adquirido o conservado de la clase dominante, sino el efecto de conjunto de sus posiciones estratégicas, efecto que manifiesta y a veces acompaña la posición de aquellos que son dominados. (Foucault 2003, pp. 27).

Todos estos micropoderes no son absolutos, ni se poseen de manera total por cierta clase, sino que se encuentran en juego constantemente y dependen de la correlación que se empieza a generar entre el saber y el poder. A su vez este juego del saber y el poder es lo que determina las formas y campos del conocimiento, por ejemplo, los objetos y funciones de la tecnología política del cuerpo. Pero este castigo que se ejerce sobre el cuerpo, sólo lo toma como intermediario, como instrumento, aunque puede ser físico, como la privación de la libertad, no tiene la misma dirección que el suplicio, centrado en el sufrimiento; éste se centra en la privación de la libertad como derecho y como bien, es un vehículo que se encarga de castigar al “alma moderna”.

En este fin del siglo XVIII y comienzos del XIX, los jueces dejarán de juzgar los crímenes y empiezan a juzgar al criminal, en específico a su alma, como veremos un poco

más adelante, con la pericia psiquiátrica más a fondo. Esta “alma moderna” no es como el alma religiosa proveniente de la tradición cristiana, es un alma que nace como efecto de procedimientos de castigo, de pena, coacción y vigilancia, es un alma materializada con este fondo de realidad histórica. Es en esta realidad y con referencia a esta alma que diversos conceptos se han desarrollado, como psique, personalidad y conciencia. Es esta alma sobre la que se han basado grandes corrientes de pensamiento como el humanismo que aún se encuentra en voga dentro de las ciencias sociales. Es en esta época cuando nace el hombre medida del mundo moderno.

Para entender mejor esta tecnología política del cuerpo, que hizo posible el nacimiento del alma moderna, es necesario enmarcar al cuerpo dentro del campo político, entender como los poderes se van ejerciendo sobre él de diferente manera, pero también hay que enmarcarlo en una lógica económica del poder, en una lógica de la economía política del cuerpo. Esta economía se refiere a la necesidad de castigar el alma, pero reducir el daño físico al cuerpo de manera significativa, ya no se buscaban las mil muertes de los suplicios medievales, se castigaba al alma, las penas siguen siendo físicas, pero atentan en contra de un bien privado, la libertad. Las ideas liberales del Siglo de las Luces empiezan a impregnar a los sistemas punitivos en Europa, se puede decir que la nueva moral moderna punitiva es incorporal.

La nueva economía política del cuerpo abrió paso a nuevas reformas punitivas a finales del siglo XVIII y principios del XIX, con la intención de volver al castigo más eficaz y ahorrar costos tanto económicos como políticos. Se trataba de castigar mejor, no castigar menos, de generar un saber que sirva al poder de castigar, que cada vez se volvía más necesario en una sociedad capitalista emergente de finales del siglo XVIII y que la burguesía utilizaría a manera de control social.

La burguesía necesitaba de este desarrollo de la tecnología política del cuerpo más que nunca por el cambio del tipo de ilegalismos que se estaba generando en la época. Si antes se atentaba de manera más común en contra de los derechos, ahora los ilegalismos se centran en los bienes; por ejemplo, en lugar de la lucha armada en contra de los agentes del

fisco, parece que se empieza a popularizar el hurto; esto a causa de las nuevas formas de acumulación del capital y las relaciones de producción. Y esto trae consecuencias muy importantes en la manera de concebir al crimen, porque si el daño que un crimen provoca tiene que ver con el desorden social que trae consigo, en la sociedad capitalista atentar contra la propiedad privada, comercial o industrial, es atentar contra los pilares sobre los que se encuentra fundada. La venganza del soberano en la que se basaban las torturas medievales ha cambiado por el castigo como defensa de la sociedad. La tecnología política del cuerpo, por lo tanto, se va a encargar de evitar el desorden futuro; por medio del castigo también se busca la prevención y para que esta sea eficiente se genera la necesidad de vigilancia que se apoyó en una semiótica del castigo.

La idea de la prevención, hasta la fecha, fue una de las más enraizadas en el sistema punitivo y para que se volviera eficaz fue necesario el desarrollo de una técnica simbólica que volviera irracional la voluntad de cometer un crimen; Foucault (2003) distingue entre cinco o seis reglas mayores sobre las que reposa el poder de castigar, que se presentan a continuación a manera de resumen:

1. Regla de la cantidad mínima. La pena debe causar un perjuicio mayor que el beneficio de cometer el crimen.

2. Regla de la idealidad suficiente. La representación de la pena va más allá de la realidad corporal, la idea de la pena más que la pena en sí. Sobrepasa el sufrimiento corporal, basado en la idea del sufrimiento del espíritu.

3. Regla de los efectos laterales. Causar la impresión más eficiente en aquellos que no han cometido la falta; si ya se encuentra asegurada la no reincidencia del castigado, se debe mostrar el sufrimiento que provoca el castigo a los de afuera, y que no quieran verse en su lugar.

4. Regla de la certidumbre absoluta. Posible gracias a la imprenta, se acaba con las costumbres y las tradiciones orales. La necesidad de delimitar claramente la diferencia

entre delitos y buenas acciones quedó estipulada en códigos y leyes escritas. Es ésta la regla, que para cumplirse, más se apoyó en un principio de vigilancia; para que exista una verdadera certidumbre de la no impunidad de las leyes inflexibles se necesita todo un aparato de vigilancia que asegure su cumplimiento. La creación de una policía que pueda prevenir o en su defecto detener a los autores del crimen se volvió necesaria al lado de un aparato de justicia que trabaje coordinadamente.

5. Regla de la verdad común. Ya en vísperas del positivismo, la verdad se construye por medio de la investigación empírica y el sentido común; los magistrados poseen la razón, tienen el poder de los filósofos y los doctos. Ya no es la misma verdad que se confesaba en medio de una tortura durante los suplicios.

6. Regla de la especificación óptima. Con el nuevo código queda explícita la necesidad de calificar y clasificar tanto todos los crímenes como todas las penas. Sin embargo, aunque los crímenes sean iguales, los criminales son diferentes y también depende de quién realice el crimen el daño que sufre la sociedad; se va a generar la necesidad de una individualización de las penas dependiendo de las características del delincuente. Pero esta individualización que se presenta como uno de los objetivos finales del sistema punitivo, a primera vista, parece contraponerse a la idea de una exhaustiva calificación inflexible del delito; es lo que se buscaba idealmente en un código bien adaptado en la época. Por eso las nociones de “circunstancia” e “intención” se volvieron cruciales. “Se percibe, pero como un lugar que queda todavía vacío. El lugar donde, en la práctica penal, vendrá el saber psicológico a sustituir la jurisprudencia casuística” (Foucault 2003, p. 93). Esta individualización trataba de basarse en modelos científicos y el modelo de la clasificación por especies en el campo de la biología de Linneo era uno de los más importantes; se comienza a realizar tanto una taxonomía de los delitos como de las penas, pero en el campo de los criminales esta clasificación se volvía más compleja. Se empieza a generar una clasificación antropológica muy rudimentaria, y nociones como las de reincidencia, crimen pasional, voluntario, irreflexivo se diferencian con las de un crimen habitual.

Estas reglas de la semiotécnica del castigo, aseguraban una cierta suavidad en cuanto al principio de la economía política del poder de castigar. Pero lo que realmente se estaba desarrollando era un desplazamiento del poder que se ejercía en el cuerpo y ahora pasa a ejercerse en el alma. Al mismo tiempo, se objetivaba al crimen y al criminal, esto se realizó por medio de dos caminos, en el primero el delincuente como enemigo de la sociedad, era el loco, el enfermo y, como ahondaremos un poco más adelante, en un último fin como “el anormal”; por el otro lado la necesidad de objetivar y medir los efectos del poder de castigar, la prevención, la adecuación de penas etcétera. Se inició una sumisión de los cuerpos pero por medio del control de las almas; gracias a las representaciones de esta semiotécnica del castigo como instrumento de poder, se generaba un gran “poder ideológico” capaz de controlar a los individuos. Esta semiotécnica y este “poder ideológico”, serán sustituidos con el nuevo arte de castigar de las tecnologías políticas del cuerpo que se desarrollarán más adelante en las disciplinas.

Ya para el código penal francés de 1810, y algo similar pasaba en toda Europa, la prisión era parte de casi todos los castigos y se encontraba impregnada de la tecnología de las representaciones que utilizaba el arte de castigar. La detención formó una parte esencial del castigo, sin embargo, sólo tenía el fin de retener a las personas, la otra parte de la esencia del castigo, tenía que ver con lo que sucedía adentro de la prisión. Desde este punto de vista, el detenido tenía que cumplir con ciertas penas que de acuerdo a su delito y su calidad como delincuente, pasaría de ser un enemigo de la sociedad a ser una propiedad rentable al servicio de ésta, un esclavo del Estado. Volvemos a encontrarnos con las ideas engendradas desde la Época Clásica que relacionan al ocio con el delito; al trabajo se le dota de una alta calidad moral. Se utiliza la celda como una técnica adoptada de los viejos monasterios cristianos y se implementa la vigilancia ininterrumpida.

Pero más allá de ser un aparato administrativo de los condenados, la prisión se presentó como una máquina capaz de modificar los espíritus. Para lograr dicha tarea, se tuvo que generar todo un saber individualista centrado en el análisis de la peligrosidad de los condenados, intentando prever sus futuras conductas por medio de las variables individuales. La tecnología penal establece de esta manera su relación con el cuerpo y el

alma, y lo que se crea es lo que Foucault (2003) llama “el sujeto obediente”. La prisión entonces funciona como un aparato de saber-poder.

3.1.2. LAS DISCIPLINAS Y LA CREACIÓN DEL INDIVIDUO

Desde el siglo XVII, se volvía necesario discriminar a las personas para ciertos trabajos, desde aquella época se buscaba el personaje ideal, y si no se encontraba, se moldeaba; el cuerpo se concebía desde la Época Clásica como un objeto sobre el cual se puede ejercer poder para volverlo manipulable al punto que sea necesario. Las ideas de Descartes del hombre como hombre-máquina, el cuerpo y el alma, adquirieron una cualidad de docilidad, en la cual podría llegar hasta el extremo del automatismo (Foucault, 2003). Una vez más podemos observar como Foucault, refiere a Descartes como signo de la época.

“A estos métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas y les imponen una relación de docilidad-utilidad, es lo que se pueden llamar las disciplinas”. (Foucault 2003, p. 126). Hemos llegado al segundo modelo de control social propuesto por Foucault, las disciplinas, que desde el siglo XVII y XVIII se proponen como las formas de dominación intrasociales. Entre más dócil es un cuerpo, también es más útil y para poder moldearlo se vuelve necesario ejercer poder sobre él, lo que deja ciertos signos del trabajo que sobre él, se ha realizado. Las disciplinas lo que hacen es convertir el poder del cuerpo en “aptitudes” o “capacidades”, lo que hoy en día llamamos “competencias”; las disciplinas desde el siglo XVII como saberes individualistas crean cuerpos “dóciles”. Y la docilidad, en este sentido, va más allá de la maleabilidad deseada, tiene que ver con el aprendizaje de las técnicas que el cuerpo puede realizar, con la utilidad, con el sometimiento y la rapidez, en fin con la “eficacia”.

Para ejemplificar mejor los escenarios de esta microfísica del poder, idealmente se podría hablar de lugares como el cuartel militar, y las técnicas que fueron necesarias para el entrenamiento del uso del fusil durante la Época Clásica. El ejercicio como una técnica repetitiva, graduada que va dejando signos en el cuerpo, poco a poco fue moldeando a los soldados para que estos se convirtieran en individuos útiles; el ejercicio como técnica dentro de las disciplinas es uno de los más claros ejemplos del poder ejercido sobre el

cuerpo y que por medio de la repetición permite una perpetua caracterización del individuo. Se vuelve una política de las coerciones sobre el cuerpo, se realiza un trabajo exhaustivo sobre su comportamiento, sus gestos, su anatomía, se ejerce el poder sobre el cuerpo hasta su más mínimo detalle. La disciplina nutrida de técnicas minuciosas se convierte a sí misma en una microfísica del poder. Esta política de las coerciones en las disciplinas establece un vínculo entre el aumento de las aptitudes y el aumento de la dominación. Creando de esta manera el hombre del humanismo que necesitó la modernidad.

Para crear a este hombre, las disciplinas se apoyaron, de acuerdo con Foucault (2003), en 4 relaciones: espacio, control de la actividad, organización de la génesis y composición de fuerzas. La relación de las disciplinas con el espacio, se presentó como un arte de las distribuciones de los individuos que los volviera más eficaces y a su vez más fáciles de controlar dotándose de diferentes técnicas. En algunos casos la clausura del lugar aseguraba el control de los individuos, por ejemplo en el “gran encierro” de la Época Clásica, los colegios a manera de internados, los cuarteles militares e incluso las fábricas; aunque no siempre la clausura fue del todo necesaria ni suficiente, también se desarrollaron espacios más complejos como las celdas que permitieron el análisis individual y la especialización de un individuo, eliminando los posibles peligros que podrían existir de la aglomeración de la colectividad. La regla de los emplazamientos funcionales, dotó con varios usos al espacio, los hospitales por ejemplo, pueden realizar la función de la observación médica al mismo tiempo que realizan la vigilancia de los individuos dentro de un espacio que simulaba tener únicamente fines terapéuticos individualizando a los cuerpos para facilitar su análisis y control; o las fábricas que lograron por medio de la distribución de los obreros, la división del trabajo que facilitó su control y vigilancia; lo que logró el auge de la sociedad industrial. Dentro de las disciplinas los elementos no ocupan un lugar fijo, sino que se desplazan dentro de una serie establecida, se vuelven intercambiables y dependen de un rango que los va definiendo de una manera jerarquizada. Este rango se otorga a través de méritos de obediencia hacia la misma disciplina como en la escuela y esta puede depender de la “mirada”, entendida como un mecanismo para monitorear y controlar, que puede venir de las autoridades que nos vigilan, pero también podemos haberla aprehendido anteriormente, en este caso por ejemplo del maestro, pero siempre generada dentro de la misma disciplina. Mediante celdas, lugares y rangos las disciplinas

por medio del espacio crean espacios arquitectónicos óptimos para propiciar la obediencia, imponer un orden entre las multitudes y constituir clases, Foucault (2003) define a esta relación entre el espacio y la disciplina como la base para una microfísica de un poder que se podría llamar “celular”.

Respecto a la relación de las disciplinas con el control de la actividad de los individuos provienen como una herencia directa de las antiguas órdenes religiosas, en especial de los rituales de los monasterios, pero que se especializan en el seno de las disciplinas, digamos que se sistematizan. El uso de los individuos con su tiempo es algo que ya a finales del siglo XVIII podría encontrarse incluso cronometrado, por ejemplo en las escuelas, desde la hora de entrada de los alumnos o los maestros y la organización de las actividades por fracciones de hora; pero además el uso del tiempo explotaba su utilidad, en el tiempo de trabajo en la fábrica sólo se permitían ciertas actividades a la hora de la producción y se vigila a los obreros para honrar las prohibiciones que afecten su eficacia; nace el tiempo disciplinario. La técnica de la elaboración temporal del acto, imponía un programa al cuerpo sobre cómo realizar un acto, esto tiene que ver con los ritmos colectivos, por ejemplo, las marchas militares que responden a la cadencia del tambor, a los cuales corresponde una serie de pasos definidos y ordenados previamente aprendidos y perfeccionados de manera obligatoria; un esquema anatomo- cronológico del comportamiento en el cual el tiempo penetra directamente en el cuerpo y deja ciertas marcas del poder. El cuerpo debe encontrarse en correlación del gesto; para que se logre una actividad exitosa, debe haber un buen manejo del cuerpo que lo apoye, por ejemplo, para escribir, las posturas corporales toman un papel fundamental en el acto. La articulación de cuerpo-objeto es otra característica fundamental de las técnicas disciplinarias; como previamente explique, con el nacimiento del fusil, nuevas generaciones militares tuvieron que adaptarse para explotar su uso. Se desarrollaron las maniobras necesarias para sacarle el máximo provecho a cualquier artefacto, que hasta hoy en día se inscriben en el cuerpo, como el uso de la computadora y la mecanografía o el daño que las pantallas provocan a los ojos por exceso de exposición. Por último, respecto al manejo de las actividades de los individuos, los cuerpos debían encontrarse en un estado de utilización exhaustiva, tratando de evitar la ociosidad lo mayor posible, la rapidez de los actos es altamente valorada, el tiempo libre no tiene cabida dentro de las disciplinas. Poco a poco, el

cuerpo se va construyendo como el hombre-máquina de Descartes, pero de manera natural, por medio de estas técnicas de sujeción, cada vez se vuelve más fácil la manipulación del cuerpo y a su vez los cuerpos cada vez se vuelven más capaces. “El poder disciplinario tiene como correlato una individualidad no sólo analítica y “celular”, sino natural y “orgánica” (Foucault, 2003).

En cuanto a la organización de las génesis del tiempo, las disciplinas se encargan de capitalizar este último por medio de la organización de los elementos de manera seriada, pero lineal. Los individuos en nuestras sociedades para formarse como tal se introducen en programas secuenciales, jerarquizados gradualmente, para poder pasar de tercer grado a cuarto grado de primaria es necesario cursar ciertas materias; de igual manera, en las fábricas o el ejército, los individuos se encuentran jerarquizados y para explotar su máxima utilidad cada uno realiza ciertos trabajos acorde a su grado. Este es el momento del nacimiento de la pedagogía analítica, el tiempo se vuelve evolutivo, se realizan disecciones de manera minuciosa para analizar a los individuos quienes pueden ascender de manera gradual y progresiva en la escala simbólica impuesta por el poder disciplinario. Y la técnica más utilizada al respecto es el ejercicio, con el cual, de manera repetitiva, se le imponen tareas a los cuerpos, graduadas y progresivas que van formando al individuo reafirmando sus habilidades hasta llegar al siguiente paso. El tiempo de los individuos ahora se encuentra graduado y hay un camino que se debe de seguir, tratando de evitar el retraso lo mayor posible.

Por último, la disciplina, buscó la manera de multiplicar las fuerzas individuales por medio de la potencia colectiva formando un aparato mucho más complejo. El cuerpo singular como elemento es lo que conforma la colectividad pero su importancia se encuentra definida por la posición que ocupa en la maquinaria. Para entender el modelo de las disciplinas cuando se piensa en lo colectivo, se puede pensar en el engranaje de un reloj, donde los tiempos de cada pieza deben encontrarse cronológicamente coordinados y bien definidos para que funcione la maquinaria. Para que esta máquina disciplinada pueda llegar a funcionar en su manera más eficaz debe basarse en un mando firme y claro que todos los individuos obedezcan, el modelo privilegiado se encuentra en el sistema de señas que no

pueden ser contradichas, si se escucha una campana es el momento de entrar al salón, si el sargento alza la mano con el puño cerrado el pelotón debe de parar.

En resumen, puede decirse que la disciplina fabrica a partir de los cuerpos que controla cuatro tipos de individualidad, o más bien una individualidad que está dotada de cuatro características: es celular (por el juego de la distribución espacial), es orgánica (por el cifrado de las actividades), es genética (por la acumulación del tiempo), es combinatoria (por la composición de fuerzas). Y para ello utiliza cuatro grandes técnicas: construye cuadros; prescribe maniobras; impone ejercicios; en fin para garantizar la combinación de fuerzas, dispone “tácticas”. La táctica, arte de construir, con los cuerpos localizados, las actividades codificadas y las aptitudes formadas, unos aparatos donde el producto de las fuerzas diversas se encuentra aumentado por su combinación calculada, es sin duda la forma más elevada de la práctica disciplinaria (Foucault 2003, p.155).

Es esta la mayor importancia de las disciplinas, es así como se generan los individuos durante finales del siglo XVIII y el siglo XIX. Es así como los cuerpos llegan a su máximo punto de docilidad automática.

3.1.3. EL PODER DE LA NORMA

El poder disciplinario genera individuos y tiene como fin el de regular las conductas, se podría entender como un asunto de gobierno, que como menciona Foucault (1988, p.15) “El gobierno en el siglo XVI no sólo se refería a las estructuras políticas o a la gestión de los Estados; más bien designaba el modo de dirigir la conducta de los individuos o grupos”. Para poder gobernar el ejercicio de poder se vuelve indispensable; una manera de este ejercicio de poder fue mediante la legitimación del concepto de normalidad, que vino acompañado de la mirada vigilante que se desarrolló principalmente dentro de las instituciones disciplinarias que se convirtieron en aparatos de análisis individual.

Con la emergencia de las disciplinas se generó toda una micropenalidad dentro de las instituciones disciplinarias castigando todo índice de conductas que no se ajustaban a la regla, todo aquello que se alejaba de ella, que se desviaba, “la falta”. Por medio del análisis más fino de la conducta, las disciplinas penalizan aquellas conductas que no necesariamente entran en los grandes sistemas de castigo, que aparentemente le son indiferentes a las leyes, se puede decir que establecen una infra-penalidad. Pero a diferencia

de los grandes códigos de justicia, el castigo disciplinario se aplica de diferente manera, por medio de otros mecanismos, no siempre tiene una delimitación bien definida para cada falta, sino que por medio de la humillación, el reporte, el castigo físico leve u otros procedimientos sutiles puede hacer consciente al individuo de la desviación de su conducta, de su falta de adaptación y esto puede servir para castigar hasta la menor cosa. La micropenalidad de las disciplinas puede penetrar hasta el más fino ápice de conducta, se encuentra diseñada para castigar los componentes de la individualidad que puedan desviarse, como el tiempo, la actividad, la manera de ser, la palabra, el cuerpo o la sexualidad. Por ejemplo, en el caso del tiempo, al llegar tarde las escuelas pueden prohibir la enseñanza de alguna lección, respecto a la actividad, un descuido en la fábrica puede llegar hasta el despido, en la manera de ser, la desobediencia militar puede convertirse en una degradación, en el caso la palabra, de contestarle a alguna autoridad la detención es probable, con el cuerpo, un mal gesto como enchuecar la cara se considera grosería, o en el caso de la sexualidad la indecencia puede llegar a la humillación social. Lo que se empieza a generar es una universalidad castigable-castigante dentro de los sujetos. Los castigos disciplinarios a su vez se rigen por dos órdenes, el primero es artificial, tiene que ver con un reglamento, un cierto código, que a su vez pareciera que este orden es también natural y observable, que el tiempo de aprendizaje o el nivel de aptitud son los que determinan la capacidad para cumplir o no con el reglamento; se basa en criterios jurídico- naturales. Pero el fin máximo del castigo disciplinario es el de reducir las desviaciones, regresar a los individuos al surco de la normalidad, la esencia del castigo es correctiva; se realiza mayoritariamente por medio de un sistema de gratificación-sanción, reforzando positivamente con recompensas las conductas deseadas y castigando las no deseadas, como lo estipula el condicionamiento operante. Este programa de reforzamiento social disciplinario, a su vez, volvió necesaria la definición y calificación entre las “buenas” y “malas” conductas; por ejemplo el copiar en la escuela puede castigarse con la expulsión, pero una buena calificación será premiada con la entrada al cuadro de honor. Las personas también adquieren una jerarquía a partir de lo bueno y lo malo, se genera un sistema de calibración dentro de las disciplinas Por medio de estos rangos, se distinguen las desviaciones y se pueden distribuir a los individuos de acuerdo con sus conductas, incluso este rango en sí permite castigar o gratificar, es en sí ya un premio o un castigo.

En suma, el arte de castigar, en el régimen del poder disciplinario, no tiende ni a la explicación ni, aun, exactamente a la represión. Utiliza cinco operaciones bien distintas: referir los actos, los hechos extraordinarios, las conductas similares a un conjunto que es a la vez campo de comparación, espacio de diferenciación y principio de una regla que seguir... Medir en términos cuantitativos y jerarquizar en términos de valor las capacidades, el nivel, la “naturaleza” de los individuos... En fin, trazar el límite que habrá de definir la diferencia respecto de todas las diferencias, la frontera exterior de lo anormal (Foucault 2003, pp. 169-170).

El castigo ideal del poder disciplinario normaliza. Las disciplinas por medio de la creación de una penalidad de la norma han creado el poder de la norma con todo su funcionamiento jurídico-antropológico. El poder de esta normalización se encuentra encargado de homogeneizar los elementos, pero al mismo tiempo los individualiza por medio de la creación de las diferencias individuales y de los estándares que califican y jerarquizan a los sujetos. Se instauró un sistema escolar normal estandarizado, hospitales que regulan la normalidad de la salud en la población, en las fábricas hay procedimientos de regulación y estandarización en los procesos de producción, etcétera, es así como nace en las disciplinas por medio de la vigilancia y el castigo, el poder de la norma.

De acuerdo con Bacarlett y Lechuga (2009), esto es lo que Foucault nombró con el concepto de biopoder, aunque aún no lo explicitaba en su libro *Vigilar y castigar*. El biopoder lo definen las autoras como este ejercicio de normalización que se inserta sobre los cuerpos individuales, que apuesta por el control y gestión de las fuerzas, de su salud, de sus conductas. El biopoder incluiría, así, todos aquellos dispositivos y estrategias que buscan corregir, estandarizar y gestionar las conductas y desviaciones de los cuerpos vivos a nivel individual. En las sociedades liberales del siglo XXI, sobre todo cuando el biopoder se aplica a grandes conglomerados, surge lo que Foucault llamaría como biopolítica.

Uno de los desarrollos tecnológicos de la época que combinó el castigo y la vigilancia para establecer esta normalidad fue el examen en todas sus presentaciones. El examen como mirada normalizadora ayudó a estandarizar, jerarquizar y crear diferencias individuales de una manera altamente ritualizada. Esto se logró en todos los ámbitos disciplinarios, en los hospitales se realizó el examen médico cada vez con más frecuencia; en las escuelas, los estudiantes se encontraron examinados casi de manera permanente; en

la fábrica y la industria en general, los obreros necesitan demostrar ciertas capacidades para realizar ciertos trabajos por medio de los exámenes que se les aplica; más adelante en el ámbito de la psicología, los tests mentales discriminan y crean condiciones humanas. El examen logra sancionar y jerarquizar a los individuos por medio de un establecimiento de la verdad que proviene del ejercicio del poder; hace referencia a un saber pero en su forma de acción política y esto lo logra mediante un mecanismo resumido en tres pasos principales por Foucault (2003):

1. El examen invierte la economía de la visibilidad en el ejercicio del poder. Tradicionalmente el poder era lo visible, pero el poder disciplinario, sin embargo se vuelve invisible y somete a un principio de visibilidad obligatorio a los individuos. El individuo se encuentra vigilado por “la mirada” y aquellos que ejercen el poder en este caso se encuentran invisibles.

2. El examen hace entrar también la individualidad en un campo documental. Por medio de la vigilancia se inaugura un “poder de la escritura” materializado en un sistema de registro intenso y de acumulación documental de los individuos. Los individuos al ser examinados se les abre un historial con el que cargan toda su vida basado en un aparato de escritura, con el que se inicia la “formalización” de lo individual en las relaciones de poder disciplinario. Gracias a este nacimiento de lo individual formal, el individuo se convierte en un objeto de estudio dotado con la cualidad de ser analizado y descrito como especie natural estudiada científicamente y al mismo tiempo se abre el análisis de su colectividad, de los grupos, de los patrones de comportamiento y desviaciones dentro de una “población”. Esta característica del examen permite y se encuentra dentro de la base de la epistemología de las ciencias humanas.

3. El examen, rodeado de todas sus técnicas documentales, hace de cada individuo un “caso”. Un caso que puede ser analizado, que se puede juzgar, corregir, curar, clasificar, normalizar, excluir, que se vuelve presa del poder disciplinario.

Si antes las grandes figuras del poder era sobre las que se encontraba puesta la mirada, sobre ellos se escribían las historias de sus vidas o hazañas realizadas, ahora aquellos sobre los que se ejerce el poder pasan a ser objeto de observación disciplinario; la

individualización pasó a ser descendente si se imagina a la sociedad como una estructura jerárquica. Fue la Otredad del ser humano que desde entonces se encuentra más vigilada y sometida, el loco, el criminal, el enfermo, etcétera. El individuo se establece como el “átomo” de un modelo de sociedad ideal, por eso es tan importante un saber que se centre en él, que lo haga funcionar de manera eficiente que mantenga el modelo, por eso el nacimiento de las ciencias sociales. De esta manera las disciplinas también crean, por ejemplo al individuo y el saber derivado del poder que sobre él se ejerce.

3.1.4 LA SOCIEDAD PANÓPTICA

Así como la lepra inspiró un modelo de control social basado en la exclusión y materializado en “el gran encierro”, la peste fue la enfermedad que inspiró al modelo incluyente del poder disciplinario. A diferencia del encierro originado de la exclusión social practicado ampliamente durante los siglos XVII y XVIII, lo que la peste como plaga en Europa inspiró fue a la clasificación y vigilancia cuidadosa de los individuos dentro de las ciudades en lugar de la separación binaria; si por un lado lo que el encierro generaba como proceso era la clasificación de los individuos dentro de dos grandes grupos, la razón y la sinrazón, el ser humano y la Otredad, el tratamiento a la peste por otro lado se caracterizó por la organización de los individuos, la separación de las multiplicidades y la vigilancia analítica de la sociedad. Las grandes ciudades Europeas azotadas por esta plaga generaron reglamentos que prohibían el libre tránsito de los individuos. En las calles sólo podían estar los vigilantes y policías durante la cuarentena. Las provisiones se repartían por medio de controles policiacos y se evitaba el contacto entre la población lo mayor posible; las casas eran visitadas por purificadores que las perfumaban una por una y se llevaba un registro escrito sobre toda la actividad que se realizara en la cuarentena.

Este espacio cerrado, recortado, vigilado, en todos sus puntos, en el que los individuos están insertos en un lugar fijo, en el que los menores movimientos se hallan controlados, en el que todos los acontecimientos están registrados, en el que hay un trabajo ininterrumpido de escritura une el centro y la periferia, en el que el poder se ejerce por entero, de acuerdo con una figura jerárquica continua, en el que cada individuo está constantemente localizado, examinado y distribuido entre los vivos, los enfermos y los muertos, todo esto constituye un modelo compacto del dispositivo disciplinario (Foucault 2003, p.182).

Es así como la peste suscitó esquemas disciplinarios, que ya en el siglo XIX empezaron por aplicarse en los espacios de los excluidos como los asilos y las prisiones, pero también en el campo de la educación, la milicia o la industria, sin dejar atrás el modelo de la exclusión, del cual se retoma la clasificación del “leproso”, del Otro, que en el tiempo de las disciplinas se traduce en la división entre normales y anormales pero a manera de inclusión. Sin embargo, esta inclusión debe pensarse como menciona Skliar (2009) como un primer paso necesario para la regulación y el control de la alteridad; como una relación de colonialidad, de una lógica perversa de entrar en relación con el Otro objetivándolo.

En el campo de la arquitectura Bentham fue el encargado de materializar esta idea con la invención del Panóptico, un edificio en el cual se pueda vigilar desde un mismo punto a cualquier individuo sin que éste se dé cuenta de que puede ser observado. Este modelo, a su vez, puede ser aplicado en cualquier modalidad del poder disciplinario, si bien, principalmente en las prisiones o asilos con celdas se aplica el Panóptico fácilmente, de igual manera, en las escuelas o fábricas puede haber un vigilante que se encargue de la observación conductual de los individuos.

El efecto mayor del Panóptico: inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantice el funcionamiento automático del poder... sostener una relación de poder independiente de aquel que lo ejerce; en suma que los detenidos se hallen insertos en una situación de poder de la que ellos mismos son los portadores (Foucault 2003, p. 185).

Para Foucault, Bentham sentó el principio de que el poder debía ser invisible e inverificable; que los presos (o cualquiera sobre quién se ejerce el poder disciplinario) se sepan objeto de una vigilancia constante e inevitable y al mismo tiempo no puedan comprobarlo. La economía del poder disciplinario alcanza uno de sus mayores logros con el desarrollo de esta idea, una sola persona puede hacerlo funcionar e incluso deja de ser necesaria la presencia física del vigilante, los vigilados se saben presas de la mirada, hay un funcionamiento automático del poder.

Con este nuevo tipo de funcionamiento, el poder se democratiza, se vuelve accesible cada vez a más individuos que a su vez lo ejercen, difunden y generalizan dentro de diferentes esferas sociales y también se multiplica el número de individuos sobre los cuales se puede ejercer. Con el nacimiento de las disciplinas se aumentan las diversas fuerzas

sociales, se busca el aumento de producción, de la economía pero también de la instrucción deseada, de la higiene pública como se pensaba en la época, de la moral, de la obediencia en general. Pero para que el éxito de las disciplinas pueda garantizarse dentro de la estructura social también el modelo de panóptico debe generalizarse; las disciplinas deben de “desencerrarse” y plagar el funcionamiento social cotidiano. Se debe generar un proyecto de la sociedad disciplinaria a través de la extensión de las instituciones que ejercen dicho poder. Este proyecto basado en tres procesos cuya profundidad va más allá de las disciplinas en sí mismas; el primero tiene que ver con la importancia de las disciplinas para neutralizar peligros; si bien la policía o el ejército hicieron el uso de la fuerza para proteger a la población de diversos peligros, probablemente su principal función es la de asentar poblaciones inútiles, maximizar la utilidad de cada individuo; de igual manera la escuela o el taller, se centraron en maximizar la utilidad por medio de la transmisión de conocimientos e hicieron posible un mayor desarrollo industrial. Por eso la importancia de crear mayores instituciones disciplinarias durante finales del siglo XVIII y disciplinar las ya existentes. El segundo proceso tiene que ver con el hecho de que además de que se multiplicaron las instituciones disciplinarias, estas a su vez tienden a desinstitucionalizarse, se liberan, cada vez abundan más en la vida cotidiana; por ejemplo la escuela además de disciplinar a los niños, se estableció como un aparato de vigilancia familiar en caso de cualquier anomalía, o el hospital controló la salud comunitaria no sólo de aquellos internados. Este proceso se puede observar aún más marcado en las sociedades liberales del siglo XXI. El último de los procesos tiene que ver con la nacionalización de los aparatos disciplinarios, no totalmente, pero si ocurrió en gran parte durante esta época, la policía a su vez se convirtió en un aparato de vigilancia que unió el poder absoluto con pequeños micropoderes lo que lograba un disciplinamiento más eficaz y una vigilancia más minuciosa, ya no sólo era el aparato privado del soberano, sino que respondía a diversas quejas originadas por otras instituciones disciplinarias en caso de haber algún individuo desobediente.

El panoptismo como idea puede generalizarse en un sinnúmero de niveles sociales, pero la disciplina no puede identificarse, o mejor dicho homologarse con ninguna institución, aparato o modelo, es un tipo de poder, una modalidad de su ejercicio, una tecnología que puede ser utilizada de diferentes maneras y en numerosos contextos.

En una palabra, las disciplinas son el conjunto de la minúsculas invenciones técnicas que han permitido hacer que crezca la magnitud útil de las multiplicidades haciendo decrecer los inconvenientes del poder que, para hacerlos justamente útiles, debe regirlas (Foucault 2003, p. 203).

Lo que sucede en las instituciones, aparatos o profesiones es la generación de micropoderes disciplinarios que al final se ejercen sobre las multiplicidades, que se apoyan en el poder de la norma y la mirada que vigila con el fin de la creación de individuos útiles y dóciles. La era del capitalismo occidental no hubiera sido posible sin el desarrollo de las disciplinas, la acumulación del capital se relaciona estrechamente con la acumulación de la utilidad humana. En esta Era de las Luces donde se inventaron las libertades, los esquemas disciplinarios las moldearon a su manera, siempre dentro de un sistema de jerarquías a manera de un infraderecho que benefició a la burguesía, y que si bien estos panoptismos cotidianos, menciona Foucault (2003), no se encuentran al mismo nivel de emergencia de los grandes aparatos y las grandes luchas políticas, se constituyeron como sistemas de aprendizaje que hasta cierto punto delimitaron a la libertad. Las disciplinas lo que alcanzaron en este punto histórico fue una correlación entre el poder y el saber de forma circular, se creó toda una tecnología que entre más se desarrollará, más aumentaba los efectos del poder. Esta innovación del conocimiento provocó un desarrollo de las ciencias humanas como la psicología, la psiquiatría o la pedagogía que a diferencia de las ciencias naturales que se encontraban basadas en la investigación empírica, estas se encontraron basadas en el análisis disciplinario.

3.1.5. LA PRÁCTICA PENITENCIARIA Y EL SISTEMA CARCELARIO

A finales del siglo XVIII las prisiones empiezan a cambiar, ya no son lo que eran en la Época Clásica en tiempos de el gran encierro, empiezan a disciplinarse y a lo largo de este proceso se complejizan, desarrollando un gran número de técnicas correctivas individuales. Por un lado el castigo se vuelve igualitario, ya que la pena es la detención, pero los mecanismos internos se diversifican, se intenta recrear una sociedad ideal por medio de la omnidisciplina incesante de los individuos, su diseño se convierte en la expresión más utópica del poder disciplinario y de acuerdo con Foucault (2003) se rige por tres principios básicos: el primero es el aislamiento, del prisionero con el mundo exterior, donde se vive a través de un mundo ordenado por jerarquías que ayude a la reflexión del

internado; el segundo principio es del trabajo, que ya desde la Época Clásica arrastraba imaginarios morales pero a finales del XVIII y el XIX ocupa la función de convertir al delincuente en un obrero dócil, y al mismo tiempo imponer el sistema de salario como modo de existencia y la enseñanza del sentido de la propiedad privada, retomando los fines moralizantes ya que, en sí, se sigue considerando un motor de transformación individual; el último principio tiene que ver con la capacidad de la prisión de modificar el tiempo de condena, ya que para obtener una transformación útil del prisionero se vuelve necesaria la modulación de su conducta y se recurre al sistema de recompensas. La prisión tiene como encargo social el ser un aparato útil y lo logró por medio de tres esquemas: el político moral del aislamiento individual y de la jerarquía, el modelo económico de la fuerza aplicada a un trabajo obligatorio y el modelo técnico médico de la curación y la normalización, el suplemento disciplinario que Foucault (2003) distingue en la formación de lo penitenciario.

Las prisiones para mantener estos principios fueron más allá de ser un lugar donde los criminales cumplían sus condenas, se convirtieron en lugares de formación de un saber clínico sobre los condenados. Los presos se encuentran bajo tratamiento de enfermedades morales por medio de la incesante vigilancia, de la mirada y en todo momento se trata de llevar un registro lo más minucioso posible. El estudio dentro de las prácticas penitenciarias se centra en el infractor y lo toma a este como su principal objeto de estudio y lo convierte en delincuente. Cuando lo penitenciario trabaja sobre el delincuente éste tiene la diferencia de que es juzgado como persona, a diferencia del infractor, quien sólo cumple la condena por su acto; el trabajo con el delincuente es lo que justifica una labor clínica de regulación conductual, la razón de ser de la práctica penitenciaria. Por eso la investigación biográfica se introduce con el nacimiento del criminal, la causalidad psicológica toma importancia y el individuo peligroso nace de este cruzamiento entre lo psiquiátrico, psicológico y lo penal. Se vuelve necesario un conocimiento positivo del delincuente y se da la posibilidad del nacimiento de una criminología, que retoma las clasificaciones naturales, como en lo que Foucault (2014) llamó el jardín de especies de la locura. La prisión fabrica delincuentes por medio de la organización de un campo de objetividad.

Un poco más adelante en el segundo cuarto del siglo XIX empezaron las críticas en contra de las prácticas penitenciarias a causa de su ineffectividad, en lugar de generar

individuos útiles se consideraba que las prisiones fabricaban delincuentes y la detención provocaba reincidencia, además de fomentar el asociacionismo delictivo, a lo cual se respondió con reformas, siempre respetándose los principios y mecanismos básicos penitenciarios. Todo esto se envuelve en el sistema carcelario, que va más allá de la práctica penitenciaria, que como las demás disciplinas, tiende a desencerrarse “un sistema de cuatro términos que comprende: el “suplemento” disciplinario de la prisión, elemento de sobreponder; la producción de una objetividad, de una técnica, de una “racionalidad” penitenciaria, elemento del saber conexo; la prolongación de hecho, ya que no la acentuación de una criminalidad que la prisión debía destruir, elemento de la eficacia invertida; en fin, la repetición de una “reforma” que es isomorfa, no obstante su “idealidad”, al funcionamiento disciplinario de la prisión, elemento del desdoblamiento utópico” (Foucault 2003). Este sistema, sin embargo, nunca ha podido triunfar, porque desde el siglo XIX se desarrollaron nuevos ilegalismos con base en el infraderecho de las leyes desarrollados en la sociedad post revolucionaria donde la clase dominante es la burguesa; delitos como la sedición, el robo o afectación en general a la propiedad privada como el daño de maquinaria industrial, la vagancia, el abandono de trabajo se cometían con mayor frecuencia; la prisión, por lo regular, estaba dirigida al estrato social más bajo. Se comienza a generar un prejuicio criminal que afecta a la clase social menos privilegiada económicamente y beneficia a las clases más altas, quienes pudieron encontrar utilidad en la delincuencia. A través de esta última, es como se pudo justificar un sistema de vigilancia dirigido a toda la población, a manera de registros como catálogos de los individuos similares a los utilizados por los naturalistas y complementado con la práctica policiaca; dirigido sólo a ciertos ilegalismos, ya que no existe sistema penal que pretenda perseguir todos sus tipos, es así como la delincuencia se vuelve útil, sirviendo de discurso sólo a cierta clase. La prisión, la policía y la delincuencia quedan envueltas en un sistema circular; los infractores llegan a la prisión, traídos por parte de la policía y se convierten en delincuentes, que luego saldrán, la mayoría probablemente, sin haber tenido ningún proceso de reinserción y volverán a ser capturados por la policía; en otros casos, si se necesita perseguir y castigar algún ilegalismo, será por medio de una filtración y un control que la policía discriminará nuevas conductas y junto con el sistema carcelario en general se crearán nuevos delincuentes que garanticen la utilidad de dicho sistema. Aunado a esto,

diferentes técnicas con el fin de la “moralización” de las clases pobres comenzaron a desarrollarse con el fin de garantizar un aprendizaje de las leyes de la propiedad privada del siglo XIX; por ejemplo, la popularización de la novela criminal que situaba al criminal como una gran amenaza a la vida cotidiana. Por el otro lado, también se desarrolló la contra-nota roja, que por el contrario tuvo la función de intentar abrir el discurso del crimen a la clase burguesa, esta denunciaba los ilegalismos cometidos por la clase dominante y conceptualizaba al delito como el efecto de una lucha de fuerzas, el delincuente se encontraba ocupando tal puesto más por su procedencia que por su espíritu, a inicios del siglo XIX se presentó como un esfuerzo disidente en contra del sistema carcelario.

En la Mettray, una prisión destinada a menores infractores, inaugurada en 1840, es donde Foucault (2003) localiza el nacimiento de lo carcelario, de aquel sistema que traspasa la reclusión y se filtra a la vida cotidiana. El modelo de esta prisión lo elige Foucault, por cumplir con lo más utópico y deseado de la disciplina, dentro de esta institución, las tecnologías del poder sobre el comportamiento se conjuntan: el ejército, la familia, la escuela, el taller, los grandes modelos de las disciplinas se encuentran representados en su forma de operar, en cómo se organizan los detenidos a manera de familias; los jefes, como en el ejército, que mandan en cada una de ellas, la manera en cómo se deben de vestir los internados, el trabajo que deben de realizar y las clases que tienen que presenciar. Estos jefes o vigilantes de cada grupo fueron los que tuvieron que instruirse en las técnicas del comportamiento, para lograr la producción de individuos dóciles y útiles lo que logró constituir un saber sobre dicho individuo, es la práctica normalizadora en su mayor expresión. Y es en esta misma época que se localiza el nacimiento de la psicología científica y la creación del concepto de umbral diferencial como uno de los inventos de nuestra disciplina que más pudo penetrar en la práctica basado en el poder normalizador. La psicología nace como esa técnica capaz de regular la conducta, y como saber reflexivo capaz de lograr que los individuos respeten el control de la norma; se volverá necesaria como profesión que estudie el “alma” o conciencia a conocer y ayude a generar un efecto de sujeción normalizada.

Con lo carcelario como sistema generalizado, la técnica penal empieza a esparcirse por el cuerpo social; a diferencia del gran encierro, se acaban las detenciones masivas pero

en diversas esferas sociales se opera con este sistema, lo que generó importantes efectos. El primero, es que trabaja con un principio de relativa continuidad, entre las instituciones carcelarias, desde las disciplinas primarias como la familia o la escuela, puede haber una continuación a las que siguen, el taller, el ejército o la prisión, lo que se destaca es una desviación a la norma, que debe ser evitada y castigada; por eso el sistema carcelario emparejó lo punitivo y lo anormal. Lo carcelario y las disciplinas al mismo tiempo que intentan fabricar cuerpos dóciles y útiles fabrican delincuentes; los delincuentes no se encuentran fuera de la ley, sino que es ella quién los fabrica, es un producto del poder disciplinario. Uno de los efectos más importantes del sistema es el de legitimar el poder de castigar, tanto de manera legal como en las leyes, o de manea extralegal, como en la mayoría de las disciplinas, la tolerancia al umbral del castigo se vuelve mucho mayor y esto protege al mismo sistema de la rebelión. El sistema carcelario se convierte en la base del poder normalizador, es la nueva ley, disfrazada de naturaleza lo que controla a los individuos en la sociedad moderna; por medio de las técnicas de vigilancia y castigo se manejan todas estas pequeñas disciplinas y en la escuela o la familia las autoridades también se convierten en jueces, cuya función es la de reconocer lo normal y lo anormal, que después buscará ser readaptado. La característica panóptica del funcionamiento del sistema ha vuelto posible el desarrollo de una justicia y vigilancia examinatória que a su vez a logrado la objetivación del comportamiento humano; gracias a este efecto es que, en gran parte pero no únicamente, se ha logrado una episteme necesaria para el desarrollo de las ciencias humanas; el saber que se ha generado en torno a las prisiones y las disciplinas ha vuelto indispensable la acumulación de los hombres, su docilidad y utilidad, la necesidad de una técnica que entrecruce la sujeción y la objetivación, que cree procedimientos de individualización. “El hombre cognoscible (alma, individualidad, consciencia, conducta, poco importa aquí) es el efecto-objeto de esta invasión analítica, de esta dominación-observación” (Foucault 2003, p.284). Por eso una reforma estructural al sistema penitenciario se vuelve tan complicada, las actividades extrajudiciales que se realizan fuera de la prisión pero dentro del sistema carcelario están ampliamente difundidas, el poder normalizador es algo que se comparte mucho más allá de sus muros, aunque en las demás instituciones cumpla un papel muy diferente como el de instruir o curar. Y aunque también, poco a poco, las prisiones a su vez se fueron psicologizando,

pedagogizando o medicalizando, ésta quedó como un centro privilegiado en la sociedad panóptica, que responde al aparato de producción dominante y a la necesidad de crear individuos disciplinados. Además que funcionó como una alerta siempre presente, hasta la fecha, para los ciudadanos que pretendan romper el infraderecho de la ley.

Que, aunque nunca nos hayan llevado presos, o encerrado en un sanatorio, la prisión o el manicomio tienen un significado claro para nosotros. El lugar del encierro simboliza el emplazamiento al que van a parar los indeseables, los criminales, los excluidos (Gil 2011, pp. 451).

3.2. SEGUNDA PARTE LOS ANORMALES

3.2.1. LA PERICIA PSIQUIÁTRICA

Los discursos científicos, menciona Foucault (2007), adquieren su calidad de ser verdaderos por el status quo con el cual son privilegiados, y éste, a su vez, se logra por el hecho de que su elaboración corra a cargo de personas consideradas expertos, o instituciones científicas dedicadas a dicho tema. Sin embargo, dichos discursos no siempre se encuentran basados en hechos meramente científicos, lo que este autor llama como lo grotesco del discurso, tiene que ver con la burocracia que le da cierto poder a tal persona o institución y lo convierte en ese poseedor de la verdad que se manifiesta en su discurso, se ejerce poder mediante dicho discurso. Los discursos a su vez se materializan en tecnologías, como la pericia psiquiátrica, por ejemplo, y por medio del análisis de estas tecnologías del poder, explica Foucault, es cómo podemos llegar a conocer más de la construcción del objeto de estudio cuando se trata de las ciencias humanas y el poder que se ejerce sobre los individuos.

La pericia psiquiátrica nace a finales del siglo XVIII, como discurso científico pero también judicial; lo que logró en el campo de la individualidad fue juzgar a una persona y a partir de su manera de ser convertirla en delincuente por medio de calificaciones morales que van más allá del delito, no se castigaba al crimen, sino a la persona. Se presentó como una especie de análisis de psicología moral capaz de discriminar al criminal del individuo regular con base en procedimientos científicos. La delincuencia se convirtió en una patología, pero basada en cuestiones morales y el delincuente ya a partir de este análisis incluso existía antes del crimen; a su vez el especialista, el médico psiquiatra fungía como

médico y como juez, por eso la pericia psiquiátrica es donde se refleja la combinación del poder médico-judicial. Con esta pericia moderna, se refleja la posibilidad de ser loco y criminal al mismo tiempo, realizando una calificación en ambos campos tanto el médico como el jurídico lo que organizó el dominio de la perversidad y adoptó el discurso parento- pueril (Foucault 2007) que reducía de manera infantil a la criminalidad, otorgándole adjetivos con los que comúnmente los padres describen a los hijos, o que se utilizan en la literatura infantil, como “maldad”, “pereza”, “orgullo”, etcétera. Nació el individuo peligroso a partir de esta tecnología del poder, no como un enfermo ni como un criminal exactamente, sino como la mezcla de ambos. Esta pericia se basó en el modelo de integración que se generó desde la peste, la necesidad de un análisis minucioso de los individuos es lo que la inspira y no se basa exactamente en el poder médico o en el judicial, sino en el poder de normalización más precisamente; tampoco se presenta exactamente como instancia de control del criminal o el enfermo, sino particularmente del anormal.

La pericia médico legal no se dirige a delincuentes o inocentes, no se dirige a enfermos en confrontación o a no enfermos, sino a algo que es, creo, la categoría de los anormales o, si lo prefieren, es en ese campo no de oposición sino de gradación de lo normal a lo anormal donde se despliega efectivamente la pericia médico legal (Foucault 2007, p. 49).

La pericia es una técnica de examen más que busca la calibración de los desviados, que trabaja casada en el poder de la norma y que se encuentra ligada al saber. La Época Clásica logró desarrollar un arte de gobernar, basado en la normalización, a través de diversas tecnologías siempre ligadas al conocimiento y a la idea de maximizar la producción.

3.2.2. EL MONSTRUO HUMANO Y EL DISCURSO DEL INSTINTO

El tranquilo sueño de la razón no dejará de generar monstruos. Monstruos que son consecuencia de la domesticación, del conformismo y de la seguridad garantizada por el ejercicio de poder (Vásquez, 2012). El anormal del que habla Foucault (2007), se formó en el siglo XIX y proviene de tres descendientes: el monstruo humano, el masturbador y el individuo a corregir. A partir del poder de la norma, estos fueron los individuos que llegaron a comunicarse de diversas maneras y formaron al anormal como figura; sin embargo, antes del siglo XIX existieron como imágenes independientes; para poder

entender mejor la conformación de este grupo de los anormales que se logró gracias al desarrollo de la psiquiatría, y las ciencias psi's en general. Se presenta un breve análisis de cada figura por separado, empezando con el monstruo humano.

El monstruo humano es aquel que viola las leyes, tanto de la sociedad como de la naturaleza; por eso es la forma más natural de la contranaturaleza, el sólo hecho de su existencia ya lo convierte en monstruo, ya transgrede las normas, es el primero y quizá el modelo más significativo de los anormales. Es la mezcla del humano con el animal y se encuentra dentro del complejo jurídico y natural. En diferentes épocas, Foucault (2007) menciona que ha habido moldes más privilegiados que otros, para definir al monstruo, en la Edad Media los hombres bestia, en el Renacimiento los siameses y en la Época Clásica los hermafroditas. Pero ya a finales del siglo XVIII y principios del XIX, los monstruos aparecen con el sello de las conductas criminales, no importa si se es hermafrodita físicamente, importa si se comporta como alguien que tiene dos sexos, el problema empieza a radicar en la conducta, la criminalidad se encuentra en la conducta.

Con los nuevos mecanismos de la economía del poder, las disciplinas apoyadas en una extensa red de vigilancia de finales de la Época Clásica, el poder de castigar que había cambiado del exceso ritual de los suplicios, ahora se centra en la pena como un elemento que vincula el castigo con el crimen. Para poder calcular esta pena, el cálculo de la naturaleza del crimen se volvió necesario, conocer la racionalidad del criminal fue una manera de tratar de aprehender el objeto. Y este nuevo saber sobre el criminal, que lo considera un objeto natural, lo coloca como aquella persona que va en contra de los intereses colectivos, en contra de la naturaleza humana, por eso el criminal se vuelve un monstruo. Es la primera vez que se va a conceptualizar patológicamente la criminalidad; si antes se consideraba al crimen como el reflejo de la enfermedad de la colectividad, su frecuencia dependía de las condiciones sociales, después del siglo XVIII, el criminal es el enfermo. Lo patológico y lo criminal quedan unidos desde ahora, a partir de un saber desarrollado como tecnología de cálculo penal.

En el siglo XIX, aparecen las primeras imágenes del monstruo moral, Foucault (2007) distingue dos figuras principales a partir de la procedencia del estrato social y el crimen realizado. El primero es el monstruo político, que viene de la clase social alta; el

déspota que antepone sus intereses personales a los del pueblo, es la autoridad y provienen desde los lobos y los tigres, que luego fueron cazadores y se convirtieron en reyes, se encuentran sedientos de sangre y rompen el pacto social a partir de la traición que tienen con su pueblo. Luis XVI y María Antonieta son la representación ideal de la idea del monstruo incestuoso, sobre todo porque esta figura apareció después de la Revolución Francesa y en panfletos revolucionarios ella era retratada como una persona que había sido abusada por su hermano. En cuanto al monstruo que proviene del pueblo, éste fue fabricado más por la literatura contra revolucionaria, también ávido de sangre, pero en la dirección contraria; el monstruo popular, se nutrió con imaginarios que lo convirtieron en el monstruo antropófago, aquél que rompe el pacto social por medio de la revuelta. Foucault (2007) menciona como estos dos temas han sido tratados con mayor amplitud dentro del psicoanálisis por Freud y el incesto del Complejo de Edipo, con Klein y el canibalismo que provoca la psicosis, así como en la antropología con Durkheim y el totemismo.

Para poder entender al criminal la mecánica penal necesitó a la psiquiatría y el análisis psicológico, sobre todo cuando se trataron de crímenes sin razón. El caso de Henriette Cornier que sucedió en la época, ilustra la concepción de monstruo moral y al mismo tiempo demuestra la necesidad de una psiquiatría capaz de explicar los crímenes sin razón. Cornier fue la asesina de una niña de 18 meses de edad, que mientras la madre se fue al trabajo, ésta ofrece cuidarla, la encierra en un cuarto y cuando la madre llega, le corta el cuello y avienta la cabeza por la ventana sin abrir el cuarto. Cuando se intentó indagar el motivo del acto, Cornier refirió una necesidad provocada por una idea, pero ningún otro motivo, un acto de locura pura. La psiquiatría criminal que empieza a constituirse vio en casos como éste una oportunidad por su dominio tanto médico como judicial y se establece como una rama de la higiene y protección social capaz de analizar este tipo de fenómenos. Que más allá de los fines terapéuticos, se encuentra interesada en la protección de la sociedad en contra de los anormales. Para poder legitimar su práctica la psiquiatría tuvo que patologizar a la locura por un lado y por el otro tuvo que convertirla en peligro. Para poder entender los crímenes sin razón tuvo que valerse de un nuevo concepto que dominó su panorama en el siglo XIX: el instinto.

El instinto fue descrito por el abogado Fournier a cargo de la defensa de Cornier, quién se sabía culpable por su crimen realizado, pero explicaba que lo había hecho porque tenía una fuerza en su interior que la obligó a hacerlo. El concepto del instinto, sin grandes precedentes, lo describe Fournier en la defensa como un caso de delirio, de locura, sin embargo, en este punto no se había estudiado. El instinto, poco a poco, fue un concepto que llamó la atención de la psiquiatría y se convirtió en discurso de la enfermedad y la medicina mental en el siglo XIX, así como el delirio estuvo presente como discurso en la locura a lo largo de toda la Época Clásica. A partir de aquí se organizó el campo de la anormalidad, y no sólo en la psiquiatría, también en el psicoanálisis, que como menciona Foucault (2007) nacerá un poco más adelante como una tecnología de normalización de los instintos.

El instinto, fue esa pieza clave en la unión de los mecanismos psiquiátricos y penales porque permite entender esas conductas, crímenes en este caso, que parecen haberse realizado sin razón y al mismo tiempo la ausencia de razón en la comisión de un comportamiento se convierte en una patología. La psiquiatría es cuando empieza a insertarse en los mecanismos de poder, como menciona Foucault (2007) por tres mecanismos principalmente. Con la ley de 1838, en Francia, se puede encarar de la internación de oficio en caso de alienación de un individuo que comprometa a la sociedad; por estas fechas nace el concepto de instinto de muerte, no el Freudiano, pero el concepto que designa que alguien tiene que matar aunque no quiera, como en el caso de Cornier, y las personas que lo padezcan deben ser internadas. También la psiquiatría como técnica de normalización y corrección empieza a impregnar el campo familiar y las conductas desviadas pueden llevar a los niños a la medicalización, se pueden patologizar las relaciones intra familiares. Y por último hay una demanda de discriminación política hacia la psiquiatría, pero trabajando con la psicología y antropología al mismo tiempo para realizar análisis sobre que tipo de régimen político podría ser el adecuado; algunos regímenes, por ejemplo, parecían provenir de personas psicológicamente o fisiológicamente débiles, lo que instantáneamente debería anular la validez de su ideología.

Con el principio de Baillarger, Foucault (2007, p. 151) sitúa un segundo nacimiento de la psiquiatría, “Las alucinaciones, los delirios agudos, la manía, la idea fija, el deseo maniaco son el resultado del ejercicio involuntario de las facultades, que predomina sobre

el ejercicio voluntario a raíz de un accidente mórbido del cerebro”. La alienación ya no se vuelve necesaria para la psiquiatría, el instinto y sobre todo la diferencia entre lo voluntario y lo no voluntario ocupan un lugar central. La noción de locura parcial, en la que podía existir sólo una característica enferma dentro del aparato psicológico, se anula y se considera que con un solo rasgo de locura, se está completamente loco. Aparece la sintomatología en la psiquiatría y se encuentra basado en el poder de normalización; también aquí es cuando se incorpora la norma en la psiquiatría, el síntoma es aquella conducta involuntaria que va en contra de las reglas de la sociedad. Todas las conductas involuntarias que vayan en contra de esta regulación podrán considerarse enfermedad mental y a su vez se abre la posibilidad de analizar psiquiátrica o psicológicamente cualquier conducta. “Entre la descripción de las normas y reglas sociales y el análisis médico de las anomalías, la psiquiatría será en esencia, la ciencia y la técnica de los anormales, de los individuos anormales y las conductas anormales” (Foucault 2007, p. 155-156).

3.2.3. EL MASTURBADOR Y LA NORMALIZACIÓN DE LA SEXUALIDAD

Con el segundo nacimiento de la psiquiatría a mediados del siglo XIX, las conductas anormales se convierten en su objeto de estudio, y en una parte esto engloba el campo de la sexualidad. El modelo de la confesión cristiana se retoma como uno de los métodos de análisis que perdura hasta la fecha en técnicas como el psicoanálisis y la sexología, modelo que se encontró basado en la penitencia tarifada, la cual dictaba una necesidad de saber el pecado para poder atribuirle cierta penitencia que se otorgaba de manera simbólica. Al volverse popular esta técnica, ya en el siglo XVIII, se realiza con regularidad y los sacerdotes exigían un examen de conciencia a los fieles en donde confesaran sus pecados. Al enunciarlos, el sacerdote pedía una penitencia y con ésta se limpiaban; en el caso de la iglesia protestante la autobiografía permanente fue el método que se utilizó, con principios muy parecidos. La pastoral es la manera en que Foucault (2007) llamó al poder de los sacerdotes de gobernar las almas. Desde el siglo XVI, el principal pecado contra la carne se volvió la masturbación, la concupiscencia y el cuerpo se volvió un centro del pecado. Del problema del cuerpo al deseo y el placer hubo una

transposición y el discurso de la masturbación y la concupiscencia en la época de las disciplinas ya a inicios del siglo XIX, con todos los campos semánticos que incluía, pecado, vergüenza, control, corrección, penitencia pasó a ser la norma a romper que retomó la psiquiatría como poder disciplinario con la finalidad de crear cuerpos útiles y dóciles. La sexualidad ocupó un lugar central en el campo de la anomalía.

Durante la ola de cristianización de los siglos XV y XVI, el fenómeno de la brujería se volvió recurrente, sobre todo porque los casos se daban en las periferias de las ciudades o los pueblos más rurales, probablemente por la falta de alcance que la iglesia aún tenía en esas zonas y se utilizaba como manera de precaución en caso de resistencia. Pero ya desde finales del XVI y hasta principios del XVIII, el fenómeno de la posesión fue más característico; a diferencia de la bruja, las poseídas se encontraban dentro de las ciudades y no se señalaban o acusaban como las brujas, sino que estas confesaban. La confesión delata a la carne. Y el cuerpo de la poseída, es donde se libraba simbólicamente la batalla entre el diablo y el poder pastoral, esto se manifestó más tarde en el siglo XIX a manera de convulsiones. Las convulsiones fue un fenómeno que durante un largo tiempo se disputó entre la religión y la medicina, pero por sus características tan particulares que reflejan un control involuntario del cuerpo, la psiquiatría se centró en ella fuertemente y se retomó como el modelo ideal de la enfermedad mental del siglo XIX. Este fenómeno, de acuerdo con Foucault (2007), sólo puede comprenderse a partir de la historia política del cuerpo, sobre el cuerpo y las relaciones de poder que sobre él se ejercen y es así como se puede entender la aparición de estos fenómenos. Ya a finales del siglo XVIII, la convulsión pasó al dominio de las enfermedades nerviosas, pero heredó del viejo modelo de confesión cristiana la referencia a la carne, el sistema nervioso es donde se representa la vieja idea de la concupiscencia cristiana. La historia de estos fenómenos resulta importante para poder entender la emergencia de la sexualidad en el campo de la medicina, y esto se debe realizar estudiando históricamente las tecnologías del poder que a partir de aquí se han desarrollado.

La manera en que este discurso de la masturbación se manifestó fue mediante campañas, que parecían en un inicio no tener un soporte científico, más bien moral, sin embargo, la medicina al incluir a la sexualidad dentro de su campo de análisis lo fue legitimando y originando al mismo tiempo. Para el adolescente burgués, desde mediados

del siglo XIX se lanza una campaña que prácticamente predica la somatización de la masturbación de manera patologizada; en la que si bien no se culpabiliza al niño, se le responsabiliza y se le incita a la familia a regular el cuerpo del niño. La medicina de la época colocó a la masturbación como causa de somatización de cualquier enfermedad, que podría causar cualquier síntoma sin importar su clase, pero más que culpar al niño, se culpó al adulto por seducirlo, en especial a los intermediarios familiares, como las nodrizas o los trabajadores domésticos. La necesidad de una nueva organización familiar durante mediados del siglo XIX y principios del XX necesitaba de una técnica de vigilancia cuerpo a cuerpo, de los padres a los niños, lo que dio origen a un nuevo modelo de familia celular; es en esta idea de incesto y control parental que nace la familia moderna. Y este control familiar interno estuvo correlacionado con el control médico externo, en la cual el niño por medio de la confesión como técnica se encontraba vigilado medicamente; la nueva familia moderna se encontró desde entonces medicalizada y sujeta al poder de normalización, los padres ejercían el poder sobre los hijos pero esto se controlaba desde un saber y una práctica médica.

Esta campaña anti masturbación, sólo fue parte de una campaña de normalización más grande elaborada por el Estado. Los niños se utilizaron como moneda de cambio y mientras la sexualidad le fue conferida a los padres, el Estado pidió a cambio encargarse de la instrucción básica que hiciera posible la normalización que los volviera útiles para asegurar las relaciones de producción. Es gracias a la sexualidad como moneda de cambio con la familia que los niños pudieron insertarse en el mundo institucional de la educación como poder disciplinario y de normalización. En palabras de Foucault (2007, pp. 243- 244):

La sexualidad infantil es el señuelo a través del cual se constituyó la familia sólida, afectiva sustancial y celular, y al abrigo del cual se le sacó el niño. La sexualidad de los niños fue la trampa en que cayeron los padres. Es una trampa aparente; quiero decir que es una trampa real, pero destinada a los padres. Fue uno de los vectores de la constitución de la familia sólida. Fue uno de los instrumentos de intercambio que permitieron desplazar al niño del medio de su familia al espacio institucionalizado y normalizado de la educación.

Con la vigilancia cuerpo a cuerpo y la sexualidad como elemento organizador central de la familia moderna, se sentaron las bases epistemológicas que hicieron posible la

teoría Edípica psicoanalítica y, de acuerdo con Foucault (2007), trajeron tres beneficios a la familia moderna, en especial la perteneciente a la burguesía. Por un lado el incesto como la gran falta familiar dominó el discurso, pero en la teoría psicoanalítica éste cambió de dirección, ahora los niños deseaban a los padres desde su nacimiento, tanto los varones con el Complejo de Edipo como las mujeres con el Complejo de Elektra. El segundo beneficio fue que no sólo el cuerpo de los niños pasó a ser propiedad de los padres, sino también su deseo. Y, por último, como el incesto era el origen de un gran número de anomalías, se aseguraba la relación entre el saber médico y la familia.

Por el lado del proletariado, las campañas de sexualidad fueron muy diferentes, si la burguesa empezó aproximadamente en 1760, la proletaria empezó entre 1820 y 1840. La campaña proletaria, por el contrario, se encontraba dirigida en contra de la unión libre y el embarazo fuera del matrimonio. La burguesía y el Estado en busca de la estabilización del proletariado hicieron uso de diferentes formas de propaganda y políticas públicas fomentando el matrimonio y condenando la unión libre, muchas que aún siguen vigentes hasta nuestros días, como los beneficios que se pueden obtener con el matrimonio, la repartición de vivienda, el seguro familiar, las cajas de ahorro, etcétera. Y el incesto dentro de esta clase social no cambió de dirección, los adultos siguieron siendo la causa de seducción infantil, por lo que se volvió necesaria una máxima optimización del espacio familiar que llevó a la construcción de viviendas con tres recamaras para distribuir a los hijos de cada sexo en recamaras diferentes y los padres en la sobrante. Con el modelo familiar interclasista del siglo XIX, se institucionalizó el incesto dentro de dos disciplinas, por un lado con el psicoanálisis en la burguesía y con la sociología en el proletariado.

Hasta aquí hay dos grandes vectores que conforman el campo de la anomalía. El instinto desarrollado a partir del monstruo judicial de orden jurídico biológico y la sexualidad dentro del orden familiar. También se desarrolla el instinto sexual como empalmado a la sexualidad con la locura, por medio de una comunicación de estas dos figuras del campo de la anomalía. Con la elaboración de este concepto, la psiquiatría puede generar toda una teoría de la psicopatología sexual realizada por Heinrich Kaan en Leipzig (1844 citado en Foucault, 2007) quién también acuña este término de instinto sexual y lo explica como el instinto de hambre que nos hace comer sólo que éste está dirigido por los

órganos sexuales Es así que la psiquiatría puede construir a partir de la desviación del instinto sexual todo un campo que se centre en la sexualidad, que más tarde recaerá sobre el placer, porque según Michea (1849 citado en Foucault, 2007) este instinto es el que provoca placer y domina la economía general de los instintos. El placer se convierte en objeto de estudio de la psiquiatría.

3.2.4. EL INDIVIDUO A CORREGIR

En la última clase de Foucault del curso *Los anormales* impartida en el Collège de France en marzo de 1975, abordó el tema del individuo a corregir, sin embargo no le dedicó tanto tiempo como a las otras dos figuras que completan el campo de la anomalía, quizá por cuestiones de tiempo, o probablemente porque es en esta figura donde se puede observar una comunicación más claramente entre las tres. Para ejemplificar esta figura, el catedrático decidió comenzar con el ejemplo de Charles Jouy, un obrero con poco nivel de escolarización quién creció en una zona rural de manera solitaria, gustaba del alcohol y era considerado un idiota. El personaje de la historia se le acusa de haber sido masturbado por una niña y, en otra ocasión, se le acusa de haberla violado y haberle dado unas monedas, que la niña utilizó para comprar almendras asadas en la feria del pueblo. La niña no les mencionó nada a sus padres, pero días después la madre sospecho al momento de lavar su ropa interior.

El caso lo que tiene de particular es que Jouy era el idiota típico del pueblo que después de los 14 años había vivido en diferentes casas, donde al final se acababan hartando de él y lo echaban, igualmente de la escuela, donde le era complicado pertenecer a un grupo de amigos; era de las personas que ganaba menos dinero realizando los trabajos que nadie quería hacer y tampoco había podido tener relaciones sexuales con mujeres adultas, ya que se burlaban de él; era un personaje totalmente marginado de la sociedad. Por el lado de la niña, en esa época y en ese contexto rural era una práctica bastante cotidiana que los niños, en general, no dispuestos a manos de “una buena vigilancia o disciplina”, se vieran envueltos en ese tipo de actividades, e incluso se le había visto a la niña masturbando a otros niños de aproximadamente 14 o 15 años. Ella no menciona haber sido forzada, e incluso lo había contado a otros miembros de su comunidad. Pero ésta es la época en que la psiquiatría y el control familiar empiezan a cambiar, es por eso que la niña

fue descubierta por los padres y probablemente sólo estaba esperando una especie de regaño cotidiano, pero el estilo de control familiar empieza a cambiar. La familia acude con el alcalde y la aldea pide una correccional para la niña y el médico solicita un internamiento psiquiátrico para Jouy. Aquí se puede vislumbrar un cambio de manera de ver el mundo a partir del desarrollo de las tecnologías del poder, lo que antes hubiera sido un hecho cotidiano, ahora se encuentra medicalizado y codificado de manera penal. La psiquiatría no sólo obtiene una demanda ya desde las clases altas, existe una demanda popular de protección social, que parece que no ha sido totalmente impuesta.

En Jouy podemos ver la figura del individuo a corregir, alguien que nunca fue sometido por el poder disciplinario, pero también marcado con los estigmas de monstruo y masturbador. Además una característica que la psiquiatría tomaba en cuenta es la de las marcas del infantilismo en la conducta, con la cual Jouy cumplía totalmente por su condición de idiota percibido. La psiquiatría moderna, indagó cada vez más en el infantilismo y lo volvió característica necesaria de conductas psiquiatrizables. Más allá de centrarse en las enfermedades, ésta se enfocó en las desviaciones, en las conductas anormales. La psiquiatría expandió el control médico a lo no patológico, a las excentricidades como síndrome de una anomalía, como la homosexualidad o la claustrofobia más que a los síntomas de una enfermedad.

La noción de estado se volvió uno de sus temas centrales y refería al basamento anormal en el que se volvían posibles las enfermedades. El desarrollo de un individuo se dividía en estados y si alguno no había transcurrido de manera normal, era donde podía ocurrir una desviación, entonces se retrocedía de un estado a otro, como si el individuo se infantilizara.

Para Morel y sus seguidores, los anormales llevan inscrito en sus cuerpos su propia inviabilidad. La degeneración se manifiesta de manera progresivamente agravada ya sea en las diversas generaciones de una misma familia o en las sucesivas etapas de vida de un mismo individuo, hasta llevar a un cuadro final de alienación mental irreversible que exige internamiento psiquiátrico (Caponi 2012, p. 109).

Esta teoría de la degeneración se estableció como una de las explicaciones más usadas en psiquiatría. El degenerado era el anormal incurable de manera científica y la

psiquiatría se convirtió en la ciencia que protege a la sociedad de este grupo de individuos, de manera biológica, como una especie de racismo genético hacia el anormal, hacia el degenerado. Ésta fue la psiquiatría moderna del degenerado que se constituyó a fines del siglo XIX, y se practicó durante el siglo XX.

3.3. CONCLUSIONES

La construcción del alma moderna, que le ha servido como base a las corrientes de pensamiento humanista a partir del siglo XIX, se volvió posible gracias a una episteme naciente de las tecnologías políticas del cuerpo que surgieron como una alternativa a la práctica de los suplicios realizada a lo largo de toda la Época Clásica. Los micropoderes desarrollados en las diferentes instituciones modernas generaron un saber encargado de la docilidad y la utilidad de los cuerpos. Con la nueva economía política del cuerpo, encargada de castigar más al alma que al propio cuerpo, se volvieron necesarios los conceptos desarrollados por parte de la psicología moderna, aquella encargada de la conciencia, la psique y la personalidad. Es gracias a la episteme naciente de estas tecnologías que la psicología moderna y las ciencias humanas en general han podido desenvolverse. Estas tecnologías del yo (tecnologías de saber-poder-subjetivación) acabarán formando nuestra conciencia, nuestra subjetividad, nuestra interioridad psicológica y nuestra individualidad y serán definidas por los psicólogos como “tecnologías psi” encaminadas no ya a la salvación, sino a tópicos como la salud o el bienestar psicológico (Pastor, 2009).

Para entender mejor esta modalidad de poder, que se ejerce, no se posee, hay que entenderlo como Foucault entiende lo que llama juegos de verdad, que según (Danaher, Schirato y Webb, 2009) son la manera en como enfatiza que las instituciones públicas autorizan sus actividades asegurando hablar con la verdad, pero esta verdad se vuelve dependiente de prácticas institucionales y discursivas; mediante el análisis de sus tecnologías y los discursos es que podemos entender cómo se ha ido construyendo su verdad, mediante una genealogía.

Las nuevas reformas punitivas tuvieron como fin desplazar el castigo del cuerpo al alma por medio de tres procesos principales: los ilegalismos nacentes, o mejor dicho

codificados, que se concentraron en los bienes y la propiedad privada; se generó toda una semiotécnica del castigo enfocada a evitar la reincidencia y a prevenir por medio del miedo; y por último se creó una policía que asegurara el cumplimiento de la ley más allá de los establecimientos penitenciarios. La prisión bajo estas nuevas reformas se pensó como un aparato capaz de modificar los espíritus; su fin máximo fue recibir a un infractor y convertirlo en un sujeto dócil y útil para el Estado, una propiedad rentable. La prisión se convirtió en un aparato de saber-poder individualista que por medio del trabajo y la vigilancia ininterrumpida logró crear al sujeto obediente.

El modelo de control intra social, basado en las políticas públicas que se generaron durante la peste en las ciudades europeas, que tiene como función imponer la relación docilidad-utilidad y que se impuso desde finales del siglo XVIII, hasta la fecha sigue operando en las sociedades occidentales. Estas disciplinas han sido útiles para el modelo económico capitalista gracias a que han podido asegurar la acumulación de los hombres lo que asegura a su vez la acumulación de capital. Las disciplinas, hasta la fecha, generan capacidades, aptitudes, competencias, con el fin de maximizar la docilidad y la utilidad del cuerpo; moldean a las personas para cualquier trabajo en especial. Como mencionan Varela y Álvarez Uría (1977), la burguesía ha sabido poner en marcha a lo largo de su historia una maquinaria de control que funciona con el microscopio de las conductas.

Hay cuatro relaciones de las disciplinas que volvieron posible fabricar al individuo moderno: con el espacio, construye cuadros y genera una microfísica del poder celular, respecto al control de las actividades impone ejercicios y maniobras, controla los gestos y los ritmos, evita la ociosidad de los hombres y genera una microfísica del poder natural y orgánica, en cuanto a la organización de la génesis del tiempo impone jerarquías lineales creando una microfísica del poder genética y por último multiplica las fuerzas individuales, genera una potencia colectiva, una fuerza combinatoria. Por eso las disciplinas crearon una individualidad con cuatro características: celular, orgánica, genética y combinatoria. Así es como se ha creado el individuo moderno, el poder disciplinario tiene el poder de subjetivar maximizando la docilidad automática de los individuos. El individuo es resultado de este procedimiento que pone poder político en el cuerpo. Es porque el cuerpo ha sido “subjetivado”, psicologizado y normalizado (Bracken y Thomas, 2010)

El poder disciplinario, es una cuestión de gobierno, por eso genera individuos y tiene como fin el de regular sus conductas. Se generaron micropenalidades en las instituciones disciplinarias, que no siempre han actuado de la misma forma que los grandes códigos, utilizan otros métodos a nivel local, como la humillación o la degradación jerárquica, pero siempre con el fin de controlar hasta el más mínimo ápice de conducta de la manera más minuciosa posible. Lo que las disciplinas lograron fue generar una universalidad castigable-castigante basada en el sistema de gratificación-sanción, estímulo-respuesta, buscando reducir las desviaciones y dirigir a los individuos por el camino de la normalidad. Esto se refiere a lo que Foucault llamó más tarde como biopoder y biopolítica en cuanto a su aplicación a los grandes aglomerados en las sociedades liberales. Se vuelve necesaria la calificación de conductas, tanto buenas como malas, lo que ayuda a definir la frontera entre lo normal y lo anormal, instituyendo de esta manera el poder de la norma en las sociedades modernas. Una de las técnicas donde podemos ver este poder materializado y que además es de las más desarrolladas a nivel general en las disciplinas es el examen, que ejerce el poder de manera ritual basándose en un saber en su forma de acción política y puede convertir a cada individuo en un caso, una condición necesaria para los saberes clínicos. Que como menciona Bianchi (2016), Foucault analizó este aspecto, considerando la noción de caso, como una modalidad de saber acerca de la enfermedad con dos vectores: por un lado apunta a individualizar el fenómeno colectivo de la enfermedad y, por otro, busca integrar los fenómenos mórbidos individuales en un campo colectivo.

Otra de las ideas que más impregnó el campo de las disciplinas y el control social en general fue el panoptismo. Los principios básicos de Bentham que tienen que ver con ejercer un poder visible pero inverificable y una vigilancia constante e inevitable lograron democratizar y multiplicar el ejercicio de poder, en el sentido de que más individuos podían ejercerlo, sobre mucho más gente. La idea del Panóptico como una vigilancia que puede continuarse a lo largo de toda la sociedad se materializó con el fin de neutralizar peligros y por medio de un proceso de desinstitucionalización de las disciplinas, que consta en aumentar su poder y vigilancia más allá de los lugares físicos en donde se concentran. En el centro de la sociedad panóptica se encuentran las prisiones que se vuelven aparatos necesarios para su funcionamiento. En ellas se trata de generar una organización de control ideal de manera utópica con el fin de transformar a los prisioneros de manera útil y rentable

para el Estado y la sociedad. Los infractores se objetivizan por medio de sus estudios y se convierten en criminales, en base a un saber desarrollado dentro de estas instituciones por medio del poder que ejercen sobre los prisioneros; a los internos se les considera enfermos mentales y por eso se instituyen como lugares de generación de saberes clínicos. Que además adquieren un sentido indispensable para las sociedades disciplinarias, incluso para aquellos que, aparentemente no forman parte de su vida cotidiana.

Con el principio de desencerrar las disciplinas, se estableció el sistema carcelario basado en la práctica penitenciaria, pero con un alcance que va más allá de las prisiones, lo que provocó ciertas consecuencias. Se generó prejuicio hacia la clase social más baja por la manera en que el código discriminó los ilegalismos basados en ideales liberales de la clase burguesa que sirvió como discurso a la autoridad y se desarrollaron técnicas de normalización enfocadas en la clase más pobre. Al mismo tiempo que el sistema carcelario se impregnó en la sociedad, se da el nacimiento de la psicología científica y la construcción del concepto de umbral diferencial. El alcance más importante de este sistema es que permitió legitimar el poder de castigar, que con la idea del panóptico y el desarrollo general de las disciplinas ha podido establecer una justicia y vigilancia examinadora. Por eso la psicología, y otras ciencias humanas, han logrado establecer un saber en torno a las prisiones y las disciplinas, indispensable para la acumulación de los hombres, su docilidad y utilidad, un saber que ha podido subjetivar por medio de la organización objetiva de sus características al hombre moderno. Un saber que se encuentra basado en el poder de la norma y el poder disciplinario.

El poder de la norma dirigido a restringir las desviaciones se ha visto en la necesidad de definir aquello que se encuentra fuera de su camino, la anomalía. La manera en que se tiene que entender este poder es como una acción que se ejerce y lo puede hacer de diferente manera; una de ellas es mediante discursos que se pueden llegar a materializar de diferentes formas, como por ejemplo, las tecnologías; si se realiza el análisis de las tecnologías es como podemos entender los desarrollos que han definido a lo largo de diferentes épocas la anomalía. Una de las tecnologías basada en el poder de la norma y la necesidad de una vigilancia examinadora fue la pericia psiquiátrica como instrumento, tanto del campo jurídico, como del médico, la cual logró juzgar al delincuente más allá del

crimen; creando al individuo peligroso, con la potencialidad de hacer daño, incluso antes de realizar una infracción. La pericia se encuentra dirigida no al criminal únicamente, ni tampoco al enfermo, sino que logra crear una nueva categoría, la del anormal, que se encuentra en medio de estos dos mundos. Como tecnología, la pericia psiquiátrica logró organizar el dominio de la perversidad mediante un discurso parento-juvenil. Desde entonces, las ciencias humanas pasaron, en consecuencia, a ejercer un poder sobre los individuos; el de decir cuál era su lugar en la sociedad como integrantes o como marginados (Gil, 2011). Esta anomalía, o mejor dicho, el anormal como personaje, encuentra su descendencia en tres figuras, el monstruo humano, el masturbador y el individuo a corregir.

El monstruo humano es aquel individuo que va en contra de los intereses colectivos, viola las leyes de la sociedad y la naturaleza, por eso es una figura que cae en el campo tanto de lo jurídico como de lo natural. Con esta figura, el crimen se patologiza por primera vez; uno de los casos más significativos fue el de Henriette Corniere, quién cometió un asesinato sin razón alguna aparentemente y la construcción de una noción de instinto se presenta como alternativa. El instinto como discurso va a desarrollarse hasta el punto en que en el siglo XIX va a ocupar un lugar casi tan importante como el delirio en cuanto a su relación con la locura; va a lograr reorganizar el campo de la anomalía y el segundo renacimiento de la psiquiatría; que como una rama de la higiene pública y la protección social, más allá de la medicina, ve tanto en esta figura como en la noción de instinto, una posibilidad de conjuntar ambos campos tanto el penal como el médico, por eso tiene una gran importancia para ella como disciplina.

Con el principio de Baillarger, la construcción de la noción del instinto y el segundo nacimiento de la psiquiatría, las conductas involuntarias, se emparejan con la enfermedad mental, a causa de accidentes mórbidos en el cerebro y se abre la posibilidad de hablar de una sintomatología dentro de la disciplina. El síntoma se centró en la cualidad involuntaria de la conducta que vaya en contra de las reglas de la sociedad con la posibilidad de desembocar en una enfermedad mental. La psiquiatría se sujeta del poder de la norma y al mismo tiempo se abre la posibilidad de analizar psiquiátrica o psicológicamente cualquier

conducta. La psiquiatría se estableció como la ciencia del análisis y el control de los anormales.

Cuando se abrió la posibilidad de analizar otras conductas más allá de la enfermedad, la sexualidad ocupó un lugar importante en la psiquiatría y el masturbador es un reflejo de su representación en el campo de la anomalía. A partir de los viejos rituales de confesión cristiana y penitencia tarifada, el poder pastoral con el cual los sacerdotes se dedican al gobierno de las almas, pasando por el fenómeno de las poseídas del siglo XV hasta el XVIII que sustituyó al de la brujería; la psiquiatría heredó prácticas que hasta el siglo XIX con las convulsiones como modelo ideal de enfermedad mental reclamó como suyas. A diferencia de las brujas, que eran señaladas, las poseídas tenían que confesar; ya en el siglo XIX la medicina reclamó el fenómeno y lo nombró convulsiones y los pecados contra la carne de la vieja religión, en donde la masturbación y la concupiscencia tuvieron un rol central, se mantuvieron presentes.

El discurso de la masturbación, ya a mediados del siglo XIX, se construyó a manera de campañas y políticas públicas que responsabilizaron al niño, pero culparon al adulto por el acto de seducción. La masturbación se presentó como causa de somatización universal y se volvió necesario un nuevo modelo de organización familiar capaz de instaurar una vigilancia cuerpo a cuerpo, lo que dio origen a la familia de tipo celular que quedó atrapada en el discurso del incesto y el control parental, pero siempre ligada al saber médico. Por el lado de la burguesía, se logró la teoría del Complejo de Edípo psicoanalítica gracias a la episteme que se generó a partir de la emergencia de la sexualidad en el campo de la medicina y el desarrollo de las tecnologías políticas del cuerpo, lo que generó ciertos beneficios de clase, como que a partir de esta teoría no sólo el cuerpo le pertenece a los padres, el deseo también y se estrechó el vínculo entre la familia y el poder médico. Por el lado del proletariado, la campaña se enfocó más a evitar la unión libre, aquí el incesto no cambio de dirección y lo que se volvió necesario fue la necesidad de una máxima optimización del espacio, lo que generó el modelo de la casa con tres habitaciones y las políticas públicas que fomentaran el matrimonio, como la promoción de vivienda o las cajas de ahorro con el fin de estabilizar lo mayor posible a la clase trabajadora. Se institucionalizó el incesto principalmente en dos disciplinas, el psicoanálisis y la sociología.

También se desarrolló la noción de instinto sexual, lo que pudo originar la teoría de las psicopatologías sexuales y que el placer se volviera un objeto de estudio de la psiquiatría.

En cuanto al individuo a corregir, como figura, tiende a comunicarse con las otras dos de manera frecuente, el caso idóneo para representar esto fue el de Charles Jouy, un obrero marginado considerado idiota acusado de haber violado a una niña de su aldea. En este caso se comunican las tres figuras, el individuo a corregir, el monstruo humano y el masturbador. La mirada de la época empieza a cambiar y lo que probablemente no hubiera sido tan grave un poco antes, se convirtió en un asunto legal y médico. La psiquiatría consideró cualquier índice de infantilismo en una conducta como una condición patológica, y más allá de las enfermedades pudo extender su dominio; las desviaciones, las conductas anormales, van a acaparar su estudio y se logró una expansión del control médico a lo no patológico. Se logró el desarrollo de la noción de estado, lo que forma el desarrollo y a causa de algún problema en ciertos estados críticos el individuo puede presentar anomalías. La teoría de la degeneración se convirtió en una de las más frecuentes explicaciones psiquiátricas y el degenerado la figura del anormal incurable. La psiquiatría se estableció como la ciencia que protege a la sociedad de los degenerados, como una especie de racismo genético; bajo estas ideas se desarrolló la psiquiatría moderna de finales del siglo XIX y el XX. Como menciona Caponi (2012), hasta hoy en día, y a partir del concepto de degeneración, y el dominio de los comportamientos cotidianos de la psiquiatría, se ha estado desarrollando una psiquiatría que parece estar obsesionada por clasificar e identificar las enfermedades del hombre normal.

El grupo de los anormales no ha desaparecido, sino que ha cambiado conforme a la nueva construcción de normalidad contemporánea. De acuerdo con Tuillang (2013), a primera vista, la complicidad poder-saber ha hecho de estos personajes un lugar de cultivo, de nociones científicas, de categorías psicológicas, criminales, judiciales y médicas; en suma, los infames (como Tuillang se refiere a los anormales) han sido la posibilidad de que la norma se renombre y se amplíe. Así todo nuevo destello, todo nuevo desvío deberá aparecer más allá de aquellos límites ya configurados por el poder, todo nuevo extravío deberá arrancarse de dichas sintaxis para escapar a la normalización. Sin embargo, una vez más los linderos se reconfigurarán bautizando los acontecimiento con palabras oficiales

que finalmente los clausuran y domestican. Por ejemplo, Vázquez (2012) refiere a “los malos hábitos” como los defintorios del incorregible en nuestra época, y que considera se están ampliando, como en el consumo de sustancias, incluyendo las drogodependencias, toxicomanías y toda suerte de conductas adictivas, así como las generalizadas formas de criminalidad (desde el hurto a mano armada, la agresión inmotivada, el vandalismo, el asesinato impulsivo), y una variadísima lista de perversiones, abusos y violaciones, cuya enumeración resultaría imposible. Skliar (2009) habla del caso de la “educación especial” como una invención disciplinar, creada por la idea de “normalidad” para ordenar el desorden originado por la perturbación de esa otra invención que llamamos de “anormalidad”; e incluso propone hablar de las diferencias en lugar de lo diferente, ya que este primero término, referente a la diversidad lo considera un reflejo de un largo proceso que podríamos llamar de diferencialismo; esto es, una actitud, sin dudas racista, de separación y de disminución de algunos trazos, de algunas marcas, de algunas identidades en relación con la vasta generalidad de diferencias. Vallejos y Kipen (2009) refieren a la categoría de discapacidad como algo que sigue siendo tratado de la misma manera que sus antecedentes del grupo de los anormales.

Hasta la fecha, las ciencias humanas como la medicina, la psiquiatría, la pedagogía y la psicología siguen haciendo uso del poder disciplinario. La normalidad es un concepto del que no se ha podido escapar y en el sentido disciplinario de la palabra, no meramente estadístico. De acuerdo con Guinsberg (2006) esta normalidad ha pasado de una postura, que pareciera cuantitativa a una cualitativa. Es aquí, como explica Foucault, donde radica el poder de la norma, buscando siempre un criterio de adaptación para aquellos encerrados en la anormalidad. Y es que como menciona Bianchi (2016), el siglo XXI no tiene intenciones de abolir ni prescindir de la normalización, sino que se ha modelado con características particulares, reconfigurando los límites de la normalidad. El poder disciplinario y la normalidad se presentan como otra manera de subjetivación del individuo.

CAPÍTULO 4

LA PARTICIPACIÓN DE LA PSICOLOGÍA EN EL PROCESO DE SUBJETIVACIÓN

**“Una persona que piensa lo que el poder piensa, es
pensada por el poder, no se piensa a sí misma.”**

Pablo Feinmann en Filosofía Aquí y Ahora 2 de junio
2015

Antes de empezar un capítulo acerca de la manera en que la psicología como disciplina participa en el proceso de subjetivación, de manera independiente o conjuntamente con otras ciencias, parece pertinente definir lo que en este trabajo se entiende por psicología. De acuerdo con Ribes (2011), no existe una sola psicología sino muchas disciplinas, con diferentes objetos de estudio, lógicas de proceder, metodologías, categorías, niveles de aplicación, etcétera. Dentro de las ciencias humanas, probablemente, la psicología es una de las que más confusión sufre para delimitar su objeto de estudio. Por ejemplo, Gray (2008, p. 1) la define como “la ciencia de la conducta y de la mente”; como conducta, el autor entiende cualquier acción observable de una persona o un animal y como mente se refiere a las sensaciones, percepciones, memorias, pensamientos, sueños, motivos, sentimientos emocionales y otras experiencias subjetivas de una persona, así como lo que ocurre en el inconsciente y las reglas operativas con las que trabaja el cerebro para organizar la actividad consciente. Esta definición, parece bastante amplia e inclusiva conforme a diferentes ramas y estilos de hacer psicología, sin embargo, no la comparten todas las psicologías ni autores, en contraste, estos conceptos han sido definidos de muchas maneras de acorde con las perspectivas de diferentes autores. Por ejemplo, Gazzaniga (2000), quien se autoadscribe a la corriente de la neurociencia cognitiva, conceptualiza a la mente humana como una colección de sistemas cerebrales adaptativos; de aquí se deriva la conciencia, la cual existe desde el nacimiento del individuo. Esta corriente, localiza a la mente en el cerebro, más específicamente, como un resultado de conexiones neuronales. Para Sternberg (2011), como psicólogo centrado aún más en lo cognitivo, la mente es la manera en como el ser humano percibe, aprende, recuerda y piensa en la información. Para Kimble et al. (2002), la psicología social, se entiende como el estudio de la interacción humana, describe, explica y analiza sus efectos en los pensamientos, en las actitudes y en la

conducta de los miembros. Esta última rama de la psicología, incluso hay quienes la dividen en psicología social psicológica y sociológica, las cuales se valen de métodos, clasificaciones y objetos totalmente diferentes, con subramas como la comunitaria y la colectiva. También existe la psicología educativa, de las organizaciones, la clínica, o aquella encargada de la “inteligencia emocional”. Por motivos prácticos, no resulta pertinente definir todas las concepciones, sólo describir que tan diferentes pueden llegar a ser. Las psicologías no sólo se dividen por ramas, sino por adscripciones filosóficas en su manera de proceder, es decir, su adscripción epistemológica: las hay positivistas o fenomenológicas y así se podría continuar enunciando diferentes definiciones y concepciones de vislumbrar a la psicología. Lo que queda claro es que la psicología no puede existir como una entidad de saber constituida conjuntamente con un solo objeto de estudio y una identidad definida.

Por lo tanto, un capítulo que intente describir cómo la psicología participa en el proceso de subjetivación sería imposible, sin embargo, lo que se propone este capítulo es mostrar algunos ejemplos analizando teorías significativas de diferentes psicologías para describir cómo en algunas ocasiones pueden incidir en el proceso de subjetivación, ya que tampoco en todas las psicologías se realiza de la misma manera, ni probablemente todas las teorías influyen en el proceso e incluso existen propuestas desde la psicología para establecer el proceso de subjetivación como su principal objeto de estudio.

El capítulo, a su vez, se encuentra dividido en dos partes; la primera “Notas para un análisis pertinente” se encuentra dividido en dos secciones. La primera “Diferencias entre las ideas de Foucault y Althusser” aclara los diferentes puntos de vista de los autores y menciona algunas críticas de Foucault en torno a la noción de ideología en Althusser. La segunda sección, “Categorías teóricas” presenta un breve resumen de los principales conceptos de ambos autores para elaborar un análisis en torno a ellas.

La segunda parte del capítulo, “Análisis crítico de algunas psicologías” se encuentra dividido en 4 partes de acuerdo con las teorías y los ejemplos de las psicologías acerca de las cuales se elabora un análisis. Las diferentes secciones de este capítulo son: “Enfoque adaptacionista”, “La inteligencia y los tests mentales”, “Los trastornos mentales” y “Teorías de la personalidad”. Al final del capítulo se presenta una sección de conclusiones.

4.1. NOTAS PARA UN ANÁLISIS PERTINENTE

4.1.1. DIFERENCIAS ENTRE LAS IDEAS DE FOUCAULT Y ALTHUSSER

Tanto la teoría de la subjetividad por medio del proceso de interpelación de Althusser (2005) como la de la producción discursiva por medio del poder disciplinario y de la norma dentro de la episteme moderna de Foucault (1998; 2003; 2014), tratan de dar cuenta acerca de cómo se producen los sujetos dentro las sociedades a través de estructuras objetivas. Ambas teorías reflejan diversas similitudes, e incluso se puede vislumbrar que hay una influencia directa de Althusser sobre el pensamiento de Foucault. Pero también existen diferencias que cuestionan si es que se puede realizar un análisis conjunto como el que se propone en este capítulo.

Una de las primeras diferencias que se pueden distinguir entre ambas teorías, como señala Benente (2015), es que la ideología recluta siempre a los sujetos, pero el poder disciplinario se encuentra inmerso en una parte específica de la historia. La teoría de la ideología en Althusser es general, esto quiere decir, que se refiere a cualquier ideología de cualquier clase en cualquier tiempo y lugar, es omnipresente y eterna; por el otro lado, Foucault, sobre todo en *Historia de la locura en la Época Clásica*, marca una subjetividad en torno a la episteme moderna, el hombre se define con referencia a la negatividad de la locura y la razón, que incluso ha inventado a las ciencias humanas es la encargada del proceso de subjetivación. Para Foucault, el sujeto se construye a través de la historia.

La otra diferencia que distingue Benente (2015) se refiere a la presuposición de un sujeto en Althusser con la noción de ciencia, como algo que existe y puede ser aprehendido. Si bien Althusser menciona que los sujetos son ya siempre interpelados, siempre constituidos ideológicamente, pareciera ser que se puede escapar a esta subjetivación, por medio de una verdad trascendente que se expresa en la noción de ciencia. Por el otro lado, Foucault en un inicio no cree que exista un sujeto que pueda aprehender este conocimiento, aunque le costó trabajo defender su noción de crítica, conforme a un cuestionamiento y rechazo por parte del individuo en cuanto al poder disciplinario.

Otra diferencia a resaltar es que Foucault, aunque sin mencionar directamente a Althusser, en algunas partes de su obra critica directamente al concepto de ideología. En su

libro *Vigilar y castigar*, Foucault (2003, p. 29) menciona con respecto al alma moderna y como crítica de la ideología:

Más que ver en esta alma los restos reactivados de una ideología, se debe reconocer en ella más bien el correlato actual de cierta tecnología del poder sobre el cuerpo. No se debería decir que el alma es una ilusión, o un efecto ideológico.

El alma, no la explica como algo adquirido a partir de una ideología, sino por medio de la tecnología política del cuerpo que se desarrolló a partir del poder disciplinario.

También se puede observar una diferencia en la noción de aparato y disciplina, si bien el aparato se refiere a una gran institución, las disciplinas, que pueden y de hecho se generan también en grandes instituciones, no necesariamente refieren al nivel macrosocial de aparato, es más como una forma de poder, un conjunto de tecnologías. En palabras de Foucault (2003, p.206): “Las disciplinas íntimas, los panoptismos de todos los días pueden muy bien estar por bajo del nivel de emergencia de los grandes aparatos y de las grandes luchas políticas”.

Por último, cabe recordar que Foucault se apartó del comunismo, después de que un tiempo fue militante activo por influencia en parte de Althusser, y sus teorías hasta cierto punto, aunque hablaban de la dominación e incluso mencionaba la noción de clase de una manera muy similar al marxismo, intentó alejarse de ellas. En su libro *Vigilar y castigar*, Foucault (2003, p. 28) una vez más realiza una crítica a la cuestión de la ideología, pero más enfocado a la teoría marxista, realizando una nueva protesta para analizar el poder:

Analizar el cerco político del cuerpo y la microfísica del poder implica, por lo tanto, que se renuncie, en lo que concierne al poder, a la oposición violencia-ideología, a la metáfora de la propiedad, al modelo del contrato o al de la conquista; en lo que concierne al saber, que se renuncie a la oposición de lo que es “interesado” y de lo que es “desinteresado”, al modelo del conocimiento y a la primacía del sujeto.

Aunque también, en su mismo libro retome la noción de poder ideológico, para referirse a la semiótica utilizada en los nuevos castigos de la sociedad disciplinaria:

Esta semiótica de los castigos, este poder ideológico es el que, en parte al menos, va a quedar en suspenso y habrá de ser sustituido por una nueva anatomía en la que el cuerpo, de nuevo,

pero en forma inédita, será el personaje principal (Foucault 2003, p.96).

Sin embargo, hay marxistas que creen poder empatar las ideas de ambos pensadores, en palabras de Varela y Álvarez-Uria (1977, p.95):

Los trabajos históricos de Michel Foucault y de sus colaboradores constituyen una importante contribución para elaborar la anatomía política del orden burgués. Son un complemento decisivo a los realizados por Marx sobre la producción. El capitalismo no se contenta simplemente con explotar al trabajador haciéndole producir, sino que en función de un máximo beneficio somete su cuerpo a una disciplina que regule sus gestos.

En lo personal, considero que ambas teorías, si bien tienen marcadas diferencias, pueden utilizarse de manera complementaria para realizar un análisis ya que poseen más coincidencias que diferencias. Incluso otros autores lo han realizado, como Judith Butler (2001) en su libro *Los mecanismos psíquicos del poder*.

4.1.2. CATEGORÍAS TEÓRICAS

Para facilitar la comprensión del análisis sobre cómo algunas teorías psicológicas participan en el proceso de subjetivación, a continuación, se presenta una lista con conceptos elaborados, reelaborados y/o utilizados por Althusser y Foucault en sus teorías de la interpelación y la producción discursiva del sujeto a través del poder disciplinario y de normalización, a manera de resumen y con fines meramente prácticos para el capítulo.

- Ley del Orden o Ley de la Cultura. El tránsito de lo biológico a lo humano se realiza en dos momentos. El primero tiene que ver con la etapa pre-edipiana, o como lo llama Lacan, el estadio en el espejo, donde el niño sólo se relaciona con sí mismo y su alter ego, la madre. El segundo tiene que ver con la resolución del Complejo de Edipo, cuando el niño entra al orden de lo simbólico, aprende el lenguaje y las leyes de la cultura a través de su padre.
- Lo imaginario. Relación del sujeto con su realidad de manera deformada al igual que la autopercepción del infante durante el estadio en el espejo.
- Ideología. Representación del mundo que liga a los hombres con su realidad de manera imaginaria. Tiene como algunas de sus principales funciones la cohesión de

los hombres entre sí con base en la división social del trabajo estableciendo jerarquías entre ellos, la reproducción de las formaciones sociales y dotar de una conciencia “libre” e “individual” a los sujetos. Se encuentra presente en todas las actividades humanas y es de carácter material. Carece de historia, ya que es eterna al igual que el inconsciente.

- Capacitación de la fuerza de trabajo. La clase obrera debe adquirir ciertas capacidades conforme a la complejidad de la división social del trabajo, se realiza cada vez más en instituciones educativas, fuera del ambiente laboral, donde además se aprenden normas sociales a través del lenguaje.
- Poder de Estado. Se debe de diferenciar del Estado como aparato, incluso el aparato puede seguir funcionando con cambios en quien ejerce este poder. Debe ser el objeto de la lucha de clases y trabaja a través de los Aparatos Ideológicos del Estado.
- Aparatos Ideológicos del Estado. Instituciones distintas y especializadas que transmiten y reproducen la ideología a través de rituales materiales, su existencia se vuelve necesaria para poder mantener el poder de Estado. Trabajan, por lo general, con violencia simbólica más que física; pueden formar parte del dominio público o privado y cambian conforme a las sociedades y el tiempo.
- Interpelación. Mecanismo inconsciente a través del cual la ideología constituye a los individuos en sujetos por medio de rituales materiales que garantizan la individualidad y la identidad de estos por medio del movimiento de generación de la conciencia que necesariamente se encuentra adherido a la Ley de un Gran Otro.
- Conocimiento científico. Sólo mediante este se puede librar a la ideología. Par antagónico de la ideología.
- Episteme. La manera de pensar el mundo, el orden de las cosas. Lo que hace algo posible o imposible a través de una época. No se limita a un solo cuerpo de conocimiento, sino a las condiciones de posibilidad del mismo. En la Era Moderna, la razón, la ciencia y las prácticas que lo relacionan con el ser humano son algunas características de la episteme de la época.
- Experiencia. Dilucidación de los requisitos históricos y estructurales que habían conformado y hecho posible el objeto de un determinado saber.

- Familia. Para Althusser es uno de los principales Aparatos Ideológicos del Estado necesario para la consolidación de la reproducción de las formaciones sociales. Para Foucault, la familia moderna, se estableció como un dispositivo de vigilancia y modelo de la razón moderna que intentó emularse en lugares como el asilo o la prisión. También se establece, desde la Época Clásica, como una de las determinantes psicológicas principales e incluso se cristaliza con disciplinas como la psiquiatría o el psicoanálisis.
- Locura. Enfermedad moral, enemiga del orden burgués, peligro para el Estado y relacionada con la desorganización familiar. Durante la Época Clásica quedó encerrada dentro del movimiento de la pasión y el discurso del delirio, que en sus raíces latinas, significa apartarse del surco, con referencia a la razón. Al convertirse en enfermedad mental, objetivó por vez primera al ser humano a partir de su negatividad. Prototipo de Otredad y anormalidad ayudó a la construcción de la idea de un hombre “normal” a la llegada de la episteme moderna en el siglo XIX. Gracias a ella se volvió posible el desarrollo de una psicología positiva donde se pueda observar el movimiento de exteriorización de lo subjetivo en el ser humano.
- Otredad. Lo contrario al ser humano normal con referencia a la razón moderna occidental. Desde la Edad Media, se origina un sentido de exclusión con personajes como el leproso el cual fue marginado de sus sociedades; poco a poco ese sentido de exclusión lo heredaron las figuras de la sinrazón como la locura y la delincuencia y se estableció como un modelo de control social. Ya a finales del siglo XVIII y principios del XIX, con el nacimiento de las disciplinas y el poder de la norma, se originó otro modelo de control social con base al utilizado en las grandes ciudades durante las epidemias de la peste en Europa. Este nuevo modelo es el de inclusión, que más allá de excluir a los diferentes, a los no sujetos, los clasificó, observó, intentó corregirlos y castigarlos a través de la mirada científica moderna abriendo el campo de la anormalidad humana, del cual se encargaron ciencias humanas como la psiquiatría primordialmente y la psicología.
- Micropoderes. El poder no es absoluto, ni se posee de manera total por cierta clase, sino que se encuentra en juego constantemente y depende de la correlación que se genera con el saber, lo que forma ciertos escenarios en los que se ejerce. Este poder

genera ciertas reglas en las instituciones donde se genera la verdad a partir de lo que Foucault llamó los juegos de verdad. Los micropoderes, inscriben al cuerpo y forman la manera en cómo se entiende y funciona.

- Alma Moderna. A partir de la tecnología política del cuerpo que empieza a desarrollarse a finales del siglo XVIII, procedimientos de castigo, pena, coacción y vigilancia empiezan a ejercerse en el alma simbólicamente en lugar del cuerpo como lo hacían en los suplicios de épocas pasadas.
- Cuerpo. Se desarrolla a partir de la episteme moderna una idea de utilidad y docilidad posible gracias al ejercicio del poder disciplinario que lo convierte en un objeto maleable y necesariamente disciplinable para la emergencia de la sociedad industrial retomando la noción de hombre- máquina cartesiana. El cuerpo, a su vez, es el lugar donde queda encerrada el alma.
- Disciplinas. Métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que le imponen una relación de docilidad-utilidad. Es un tipo de poder, no se puede asociar con una sola institución, sino que las ha plagado desde finales del siglo XVIII. En su forma de poder disciplinario, genera individuos y regula conductas. Son, en resumen, el conjunto de minúsculas invenciones técnicas, de las que se apoyó la sociedad industrial para generar individuos capaces de sostenerla.
- Poder de la norma o de normalización.- Mide en términos cuantitativos, compara y jerarquiza al individuo, tiene como objetivo la homogeneización y estandarización, e individualiza al mismo tiempo por medio de las diferencias individuales; se instauró a través de las disciplinas.
- Examen. Desarrollo tecnológico que combina la vigilancia y el castigo para normalizar, a través de la jerarquización y estandarización de manera ritualizada. Ayudó a lograr la objetivación del ser humano en su forma de mirada examinatória y su desarrollo fue crucial para el nacimiento de las ciencias humanas.
- Individualismo descendente. Si antes las grandes figuras del poder era sobre las que se encontraba puesta la mirada; con la modernidad, aquellos sobre los que se ejerce el poder pasan a ser objeto de observación disciplinaria. La individualización es descendente, porque si se visualiza a la sociedad como un sistema jerárquico, los

otros, como objeto, debajo de la pirámide social, empiezan a sufrir de una constante vigilancia.

- Principio del panóptico. El poder, cuando se ejerce, debe ser invisible e inverificable a través de una vigilancia constante e inevitable.
- Sociedad disciplinaria. Una sociedad donde las disciplinas tienden a desencerrarse y desinstitucionalizarse para plagar el cuerpo social a través de un modelo panóptico aplicado en la vida cotidiana. Lo carcelario como sistema generalizado, donde la técnica penal ocupa espacios del cuerpo social fuera de la prisión, es un ejemplo de esto.
- Discursos. Se objetivan en prácticas, en el caso de la modernidad, el discurso de la ciencia se ha objetivado en tecnologías que inscriben los cuerpos y fabrican individuos.

4.2. SEGUNDA PARTE ANÁLISIS CRÍTICO DE LAS PSICOLOGÍAS

4.2.1. EL PROYECTO ADAPTACIONISTA DE LA PSICOLOGÍA

Posiblemente uno de los autores que más ha influenciado a las ciencias humanas y en especial a la psicología con sus ideas, desde afuera, ha sido Charles Darwin (2010) con su teoría de la adaptación y la evolución que expone en su obra principal *El origen de las especies*, editado por primera vez en 1859. En esta obra, Darwin, explica que todas las especies tienen ciertas similitudes por provenir de ciertos antepasados en común y luego haber transitado por un proceso de selección natural, el cual las ha moldeado y en cierto punto las ha ordenado genéticamente de manera jerárquica. El funcionalismo, lo define Gray (2008) como el intento por explicar la conducta en términos de lo que logra el individuo que la presenta, basándose en las ideas darwinianas aplicadas en el campo de la psicología. De acuerdo con López y Fernández (2007), la psicología evolucionista no debe ser reconocida como una rama o área de la psicología, sino como un proyecto de

reestructuración de las explicaciones psicológicas, en donde cualquier fenómeno estudiado puede ser susceptible de ser pensado y teorizado en términos evolucionistas.

Sin embargo, esta concepción de adaptación, puede ser criticada desde muy diversos puntos de vista. Por ejemplo, para Braunstein (1991b), el medio donde se estudia a los animales es natural, el de los humanos es social; este autor, al compartir las ideas althusserianas y marxistas considera que los seres humanos no siempre deben de adaptarse; el medio social se encuentra trabado por la lucha de clases y la psicología se presenta en algunas ocasiones como un proyecto adaptacionista interesado en conservar las estructuras sociales existentes. Por ejemplo, Domjan (2010, pp. 2, 12), uno de los conductistas más prolíficos de los últimos años, menciona en su libro *Principios de aprendizaje y conducta* acerca del aprendizaje y la mente humana:

El aprendizaje es uno de los procesos biológicos que facilitan la adaptación al ambiente ... Al reivindicar la existencia de continuidad entre los animales no humanos y los humanos, Darwin trató de describir no sólo la evolución de los rasgos físicos sino también la evolución de las capacidades psicológicas o mentales. Sostuvo que la mente humana es resultado de la evolución.

Para el autor, el estudio de los mecanismos de aprendizaje es la manera en que los psicólogos pueden aportar sus conocimientos para que las personas se encuentren más adaptadas con su medio. Con esto se refiere principalmente a los mecanismos de condicionamiento clásico y operante, a través de los cuales se genera el aprendizaje. Un mejor ejemplo de esto, son los estudios sobre autocontrol que han realizado los conductistas.

El autocontrol frecuentemente es una cuestión para recoger una recompensa grande demorada sobre otra inmediata y pequeña. Por ejemplo, el autocontrol en la alimentación implica elegir la recompensa grande y demorada de estar delgado sobre la recompensa inmediata, pero pequeña, de comer un pedazo de pastel. (Domjan 2010, p.210).

El paradigma del autocontrol conductista es probablemente uno de los acercamientos donde se puede observar la necesidad del individuo para adaptarse al ambiente. Rachlin y Green (1972), dos de los autores considerados pioneros en el estudio del autocontrol, mencionan la importancia que tiene el elaborar estrategias de compromiso,

de manera personal, para no consumir el reforzamiento pequeño, y privarse del grande, pero de una manera en que se busque una total adaptación al ambiente. Los autores, realizaron un experimento con palomas donde les enseñaron a no consumir alimentos en espera de una recompensa mayor y esto ha tenido implicaciones en numerosos campos de la conducta, como en el control alimentario, los ambientes escolares y las adicciones. En estos casos, el autocontrol es una estrategia que puede inscribirse en el cuerpo del individuo, igual que cualquier otra de modificación conductual.

El modelo conductista, además, se ha caracterizado por su “eficacia” para producir “cambios deseables” dentro de la conducta humana. Según Saal (1991a), el haber introducido el término de adaptación a la corriente conductista permitió fijar implícitamente un objetivo, que tiene que ver con la definición de conductas “deseables” de la época; el conductismo surgió como una demanda de respuestas técnicamente eficientes para llenar las necesidades de la producción y fue con las ideas del positivismo, el pragmatismo y el evolucionismo que el conductismo nació de una manera privilegiada en la psicotecnología del siglo XX, en el sentido de disciplina, como tecnología política del cuerpo, al igual que Foucault lo concibe y ayudando a reproducir las estructuras de las formaciones sociales en cualquiera de sus niveles. La modificación conductual o terapia conductual, explica Ribes (1972, p.8), se diferencia de otras psicoterapias porque los procedimientos han sido derivados de los hallazgos experimentales de laboratorio, basándose principalmente en el método de operante libre, la teoría neo-hulliana y el aprendizaje social de Bandura. El autor, menciona a que conductas se dirigen: “Se caracterizan por un énfasis excesivo en el “cómo” abordar los problemas de la conducta anormal, sin insistir gran cosa en los antecedentes causales.”

Además de la necesidad de eficiencia, se vuelve necesaria la calificación de las llamadas conductas anormales. Si bien los conductistas no siempre utilizan los diagnósticos tradicionales, definen en términos de la conducta lo considerado “anormal” y por lo general se realiza en términos de adaptación ambiental, en palabras de Ribes (1972, p.12):

En general, dentro de la modificación de conducta, se insiste en la necesidad de identificar apropiadamente las variables ambientales que pueden estar influyendo en la producción o mantenimiento de las conductas anormales y se precisa de una

especificación restringida de las mismas para evaluar no sólo el efecto de dichas variables, sino también, la acción diferencial de drogas y otros tipos de tratamientos médicos, por ejemplo, en el caso de pacientes psicóticos.”... “Jamás se plantea la modificación de causas internas o de rasgos de personalidad, dado que el interés primordial lo constituye la conducta del sujeto y las variables del medio ambiente que sean pertinentes al problema en cuestión.

No sólo la escuela conductista tradicional se encuentra permeada de las ideas evolucionistas y adaptativas darwinianas, la mayor parte de las psicologías de una u otra forma han sido influidas. Otro ejemplo podemos verlo en las teorías de la psicología evolutiva dentro de la psicopatología, Fernández (2007, p. 52), menciona un resumen de lo que podría ser la hipótesis adaptacionista en cuanto a trastorno mental:

La psicología evolucionista no supone que todo sistema mental (y las conductas que posibilita) que ha resultado adaptativo en el pasado tiene que serlo en el presente. En consecuencia, algunos trastornos se producirían por las discrepancias entre los ambientes ancestrales a partir de los cuales resultaron diseñados y seleccionados módulos específicos, y los entornos modernos a los cuales la mente debe asimilarse en la actualidad.

Como ejemplo, el autor menciona el malestar percibido al estar lejos de casa, el cual, ancestralmente era un sistema eficaz ya que las respuestas de temor ante la lejanía del hogar resultaban adaptativas por los peligros que se corrían al encontrarse en un territorio ajeno, con el grupo de protección, lo cual podría haber sido una ventaja adaptativa anteriormente; pero en el mundo moderno, esto puede generar deterioro en la calidad de vida de la gente “normal”, pese a ser características del comportamiento diseñadas a través de la selección natural. El autor, incluso propone que si el DSM IV (Manual de Diagnóstico Estadístico de Trastornos Mentales) se encontrará basado en la perspectiva evolucionista totalmente, constaría de un mejor sustento teórico. Un ejemplo de esta perspectiva es la noción de depresión que presentan Poo, Gillet y Troglia (2007, p.99), en las conclusiones sobre un estudio revisionista acerca de la depresión desde la psicología evolucionista:

La psicología evolucionista propone considerar a la depresión como un rasgo adaptativo, llegando a considerarla, en algunos modelos como claramente no patológica. Sin embargo, también se reconoce que es probable que la depresión clínica puede ser inadecuada y desadaptativa. Los síntomas depresivos intensos y prolongados pueden a veces ser normales, consecuencias de relaciones sociales negativas, respuestas no patológicas a desencadenantes crónicos o severos, o, pueden reflejar defectos o

ruidos desadaptativos en los mecanismos responsables de regular síntomas depresivos normales.

Las soluciones, por lo tanto, a todos estos problemas de adaptación, dentro de esta perspectiva, se centran en el cambio adaptativo del sujeto al ambiente; al parecer, no se cuestiona la causa ambiental, donde se incluyen las estructuras sociales. El problema es del sujeto, no del entorno social donde se desarrolla; son teorías centradas en el individuo.

Dentro de la neurociencia cognoscitiva, una disciplina que se conforma tanto por las neurociencias que se encuentran más dentro del campo de la biología como por las ciencias cognitivas, también se encuentra basada en las ideas darwinianas. Cosmides y Tooby (1994), por ejemplo, explican esta función por la necesidad de elaborar una teoría de la mente necesariamente computacional, que tome en cuenta tanto la estructura de la mente (hardware) como la función que esta realiza (software), e insisten que la única manera de revitalizar el estudio de los procesos centrales de la mente es dejando fuera las viejas nociones de la “psicología folk” y remplazarlas con teorías rigurosas de la función evolutiva.

Las ciencias cognitivas y biológicas encajan elegantemente porque en los sistemas evolucionados –como el cerebro humano– hay una relación causal entre los problemas adaptativos que una especie ha enfrentado durante su evolución y el diseño de sus funciones fenotípicas. En efecto, una síntesis teórica entre los dos campos parece inevitable, porque los biólogos evolutivos investigan el conjunto de problemas de adaptativos sobre el procesamiento de la información que el cerebro ha evolucionado para resolver, y los científicos cognitivos investigan el diseño de los circuitos o mecanismos que evolucionaron para resolverlos (Cosmides y Tooby 1994, p. 50).

Por último, aunque se podrían seguir haciendo referencias dentro de diferentes ramas de la psicología acerca de la teoría darwiniana, mencionaré la teoría del altruismo dentro de la psicología social clásica. Kimble et al. (2002), explican que para el enfoque de la psicología de la evolución aplicada al estudio de la conducta prosocial existen dos conceptos fundamentales, el primero es el de ayuda a parientes, en que el individuo sólo se arriesga a favor de otros que se encuentren genéticamente relacionados y el segundo concepto es el de la ayuda recíproca, en el cual el individuo ayuda a personas sin parentesco esperando que el beneficiado le devuelva el favor. Ambos actos se encuentran

relacionados supuestamente, en la aptitud de supervivencia de nuestros genes; en última instancia, el sujeto es altruista sólo por beneficio propio. Un ejemplo de los teóricos con este enfoque es Freedman (1979, citado en Kimble et al. 2002), quién realizó observaciones acerca del altruismo y la cultura japonesa, basándose en el supuesto de que Japón es una sociedad aislada con población muy homogénea caracterizada por la endogamia, lo que significa que la mayoría de la población comparte genes, aunque sea en una mínima parte. La explicación de Freedman refiere a que gracias a este hecho, los japoneses son personas muy altruistas con sus compatriotas, así explica el hecho de que acepten una reducción salarial en una empresa, si así se benefician sus “parientes”, a que los niños se les enseñe la maximización del producto nacional bruto desde que se encuentran en la primaria, para beneficiar biológicamente a todo el país o las acciones de los kamikazes durante la Segunda Guerra Mundial. El enfoque evolucionista no toma en cuenta las redes de apoyo social ni la manera en que los sujetos han sido determinados por otras estructuras objetivas de la sociedad como la familia, o ningún discurso nacionalista en la guerra.

4.2.2. INTELIGENCIA Y TESTS PSICOMÉTRICOS

Siguiendo un poco la tradición darwiniana, uno de los primeros hombres interesados en estudiar la inteligencia como una capacidad adaptativa fue Francis Galton, primo de Darwin, quien se preguntó porque existían individuos más aptos o porque hay pueblos con mejores condiciones que otros. A partir de estas cuestiones y siguiendo las ideas de su primo, Galton, desarrolló el concepto de selección racional, intuyendo que existe una desigualdad natural y decidió realizar pruebas para determinar que personas podían ser más aptas (Benedito 1991b). Como psicólogo del siglo XIX, Galton se encontraba interesado en el desarrollo de la sociedad industrial moderna, para eso se necesitaba saber que personas sobresalían y por los ideales de la época moderna, la ciencia era el camino que habría de seguirse. Como menciona Sternberg (2011), para Galton, la inteligencia era una cuestión de capacidades adaptativas que podía medirse en un laboratorio con métodos de la psicofísica. En su laboratorio Galton, midió diferentes capacidades psicofísicas, como la sensibilidad para percibir ciertos estímulos de diferentes sentidos, por ejemplo, los tonos sonoros o discriminar el peso de dos objetos, e incluso realizó pruebas de fuerza física. Si bien, el paradigma de la inteligencia como rasgos que pueden ser medidos por la psicofísica no

trascendió como uno de los principales, hoy en día se puede observar la influencia que tuvo sobre otras teorías, como el paradigma de la detección de señales, explicada ampliamente por Macmillan (2002), y además se estableció como una de las primeras pruebas para medir las capacidades psicológicas del ser humano.

En Francia a principios del siglo XX, Binet y Simon, tomando otro rumbo que el de Galton, decidieron crear un test que fuera capaz de comparar las edades mentales de los niños, reconceptualizando a la inteligencia como la capacidad de aprender dentro de un ámbito académico, ya que el Ministerio de Educación en esa época se encontraba preocupado por el rezago escolar de algunos niños (Sternberg 2011). Con otras palabras, el Estado en Francia, encargó a estos autores desarrollar una tecnología para poder medir y vigilar de manera examinatoria a los niños. Y a partir de esta medición, determinar que niños podrían ser, mediante el índice de coeficiente intelectual, aquellos que pudieran aprovechar la escuela de una mejor manera, separando a los individuos más útiles y dóciles. Con la escala del coeficiente intelectual y cualquier test en general, se puede establecer la normalidad o anormalidad estadística, discriminando al individuo con inteligencia media normal o a los anormales que se encuentran fuera de los parámetros.

Después de Binet y Galton, Weschler también realizó su escala de inteligencia para adultos o y para niños y la dividió en tres puntajes: verbal, de ejecución y total; probablemente hasta la fecha éste es uno de los tests más utilizados. Spearman, por su lado, inventó el análisis factorial y relacionó la inteligencia con un factor general; otros autores como Thurstone en contraste, consideraron a la inteligencia como algo que podía dividirse en diferentes factores como: comprensión verbal, fluidez verbal, razonamiento inductivo, visualización espacial, número, memoria, velocidad perceptual, etcétera (Sternberg 2011). Hoy en día, incluso se habla de diferentes tipos de inteligencia, como la inteligencia emocional, trabajada por Goleman (1996), y existen muchos enfoques y perspectivas que se encargan de su estudio, pero no ha logrado salir del enfoque adaptativo, ni las implicaciones de su estudio. Por ejemplo, para Sternberg (2011, p. 530), realizando un resumen general de lo que sería la inteligencia para la psicología, la define como:

La capacidad para aprender de la experiencia, empleando procesos metacognoscitivos para mejorar el aprendizaje, y la capacidad para adaptarse al medio que se nos rodea. Puede requerir

diferentes adaptaciones dentro de diversos contextos sociales y culturales.

Hilgard (1966, citado en Benedito 1991b, p.193), por su parte, desde una postura crítica, considera que la inteligencia, es “aquello que los tests de inteligencia miden”. Benedito (1991b), conforme a la declaración de Hilgard, realiza un análisis en cuanto a la propiedad de validez que tienen los tests. La validez de un test, significa que debe medir lo que pretende que está midiendo, pero eso que se está midiendo, es sólo un constructo teórico, una definición operacional, pero que crea realidades o más bien representaciones imaginarias, en el sentido lacaniano de la realidad, un constructo que puede reflejar una ideología de clase.

Con el modelo matemático y la dominación de la perspectiva positivista en el campo de las ciencias sociales, la psicología tuvo que ajustarse a los estándares científicos y poner en términos matemáticos y cuantificables los hechos que esta podía observar. La idea del progreso científico y la posibilidad de medir, comparar y clasificar a los seres humanos, propició el uso del modelo estadístico en psicología. Fue Quetelet, uno de los primeros en hacer uso de este modelo estadístico. Para él, siguiendo una orientación religiosa, después de medir las estaturas de cien soldados definió que aquéllas que se encontraban en la “media”, aquéllos que se encontraban dentro del “promedio”, obedecen a un plan divino, son parte del grupo de lo “normal”, lo que debe ser y todo lo que se encuentre fuera de la curva en una distribución normal, lo anormal, es un error de la naturaleza (Benedito 1991a). La medición de la inteligencia o de cualquier otro test mental debe entenderse como una tecnología desarrollada dentro de un contexto sociopolítico, en su caso, se dio en épocas de la sociedad moderna, entre finales del siglo XIX y el siglo XX, cuando el ser humano ya empezaba a definir su normalidad. El concepto de baremo como normalidad estadística en la cual debe caer un individuo según sus características específicas, ayudó a definir las subjetividades en el ser humano moderno.

Dentro del mundo laboral y escolar, estos tests han servido para discriminar entre los más aptos para ciertos trabajos y jerarquizar los roles que los individuos deben de cumplir para reproducir las estructuras de las formaciones sociales. De igual manera, junto con otras tecnologías desarrolladas dentro del campo de la psicología, como los registros conductuales, los tests sirvieron a manera de dispositivos de vigilancia en la población,

dentro de un modelo inclusivo, pero siempre panóptico, en el que se observa claramente el fenómeno de individualismo descendente. La estadística y los tests no han sido utilizados sólo en el campo de la inteligencia, o el reclutamiento y selección, ya sea laboral o escolar; también han tenido muchas otras aplicaciones, por ejemplo, son parte fundamental del diagnóstico clínico de enfermedades mentales ayudando a establecer lo saludable y la enfermedad o en el campo de la opinión pública y la publicidad han ayudado a determinar cómo actuar con campañas más eficaces para la gente “normal”, etcétera.

4.2.3. TRASTORNOS MENTALES

De acuerdo con el DSM V, publicado por la Asociación Americana de Psiquiatría (2014, p. 20) (*The Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, volumen 5), que se considera como la máxima autoridad, hegemónica, en la sociedad occidental contemporánea sobre temas referentes a trastornos mentales y salud mental en general, el trastorno mental se define como:

Un síndrome caracterizado por una alteración clínicamente significativa del estado cognitivo, de la regulación emocional o del comportamiento de un individuo, que refleja una disfunción de los procesos psicológicos, biológicos o del desarrollo que subyacen en su función mental. Por ejemplo, una respuesta predecible o culturalmente aceptable ante un estrés usual o una pérdida, tal como la muerte de un ser querido, no constituye un trastorno mental. Un comportamiento socialmente anómalo, ya sea político, religioso o sexual y los conflictos existentes principalmente entre el individuo y la sociedad, no son trastornos mentales salvo que la anomalía o el conflicto sean el resultado de una disfunción del individuo.

Un síndrome, a su vez, es una constelación de síntomas interrelacionados que manifiesta un individuo determinado; entendiendo síntoma como cualquier característica de las acciones, pensamientos o sentimientos de una persona que puedan ser indicadores potenciales de un trastorno mental (Gray, 2008). El DSM, a través de su historia, es el manual por excelencia que ha clasificado los trastornos mentales dentro de la psicología clínica y la psiquiatría de acuerdo con la época en que se edita y las clasificaciones médicas que se manejan. Hoy en día, si bien sigue hablando de funciones o disfunciones del individuo, es porque así es como se entiende la salud en nuestros días. A través de funciones, es como podemos seguir viendo la relación que existe dentro de un proyecto

adaptacionista. De acuerdo con Braunstein (1991e) la salud, en este caso, se relaciona con la adaptación de un individuo, la cual se relaciona con la normalidad, lo contrario sucedería con la enfermedad. Se podría elaborar un breve esquema:

Saludable-adaptable-normal

Enfermo-inadaptado-anormal

Para este autor, las personas saludables, serían aquellas que han pasado por un proceso de sujetación a través de los Aparatos Ideológicos del Estado sin ningún problema. Son aquéllos que mediante la Ley de la Cultura, han podido, internalizar las estructuras de la Ley y generado una conciencia individual de acuerdo con esta. Por el contrario, aquellos enfermos mentales, son personas que han intentado experimentar la conciencia del deseo por caminos distintos de los permitidos y no han logrado superar su realidad, no han podido adaptarse y pasan a vivir en un mundo privado. Desde este punto de vista, los no sujetos, la Otreidad, han escapado al proceso de subjetivación.

Cada vez que hay una nueva edición del DSM, se cambian las clasificaciones, algunas entran en desuso y otros nuevos trastornos se construyen. La moralidad de la época y el proceso histórico por el que pasa la sociedad juega un papel muy importante en cuanto a la relación de poder-saber que se genera a la hora de realizar un diagnóstico. Los diferentes micropoderes que se generan en la estructura del modelo médico/ psicólogo-paciente se ven afectados directamente por las categorías del DSM en curso; un claro ejemplo, es el de la homosexualidad, que no salió del DSM hasta 1973. Según Hogan y Hudson (1999), en 1952 cuando la Asociación Psiquiátrica Americana (APA) publicó el primer DSM, La homosexualidad apareció dentro de la categoría de desórdenes de la personalidad sociopática, en la siguiente edición el DSM II, en 1968, la homosexualidad se movió a la categoría de desordenes mentales no psicóticos, la cual también incluía la agresión sexual sádica. No fue hasta que después de numerosas protestas, como la del 14 de mayo de 1970 por parte de activistas del Frente de Liberación Gay que se quejaban acerca de la publicación de un doctor australiano que proponía una terapia aversiva de electrochoques para tratar la homosexualidad, y demás protestas presiones sociales que la APA decidió en 1973 remover a la sexualidad del DSM. Así podemos ver como se ha ido

delimitando la Otredad del ser humano, por medio de juegos de verdad en base a quién ejerce el poder en la época, y de esa misma manera que lo ejerce una clase o un grupo lo puede ejercer otro.

Por otro lado, los diagnósticos, como cualquier otro discurso científico, participan en el proceso de construir realidades; en el caso de las enfermedades mentales tan cambiantes en cada época podemos ver un claro ejemplo. Según Hacking (1999) y su teoría de las enfermedades mentales transitorias, las clases y las personas interactúan, lo que puede ocasionar cambios en las personas o las clases, a este fenómeno lo llamó *looping effect*. Las categorías de cualquier trastorno, al interactuar con una persona pueden generar que exprese ciertos síntomas; pero el autor no se refiere a la posibilidad de que esto ocurra de manera aislada como una especie de hipocondría en la que el sujeto inventa su enfermedad a partir de lo que escucha, esto va más allá, se inserta en lo que llama una matriz, una realidad de la conciencia colectiva en la que intervienen instituciones, escenarios y personajes dentro del complejo social. Este fenómeno tiene que ver con la manera en que ciertos trastornos han aparecido durante ciertas épocas en ciertas sociedades, o como es que han prevalecido o destacan en una cultura más que en otra. Para sustentar su ejemplo, Hacking menciona la alta prevalencia de la anorexia en Argentina, o de la personalidad múltiple en Estados Unidos y la histeria en Francia a finales del siglo XIX. El autor propone entender como trabajan las dinámicas de la clasificación para poder entender cómo es que se generan estos trastornos mentales. Al igual que Foucault, Hacking demuestra cómo es que a través del poder psiquiátrico de la Norma, o de la psicología clínica, se objetivan los individuos. Por medio de esta negatividad del ser humano, se generan subjetividades.

4.2.4. PERSONALIDAD

Para Ribes (1990), la palabra persona tiene dos usos dentro del lenguaje común, el primero hace referencia a la representación de un tipo social y la segunda a un individuo irrepetible, único, singular, al que se identifica, entre otras cosas por un nombre propio. La persona, como individualidad psicológica, es personalidad. Por eso, refiere el autor que la psicología como ciencia del individuo no ha tenido problemas para aceptar a la personalidad y las diferencias individuales dentro de su campo de estudio.

Allport (1965 citado en Saal 1991b, p.302), fue uno de los pioneros en el estudio de la personalidad y desarrolló la teoría de los rasgos, a partir de aquí se han elaborado numerosas escalas para medir y determinar personalidades. Para el autor: “La personalidad es la organización dinámica, dentro del individuo, de aquellos sistemas psicofísicos que determinan sus ajustes únicos al ambiente”.

El concepto de personalidad de Allport se encuentra basado en la idea de que las personas poseen ciertos rasgos, que podrían definirse como predisposiciones relativamente estables a comportarse de una cierta manera (Gray, 2008). Los rasgos son independientes del ambiente y no cambian demasiado con el tiempo; dentro de esta perspectiva se encuentran enraizados profundamente en la identidad. La psicología de la personalidad estudia la individualidad, entendida como una unidad independiente.

En la actualidad el cuestionario de personalidad más utilizado es el Inventario de Personalidad NEO, desarrollado por Costa y McCrae (Gray, 2008). Este cuestionario mide la personalidad, basándose en el modelo de los cinco factores de la personalidad: neuroticismo, apertura a la experiencia, agradabilidad y escrupulosidad. Las teorías sobre cómo se constituye nuestra personalidad son muy variadas, provienen de muy distintos enfoques y se interesan en un gran número de factores y pueden ser genéticos, medioambientales, de género, culturales, etcétera. Pero todos se centran en estudiar las características que definen al Yo. De igual manera, el estudio de la personalidad ha tenido numerosas aplicaciones; un claro ejemplo, ilustrado de mejor manera en el documental “El Siglo del Individualismo” de Adam Curtis (2002), es cuando se desarrolló la noción de la segmentación por estilos de vida, el sistema VALS, por un grupo de psicólogos y economistas en el Centro de Investigación de Stanford en California, por encargo de las grandes corporaciones con aplicaciones publicitarias. A partir de este proyecto se logró medir deseos, anhelos y valores, ya que la sociedad estadounidense a mediados de los años setenta estaba pasando por un proceso de “liberación del yo” en el que la noción del individuo y la libertad individual se encontraban sobrevaloradas. Uno de los teóricos más influyentes para este centro fue Abraham Maslow y su teoría de la jerarquía de necesidades. A partir de los estudios del centro, se desarrollaron estrategias publicitarias que lograran

dirigirse a las diferentes personalidades y así crear un sujeto de consumo a partir del conocimiento de la personalidad.

El estudio de la personalidad dentro de la psicología, puede servir para entender cómo participa dentro en el mecanismo de interpelación. La psicología dota de individualidad a las personas por medio de la construcción de la noción de personalidad, apelando a una ideología, de las diferencias individuales objetivadas. Esta relación de los individuos con su personalidad se vuelve una relación imaginaria de los sujetos con su realidad. La personalidad como constructo teórico operacional además ha permitido elaborar otros conceptos dentro de la psicología que los sujetos interpelados toman como referencia para enmarcar ciertas prácticas sociales. Uno de los conceptos más representativos podría ser el de autoidentidad; Baumaister (1986, citado en Kimble et al. 2002) afirma que, para que un aspecto de la persona forme parte de la autoidentidad tiene que ser distintivo en cuanto a los demás y debe favorecer a la unidad del Yo; Baumaister habla de la importancia de aceptar nuestra personalidad, nuestros rasgos para consagrar nuestra identidad. Pero esta identidad que se adquiere mediante el proceso de interpelación, a través de la resolución del Complejo de Edipo mediante la interiorización de las normas sociales en el Superyó; no puede ser autocreada. Como menciona Saal (1991b) este Superyó, que en realidad es el soporte moral del Yo y determina nuestra identidad, se encuentra prefigurado en el seno social.

El uso práctico del estudio de la personalidad, a su vez, ha ayudado a establecer subjetividades a través de los medios masivos; como menciona Guinsberg (2003; 2006) estos también forman gran parte dentro del proceso de subjetivación. Y ha logrado, por medio del saber-poder, establecer patrones de consumo de acuerdo a personalidades que benefician a las clases dominantes, actuando la psicología, en este caso, como otro Aparato Ideológico del Estado.

4.3. CONCLUSIONES

La única manera de abordar el estudio de la parte que tiene la psicología en el proceso de subjetivación es aceptar que no existe una sola, sino muchas psicologías que operan con diferentes métodos y conceptos así como afiliaciones epistemológicas. De igual

manera, antes de comenzar un análisis con las teorías de Althusser y Foucault para explicar este proceso, es necesario aclarar las divergencias teóricas entre ambos autores, quienes, a mi parecer y también de otros autores como Butler (2001), se puede realizar un análisis conjunto.

En ambas teorías existen conceptos claves que fueron utilizados para realizar el análisis, seleccionando ciertas teorías representativas de la psicología académica. Respecto a la influencia de la ideas de Darwin en la psicología, se ha generado un proyecto adaptacionista que se ha esparcido por diversas ramas de la psicología y a partir del cual se han generado numerosas tecnologías con el objetivo de adaptar a los individuos a su ambiente, aunque este concepto importado de la biología se mantenga en un estado ideológico a causa de las condiciones de la lucha de clases en las que se ha desarrollado la sociedad moderna. Una de las principales corrientes psicológicas afectadas por este enfoque es el conductismo, que se ha desarrollado a partir de ideas como el pragmatismo y el positivismo; se estableció como una de las dominantes en el campo, caracterizado por su efectividad para moldear los cuerpos de manera útil y dócil y así responder a las demandas de la sociedad industrial. La modificación de conducta es un ejemplo de cómo se han desarrollado tecnologías políticas del cuerpo a partir de este enfoque. Por otro lado, la psicología evolucionista también se ha infiltrado en otros campos, por ejemplo, en el caso de los trastornos mentales o dentro del enfoque de la neurociencia cognitiva, donde algunos autores buscan reemplazar los conceptos de la psicología tradicional por conceptos e ideas basados sobre la función darwiniana. Por su parte, la psicología social clásica se ha desarrollado con este enfoque en algunas ocasiones; un ejemplo de esto es la teoría del altruismo genético. Este enfoque dentro de la psicología se centra exclusivamente en el individuo como problema, como sujeto que debe moldearse a su ambiente y no cuestiona la realidad en la que se desarrolla, ni lo comprende como un ser definido por estructuras sociales objetivas.

El estudio de la inteligencia se desarrolló en el campo de la psicología a partir de las ideas darwinianas a través de Galton, primo de Darwin; como constructo teórico, y desde esta época, las aplicaciones técnicas que se han generado se encuentran basadas en el paradigma de la selección natural y la inteligencia como constructo teórico que se ha

definido con base en su función adaptativa, lo cual vuelve cuestionable la validez de los instrumentos que han sido utilizados a lo largo del tiempo. Estos tests mentales, que se han vuelto necesarios con el nacimiento de la modernidad, el positivismo y las ideas de progreso en la sociedad industrial, han definido al hombre por medio de la estandarización y la comparación. Al mismo tiempo, se ha generado una distinción entre la normalidad y la anormalidad humana con base en la estadística, la cual ha servido para discriminar, a manera de una vigilancia examinadora, entre aquellos más útiles y dóciles para ciertas labores y aquellos no sujetos, aquéllos que forman el grupo de los anormales.

Una vez definida esta anormalidad desadaptativa, la ciencia ha podido establecer un modelo de trastorno mental, plasmado en el DSM, en el cual se da una equivalencia entre lo anormal, como desadaptativo y enfermedad, pero también a través de su negatividad se puede definir, como propone Braunstein (1991e), al sujeto saludable, como aquél que transcurrido su desarrollo a partir de los Aparatos Ideológicos del Estado sin problema, aquél que se ha adaptado a su realidad sin cuestionarla. La psicología, en algunos casos como éste, funciona como un Aparato Ideológico del Estado. El DSM, como cualquier otra tecnología política, responde a ciertas lógicas inmersas dentro de contextos históricos y ha cambiado sus categorías, según sus ediciones reflejando la moral burguesa de la época. Un claro ejemplo de esto es la homosexualidad, que estuvo caracterizada como trastorno mental hasta los años setenta, cuando por presión de un grupo de activistas, por fin salió del manual, lo que demuestra un claro efecto de lo que Foucault ha caracterizado como juegos de verdad, estableciéndose una relación entre el saber y el poder, pero sin que éste le pertenezca a una clase, más como una serie de estrategias que pueden ejercerse y ser utilizadas por diferentes grupos. Hacking (1999), al igual que Foucault, con su teoría de los trastornos mentales transitorios y el *looping effect*, ha demostrado la relatividad del concepto de los trastornos mentales y cómo se construyen estos a través de realidades discursivas. Este concepto de trastorno mental, como parte del discurso de la razón del hombre, ha logrado su objetivación y la creación de la Otredad como prototipo al mismo tiempo, a través de la sinrazón moderna.

El constructo teórico de la personalidad, tan frecuentemente utilizado en la psicología, se encuentra basado en la idea de una conciencia propia e individual y plasmado

desde su origen en la teoría de los rasgos, la cual enuncia las características humanas como seres con comportamientos individuales ya establecidos. Este enfoque centrado en estudiar las diferentes características que conforman al Yo, se puede visualizar como un ejemplo del mecanismo de interpelación ideológica, donde los individuos se relacionan de manera imaginaria con su realidad a través de una representación deformada, sin cuestionarse la validez de este constructo. La época en que este constructo se desarrolló, y su estudio, han permitido a la psicología de la personalidad establecer modelos de individuos, con aplicaciones en la publicidad para establecer sujetos de consumo, en este caso, la psicología funciona como un Aparato Ideológico del Estado que ayuda a reproducir las estructuras en las formaciones sociales a partir de los intereses de la clase dominante. La personalidad dota de identidad a las personas, e incluso a partir de su desarrollo se generan otros conceptos como la autoidentidad, dejando fuera el cuestionamiento de una identidad sujeta, tanto a la ideología dominante, como a la realidad histórica, adquirida y prefigurada previamente por el seno social.

Para finalizar este trabajo, cabe mencionar, de manera muy breve que la psicología, como cualquier otro Aparato Ideológico o como cualquier otro saber discursivo, también es una arena y una posibilidad de recobrar el poder y participar en el proceso de generación de subjetividades alternativas a las establecidas por las clases dominantes. Un gran número de psicólogos de diferentes ramas se han encontrado preocupados por realizar transformaciones sociales y producir un saber más consciente y sensible a la realidad. Si bien resulta imposible mencionar todas las diferentes corrientes, algunas han destacado, como la propuesta de la psicología de la liberación de Baró (2006), para elaborar una psicología desde una perspectiva de Nuestra América y que responda a nuestros propios problemas; o la psicología social comunitaria que, como propone Montero (1999), se enfoque en la transformación social desde una perspectiva más sensible de la realidad; o el enfoque crítico de Ian Parker (2010) en el que se analiza la psicología como una forma de ideología; o, por último, la propuesta de Eliseo Verón (2013) donde se propone cambiar el método clásico del sentido de la acción como objeto de la psicología social para entender cómo se produce la persona en sociedad, estudiar esa relación del sujeto con su comportamiento, ese lugar donde se genera la ideología. Dentro del psicoanálisis, autores como Braunstein (1991) proponen la desujecación como uno de los principales objetivos

siguiendo a Althusser, y Foucault (2012), desde su filosofía del sujeto, propone a la crítica, como el cuidado de sí, como un modelo de reflexionar acerca de las disciplinas, en el que se puede reinventar el sujeto, siendo conscientes de los juegos de poder y de verdad en los que se encuentra envuelto. En fin, el objetivo de este trabajo no pretende abarcar más modelos desarrollados dentro de la psicología preocupados por producir un cambio social, sin embargo, parece pertinente acotar que dentro de ella también ha habido numerosos intentos por generar otro tipo de subjetividades y, sin duda, puede funcionar como una herramienta de transformación social.

5. REFLEXIONES FINALES

A partir del análisis previamente realizado, en este apartado de reflexiones finales, me interesa presentar algunos puntos que quedan inconclusos. Por ejemplo, ¿cuál sería el trabajo de la psicología desde una perspectiva en la que se considera un dispositivo de subjetividad? y ¿qué ocurre con aquellos individuos que han quedado fuera del proceso de subjetivación?

5.1. EL CUIDADO DE SÍ EN FOUCAULT

En los últimos trabajos de su vida, Foucault (1994) presentó a manera de curso durante el año de 1982 su trabajo titulado *La hermenéutica del sujeto*. Un esfuerzo para realizar un proyecto de construcciones de subjetividades alternativas de las que se han llevado a cabo en nombre de la razón moderna; desde el nacimiento de la sociedad disciplinaria y la bifurcación de la razón occidental con la Otredad durante el gran encierro.

El cuidado de sí, en contraste con las tecnologías políticas del cuerpo, sería, en este caso, una tecnología de la liberación del ser. El concepto basado principalmente en las prácticas griegas realizadas por filósofos como Sócrates y Platón tiene como punto de partida una gran diferencia con el cartesianismo, que reconoce el conocimiento de uno mismo antes que la preocupación por uno mismo, como el único conocimiento válido. La *Épiméleia/ cura sui*, que significa el cuidado de uno mismo, se basa en cuatro presupuestos principales:

1. El concepto equivale a una actitud general en relación con uno mismo y con los otros. Es una manera de relacionarse, es una práctica social que deviene a partir del conocimiento personal.

2. Refiere necesariamente a un método de vigilancia sobre el pensamiento y lo que acontece dentro de él. La reflexión y metaregulación del ser.

3. Es un modelo de acción; la práctica es parte fundamental del proceso.

4. Se presenta a manera de un corpus que define la manera de ser. Interpela de igual forma a los individuos.

Sí la filosofía se ha presentado como la manera de pensar los métodos que se deben utilizar para llegar a la verdad, Foucault (1994) propone la espiritualidad como la búsqueda de experiencia que logrará las transformaciones necesarias en el sujeto para llegar a la verdad.

Denominaremos por tanto espiritualidad al conjunto de estas búsquedas, prácticas y experiencias entre las cuales se encuentran las purificaciones, la ascesis, las renunciaciones, las conversiones de la mirada, las modificaciones de la existencia que constituyen, no para el conocimiento sino para el sujeto, para el ser mismo del sujeto, el precio a pagar para tener acceso a la verdad (Foucault 1994, p.38)

En todo caso, el ser del sujeto se encuentra en peligro. La muerte de la subjetividad previamente realizada se vuelve necesaria para lograr las transformaciones necesarias para llegar a la verdad. Para llegar a esta verdad, el cuidado de sí mismo depende de lo que Foucault llama el “ocuparse” de uno mismo. Y cuando se refiere al “uno mismo”, al igual que Platón y su concepción de *chrésis* “alma”, no se refiere al alma moderna, a esa alma que previamente nos ha demostrado que quedó encerrada en el cuerpo a partir de sus tecnologías políticas y de castigo. Se refiere al alma-sujeto, al alma que se manifiesta únicamente como sujeto-acción.

El papel de Otro también entra en juego, para poder realizar este proceso de subjetivación alternativa. Este Otro debe de ser alguien que haya logrado un cierto conocimiento de sí mismo para poder enseñar o guiar al nuevo sujeto en su camino; porque el ser maestro, como lo explica Foucault (1994) en relación al pensamiento de los antiguos griegos, es una cuestión política, para gobernar a otros se vuelve un imperativo el gobernarse a sí mismo. Para modificar conductas primero se debe de modificar y regular la propia. La única manera en que puede manifestarse, según Foucault, este Otro y pueda guiar al discípulo en su camino es mediante la figura del maestro y sólo puede actuar por el impulso del *Eros*, mediante un amor incondicional hacia su discípulo.

A diferencia de la práctica pedagógica, lo que haría un profesor, el aprendizaje del maestro no consta en enseñar capacidades o competencias, no se trata con remplazar mediante un saber consolidado la ignorancia del aprendiz. Se trata de un estatuto del ser; es una práctica mediadora entre el individuo y su constitución como sujeto. Se trata de

encargarse del tránsito del individuo *stultus*, que refiere al polo opuesto del cuidado de sí, al individuo *sapiens*.

El maestro es quien se cuida del cuidado del sujeto respecto a sí mismo y quien encuentra en el amor que tiene por su discípulo la posibilidad de ocuparse del cuidado que el discípulo tiene de sí mismo (Foucault 1994, p.49)

La técnica por medio de la cual el maestro debe de transmitir este saber a su discípulo no es la retórica, que se ocupa principalmente del conocimiento, sino la *paresia*. La *paresia*, que significa etimológicamente decirlo todo (Foucault, 1994), se refiere a la técnica de transmitir el discurso verdadero mediante la franqueza, la libertad de lo que se tiene que decir y cómo se quiere decir; se encuentra ligada con la palabra libre, más allá de la forma y contenido de cómo se dice. La *paresia*, en sí, también se vuelve una actitud y posición de compromiso; tiene que haber una relación en cómo se habla y cómo se vive, sólo alguien que ha pasado por un proceso de cuidado de sí mismo podrá hacer uso de esta técnica. Y como fin último de la *paresia*, se presenta la *ascesis*, la transfiguración del modo de ser del sujeto a través de un saber (Foucault, 1994).

Para los griegos, como expone Foucault, la *ascesis* llevaría a una constitución de un saber sobre el mundo como la experiencia espiritual del sujeto. Mediante esta tecnología de la liberación, la constitución de sujetos de verdad significa la formación de una subjetividad autónoma. La *psicagogía* sería la práctica que propone Foucault (1994) de la transmisión de una verdad que tiene como objetivo modificar la forma de ser un sujeto para lograr su liberación y su autosubjetivación.

El Maestro encargado de realizar el proceso de *paresis*, es el trabajo que Foucault considera que debería de realizar la filosofía. Sin embargo, en este punto consideró que la psicología, el formar parte del proceso de subjetivación como hemos visto previamente debería de preguntarse si también debería adoptar como uno de sus encargos sociales. Si la psicología, como tratado del alma, se ha encargado del estudio de los individuos, y ha calificado y categorizado a éstos, por qué no ahora encargarse de la creación de subjetividades más autónomas.

La cuestión de enfocar el poder disciplinario con el que trabaja la psicología o en la manera que reproduce sus rituales ideológicos como Aparato Ideológico del Estado (AIE), puede repensarse y enfocarse en las tecnologías de la liberación del ser. Si el paciente en un consultorio, el alumno en el aula, el participante en el laboratorio o cualquier otro individuo del que se encargue la psicología, en lugar de ser objeto de poder y subjetivado a manera que se reproduzcan las relaciones sociales pudiera modificar su ser por medio de la *psicagogía*, la psicología estaría retomando su rol social como transformadora de las condiciones existentes. Y el hombre que pase por este proceso estaría construyendo su subjetividad, como propone Foucault (1994), como una obra de arte.

5.2. LOS NO SUJETOS

Por otro lado totalmente distinto, existen fuera de la razón aquellos individuos que no completaron su proceso de sujetación, sus no sujetos. La psicología desde sus inicios, como ya hemos visto, se ha encargado de marcar y analizar las diferencias que existen entre la razón y su alteridad. Sin embargo, que implicaría el que la psicología reconociera otro tipo de subjetividades ¿Sería posible hablar del reconocimiento de la diferencia, en el sentido que apunta Skliar (2009), como algo valioso y no necesariamente diverso, lo que haría referencia al proceso de inclusión marcado por Foucault (2003) como un mecanismo de control que reconoce y objetiva?

Los diversos procesos de inclusión basados en la categorización que ha convertido al Otro en objeto, lejos de darles voz, han hecho de la diferencia una tragedia más que una riqueza. A partir del análisis que se presenta en esta tesis, en todo caso, los anormales, el Otro, serían aquellas figuras que no han logrado ser domados o utilizados por las disciplinas o los AIE. La alteridad se presenta, entonces, como un foco de resistencia al proyecto hegemónico de modernidad y sociedad industrial que las ciencias sociales han ayudado a construir.

Los saberes que se han producido fuera de la razón, que la alteridad ha generado, han sido poco atendidos por nuestras ciencias sociales. El clasificar y tratar con el Otro no ha resultado más que en la objetivación de éste. Sin embargo, estos saberes, generados desde el otro lado, pueden ayudar a construir una sociedad más libre, una sociedad que

transite por diferentes caminos del deseo; que vaya más allá de las reglas del consumo y la producción y se preocupe en la construcción de una identidad más consciente, más autopensada y menos sujeta.

La psicología si realmente se encuentra interesada en una verdadera transformación social tiene que empezar a ocuparse de sí misma y reflexionar la dirección de su quehacer. No sólo el darle voz a los silenciados tiene que empezar a ocupar un lugar más predominante en nuestra disciplina, sino el escuchar esa voz; retomar esos saberes y abrir su conocimiento más allá de los límites de la razón, arriesgar su propio ser.

Referencias

- Althusser, L. (1996). Freud y Lacan. En, Althusser, L. *Escritos sobre psicoanálisis*. (pp.17-48) México: Siglo XXI.
- Althusser, L. (2005). *La filosofía como arma de la revolución*. México: Siglo XXI.
- Asociación Americana de Psiquiatría. (2014). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales (DSM-5)*. España: Editorial Arlington Asociación Americana de Psiquiatría.
- Bacarrlett, M.L., Lechuga, A.M. (2009). Canguilhem y Foucault: de la normatividad a la normalización. *Ludus Vitalis*, 17 (31), pp. 65-85.
- Baró, I. (2006). Hacia una psicología de la liberación. *Revista Electrónica de Intervención Psicosocial y Psicología Comunitaria*, 1 (2), pp. 7-14.
- Benedito, G., (1991a). El problema de la medida en psicología. En Benedito, G., Braunstein, N., Pasternac, M., Saal, F. (Ed.), *Psicología: ideología y ciencia* (pp 156-178).México: Siglo XXI.
- Benedito, G., (1991b). El método de los tests e inventarios. En Benedito, G., Braunstein, N., Pasternac, M., Saal, F. (Ed.), *Psicología: ideología y ciencia* (pp 179-200).México: Siglo XXI.
- Benente, M., (2015). Ideología y crítica en Michel Foucault. La cuestión del sujeto. *Praxis Filosófica*, 40, pp. 183-206.
- Bianchi, E. (2016). Diagnósticos psiquiátricos infantiles, biomedicalización y DSM: ¿hacia una nueva (a) normalidad? *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14 (1), pp. 417-430.
- Bracken, P., Thomas, P. (2010). From Szasz to Foucault: On the role of Critical Psychiatry. *Philosophy, Psychiatry, and Psychology*, 17 (3), pp. 219-228.

- Braunstein, N. (1991a). ¿Cómo se constituye una ciencia? En Benedito, G., Braunstein, N., Pasternac, M., Saal, F. (Ed.), *Psicología: ideología y ciencia* (pp 7-20).México: Siglo XXI.
- Braunstein, N., (1991b). ¿Qué entienden los psicólogos por psicología? En Benedito, G., Braunstein, N., Pasternac, M., Saal, F. (Ed.), *Psicología: ideología y ciencia* (pp 21-46).México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. (1991c). La psicología y la teoría psicoanalítica. En Benedito, G., Braunstein, N., Pasternac, M., Saal, F. (Ed.), *Psicología: ideología y ciencia* (pp 47-61).México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. (1991d). Relaciones del psicoanálisis con las demás ciencias. En Benedito, G., Braunstein, N., Pasternac, M., Saal, F. (Ed.), *Psicología: ideología y ciencia* (pp 62-103).México: Siglo XXI.
- Braunstein, N., (1991e). El encargo social y las premisas operantes en la psicología clínica. En Benedito, G., Braunstein, N., Pasternac, M., Saal, F. (Ed.), *Psicología: ideología y ciencia* (pp 385-402).México: Siglo XXI.
- Butler, J. (2001). *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*. Madrid. Cátedra.
- Caponi, S. (2012). Para una genealogía de la psiquiatría ampliada. *Cadernos Brasileiros de Saúde Mental*, 3 (6), pp.106-125.
- Castro, S. (2000). Althusser, los estudios culturales y el concepto de ideología. *Revista Iberoamericana*, 66, pp. 737-751.
- Cosmides, L., Toby, J. (1994). Beyond Intuition and Instinct Blindness: Toward an Evolutionarily Rigorous Cognitive Science. *Cognition*, 50, pp.41-77.
- Curtis, A. (2002). *El siglo del individualismo*. (internet). Inglaterra: BBC Four (disponible en https://m.youtube.com/watch?v_DotBVZ26asI)

- Dannaher, G., Schirato, T., Webb, J. (2009). *Understanding Foucault*. Sydney. Sage Publications.
- Darwin, Ch., (2010). *El origen de las especies*. México. Grupo Editorial Éxodo.
- Derrida, J. (1989). Cogito e historia de la locura. *La escritura y la diferencia*, pp. 47-89. Barcelona: Anthropos.
- Domjan, M. (2010). *Principios de aprendizaje y conducta*. México: Cengage Learning.
- Feinmann, P. (2015). Filosofía aquí y ahora. El sometimiento del sujeto. Argentina: Encuentro. (disponible en https://m.youtube.com/watch?v_0-IpyDIA_gE).
- Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: Ediciones Endymión.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50 (3), pp. 3-20.
- Foucault, M. (1998). *Historia de la locura en la Época Clásica III*. Bogotá. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2007). *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2012). La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad/ entrevistadores: Becker, H., Fonet, R., Gómez, A. *Revista de Filosofía*, pp. 257-280.
- Foucault, M. (2014). *Historia de la locura en la Época Clásica I*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fernández, G. (2007). Aplicaciones de la perspectiva evolucionista al campo de la psicopatología. En *Memorias de las XIV Jornadas de Investigación. Tercer encuentro de investigadores en Psicología del Mercosur*. (pp. 51-53). Buenos Aires:

Departamento de Publicaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.

- Freud, S. (1992). La dinámica de la transferencia. En Freud, S. *Obras Completas. Tomo XII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1993). Lo inconsciente. En Freud, A. *Los textos fundamentales del psicoanálisis*. (pp. 186-234) Barcelona: Altaya.
- Gil, M. (2011). Poder, verdad y normalidad: genealogía del hombre moderno a través de la lectura de M. Foucault. *Cuaderno de Materiales*, 23, pp. 443-456.
- Goleman, D. (1996). *Inteligencia Emocional*. Barcelona. Kairos.
- Gray, P. (2008). *Psicología. Una Nueva Perspectiva*. México: Mc. Graw-Hill Interamericana.
- Guinsberg, E. (2003). La influencia de los medios masivos en la formación del sujeto: una perspectiva Psicoanalítica. *Psicología em Estudo, Maringá* 8 (1) pp.3-12.
- Guinsberg, E. (2006). Medios, salud mental y normalidad. *Anuario de Investigación UAM-X 2006*, pp. 644-661.
- Hacking, I. (1999). *The Social Construction of What?* Estados Unidos de América: The President and Fellows of Harvard College.
- Hogan, S., Hudson, L. (1999). *Completely Queer. The Gay and Lesbian Encyclopedia*. Nueva York: Henry Holt and Company. Inc.
- Huertas, R. (2011). En torno a la construcción social de la locura. Ian Hacking y la historia cultural de la psiquiatría. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 31 (111), pp. 437-456.
- Kimble, Ch., Hirt, E., Díaz- Loving, R., Hosch, H., Lucker, W., Zárata, M. (2002). *Psicología Social de las Américas*. México: Pearson.

- Kipen, E., Vallejos, I. (2009). La producción de discapacidad en clave de ideología. En Alfonsina, M., Rosato, A. (Ed.) *Discapacidad e ideología de la normalidad: desnaturalizar el déficit*. Buenos Aires: Centro de Publicaciones Educativas y Material Didáctico.
- Lacan, J. (2009). El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En Lacan, J. *Escritos I*. (pp. 99-105) México: Siglo XXI.
- Laclau, E. (2008). Prefacio. En Žižek, S. (Ed.), *El sublime objeto de la ideología* (pp. 11-19). México: Siglo XXI.
- LaPlanche, J., Pontalis, J.B., (1981). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Editorial Labor.
- López, M., Fernández, G. (2007). Convergencias conceptuales entre las teorías del aprendizaje implícito y la psicología evolucionista. *Interdisciplinaria*. 4, (2), pp. 185-210.
- Macmillan, N. (2002). Signal Detection Theory, En Pashler, H., Wixted, J.(Ed.). *Steven's Handbook of Experimental Psychology*. (pp. 43-90). Nueva York: John Wiley and Sons
- Mateos, A. (1994). *Etimologías grecolatinas del español*. México: Esfinge.
- Montero, M. (1999). De la realidad, la verdad y otras ilusiones concretas: Para una epistemología de la psicología social comunitaria. *Psyche* 8, (1), pp. 9-17.
- Novella, E. J. (2009). El joven Foucault y la crítica de la razón psicológica: en torno a los orígenes de la Historia de la locura. Isegoría. *Revista de Filosofía Moral y Política*. 40, pp. 93-113.
- Parker, I. (2010). *La psicología como ideología. Contra la disciplina*. Madrid: Los Libros de la Catarata.

- Pastor, J. (2009). Relevancia de Foucault para la psicología. *Psicothema*, 21 (4), pp. 628-632.
- Pérez, P. (2007). Dos extraños compañeros de cama. La ideología y el poder en Althusser y Foucault. *Tabula Rasa. Bogotá-Colombia*, 7, pp. 149-177.
- Poo, F., Gillet, S., Troglia, M. (2007). La depresión desde la psicología evolucionista. En *Memorias de las XIV Jornadas de Investigación. Tercer encuentro de investigadores en psicología del Mercosur*. (pp. 98-100). Buenos Aires: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.
- Rachlin, H., Green, L. (1972). Commitment, choice and self control. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*. 17 (1), pp. 15-22.
- Ribes, E. (1972). Terapias conductuales y modificación del comportamiento. *Revista latinoamericana de psicología*, 4 (1), pp. 7-21.
- Ribes, E. (1990). La individualidad como problema psicológico: el estudio de la personalidad. *Revista mexicana de análisis de la conducta*, 16, pp. 7-24.
- Ribes, E. (2011). La Psicología:Cuál, cómo y para qué. *Revista mexicana de psicología*. 28, (1), pp. 85-92.
- Saal, F. (1991a). Conductismo, neoconductismo y gestalt. En Benedito, G., Braunstein, N., Pasternac, M., Saal, F. (Ed.), *Psicología: ideología y ciencia* (pp 261-278). México: Siglo XXI.
- Saal, F., (1991b). Análisis crítico de la noción de personalidad. En Benedito, G., Braunstein, N., Pasternac, M., Saal, F. (Ed.), *Psicología: ideología y ciencia* (pp. 299-326). México: Siglo XXI.
- Simmel, G. (1986). Las grandes ciudades y la vida del espíritu. *Cuadernos Políticos*, 45, pp. 5-10.

- Skliar, C. (2009). Poner en tela de juicio la normalidad, no la anormalidad. Políticas y faltas de políticas en relación con las diferencias en educación. *Educación y Pedagogía*, 12 (41), pp. 11-22.
- Sternberg, R. (2011). *Psicología cognoscitiva*. México: Cengage Learning.
- Toledo, C. (2007). La Revolución Rusa y la cultura. *Marxismo Vivo*, 16, pp. 105-119.
- Tuillang, Y. (2013). Biopolítica y efectos de normalidad. *Sociedad Hoy* 25, pp. 163-173.
- Uribe, C.A. (2000). La controversia por la cultura en el DSM- IV. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 29 (4), pp. 345-366.
- Varela, J., y Álvarez-Uría, F. (1977). Foucault frente a Marx: anatomía histórico- política del orden burgués. *Tiempo de historia*, 3 (34), pp. 90-103.
- Vásquez, A. (2012). Foucault; “los anormales”; una genealogía de lo monstruoso. Apuntes para una historiografía de la locura. *Nómadas*, 34.
- Verón, E. (2013). Psicología social e ideología, En Suárez, A. (Ed.), *Razón, Locura y Sociedad* (pp.117- 141). México D.F: Siglo XXI.

